

LA SEÑORITA LE GRAS
y
SANTA LUISA DE MARILLAC

Benito Martínez

Editorial CEME, 1991

REFERENCIAS Y SIGLAS

SV. Remite a: San Vicente de Paúl. Obras completas, Salamanca (Ediciones Sígueme) 1972ss. El número romano indica el tomo. Se citan por el n.º de la carta (c) o del documento si es del tomo X (XIII: ed. francesa) y de la página si se refieren a las conferencias, a no ser que se indique la fecha.

SL. Se refiere a: Santa Luisa de Marillac, Correspondencia y Escritos, Salamanca (CEME) 1985. Se cita por número de la carta (c). Si se refiere a La Compagnie des Filles de la Charité aux origines, Documents (Présentation par Soeur Elisabeth Charpy) París 1989, se cita por el número del documento o de la carta, precedida de la letra (D).

GOBILLON remite a la obra La Vie de *Mademoiselle* Le Gras, Fondatrice et première Supérieure de la Compagnie des Filles de la Charité, Seruantes des Pauures *Malades*, Paris (André Pralard) 1676.

PRESENTACION

Con este pequeño trabajo no pretendo escribir una vida de Santa Luisa de Marillac -acaso la escriba un día si tengo tiempo-. Lo único que me propongo es responder a unas preguntas que me dirigía a mí mismo ya desde los primeros años en que comencé a leer sus cartas.

¿Cómo era esta mujer? ¿Qué hizo por los pobres? A estas preguntas intento responder en la primera parte. No es una biografía, vuelvo de indicar, sino unos puntos sueltos -los que a mí me han parecido como el entramado de su vida- que introduzcan en el interés cariñoso para mejor conocer su vida y su actividad. He procurado que no sean extensos para que se lean rápido, no cansen y, de esta manera, la santa se haga más simpática y asequible.

¿Qué vida de Dios llevaba en su alma?, ha sido la segunda pregunta que me hacía. Pienso que esta curiosidad pueden tenerla muchos otros en estos años desorientados en lo que toca a la vida interior. Pienso que la segunda parte puede responder a este deseo de conocerla mejor. De todos los temas de espiritualidad o de teología he escogido los tres ejes de nuestra fe: Dios, Jesucristo -y como una prolongación humana, María- y el Espíritu Santo. Es la parte que puede resultar más árida, porque Luisa, mujer intelectual, inclinada por naturaleza a la ontología y a la metafísica, penetra en las esencias de las cosas de una manera instintiva y rápida, y camina por sus profundidades con sencillez natural. Puede parecer seca e intrincada, pero creo que es la que mejor puede darnos a comprender su espíritu atormentado en ciertos momentos. No he querido actualizar su doctrina. Quien lo lea puede hacerlo. Ella no conoció estos tiempos ni el Concilio Vaticano II; por ello, la falsificaría si lo hiciera. Toda su doctrina está encerrada en la espiritualidad del siglo XVII francés, aunque tenga una proyección hacia siempre.

La parte final es una tentativa de responder a la última pregunta: ¿Qué espiritualidad entregó a sus Hermanas? La obra por excelencia de Luisa de Marillac son las Hijas de la Caridad.

En la primera parte las he presentado entregadas a Dios en y para los pobres. En esta tercera parte he pretendido presentar a Santa Luisa dirigiéndolas a una vida unida y alegre. Espero que lo haya logrado, aunque sea en una parte pequeña, porque la vida de comunidad es el sostén de todo el servicio de las Hijas de la Caridad, junto con la vida de Dios.

No quiero terminar estas líneas sin apagar un remordimiento sobre una deuda que tengo desde hace muchos años con una Hija de la Caridad: Sor Juana Elizondo, que, siendo archivera de la Casa Madre y cuando aún no se habían publicado todos los escritos de Santa Luisa de Marillac, me facilitó sus autógrafos. Por todo ello, gracias. Agradezco también a Sor Lucie Rogé, Superiora General entonces, porque gustosa accedió a que me los facilitara.

Benito *Martínez*

INTRODUCCION

Aspectos de la espiritualidad

Aunque la palabra espiritualidad ya existía en el siglo XVII y algunos escritores la usaron unas pocas veces, ni San Vicente ni Santa Luisa la emplearon. Su uso se ha hecho corriente después de la Guerra Mundial de 1914-1918, con un significado no muy definido. Desde la década de los 60 la palabra espiritualidad se ha generalizado y se hacen esfuerzos para darle un significado preciso. Sin embargo, todavía es difícil dar una definición universalizada. Lo único admitido por todos los escritores es declarar que la espiritualidad dice relación al Espíritu Santo y al espíritu humano.

¿Qué entendemos por espiritualidad? ¿La orientación que da el hombre a su ser finito hacia el Ser Absoluto? ¿Estructurar la vida del hombre, trascendiendo hacia Dios según su personalidad y su vocación? ¿Dar a la vida un sentido espiritual y profundo? Son definiciones demasiado filosóficas.

Al hablar de la espiritualidad de Santa Luisa de Marillac no me refiero a un sistema ideológico con principios, causas y razones, que constituyan una escuela luisiana. Tampoco, sin negar su realidad, reflejo la espiritualidad de Luisa de Marillac como la tendencia de su dimensión espiritual hacia el Absoluto que le marcó un destino, como se lo marca a todos los hombres de cualquier religión que intentan dar un sentido a su existencia. Hablaré algo de la experiencia religiosa que Luisa tuvo con Dios; su espíritu creado con el Espíritu Increado. Pero esta experiencia la considero oración, *contemplación*, un algo de la espiritualidad, pero no su espiritualidad.

Tomo la expresión *espiritualidad de Santa Luisa* como la acción del Espíritu Santo en Luisa de Marillac; y más concretamente, como la respuesta existencial que dio Luisa de

Marillac, en solidaridad con los pobres, a la acción del Espíritu Santo para encuadrar en su vida los grandes ejes de la experiencia, doctrina y misión de Jesucristo. Cuatro elementos, por lo tanto, considero imprescindibles en su espiritualidad y en la de todos: acción del Espíritu Santo, respuesta de Luisa, solidaridad con los pobres y seguimiento de Jesucristo. Pero quien construye la espiritualidad es la respuesta, que tiene siempre un alcance universal y personal, único y múltiple: Universal, porque la acción del Espíritu Santo alcanza a todos los hombres de entonces y de ahora; fue la respuesta a una acción que vale para siempre. Personal, porque la respuesta que dio Luisa fue exclusivamente suya. Alcance único, porque la experiencia, vida y misión de Jesús, que obligatoriamente deben seguir los hombres, son únicas, como única tenía que ser la respuesta de Luisa: el seguimiento. Y es múltiple, como múltiples son los hombres y los caminos que pueden escoger en el seguimiento de Jesucristo.

Dos grandes corrientes de espiritualidad

Los cristianos, lo quieran o no, están comprometidos en el seguimiento de Cristo y en continuar su misión evangelizadora. Ahora bien, Cristo es Dios y hombre, el Verbo y Jesús. Y el cristiano es pecado y gracia, miseria e imagen de Dios. Según la convicción -optimista o pesimista- que tenga el hombre de su naturaleza, y según se postre ante Cristo como Dios o dialogue con El como hombre, su espiritualidad se manifestará de distinta manera. Aparecen así, a lo largo de la Historia, dos grandes corrientes de espiritualidad. Entrando en una corriente, el hombre se considera la nada y el pecado, asombrándose de la grandeza de Cristo-Dios: viviendo la otra corriente, el hombre se ve la imagen de Dios, la obra maestra de la creación y acude a Cristo Jesús en busca del amor y de la misericordia del Padre.

Cada una de estas grandes corrientes se ramifica en multitud de modalidades. En el siglo XVII la corriente primera puede quedar representada por la llamada Escuela Abstracta}, heredera del Pseudo-Dionisio y de las ideas renanoflamencas; la segunda está emparentada con la mentalidad de la Devoción Moderna y del Humanismo Devoto.

Corriente renanoflamenca

Los historiadores de espiritualidad llaman Mística Renanoflamenca a la corriente espiritual que animó los países del Rin y de Flandes en el siglo XIV. Como místicos o como escritores sobresalieron el turingio Eckhart (m. 1327) el alsaciano Taulero (m. 1361), el suabo Suso (m. 1366) y el flamenco Ruysbroeck (m. 1381).

Fue una mística intensamente vivida en los grupos de beguinas -mujeres que, viviendo en la sociedad, profesaban el renunciamento y la pobreza evangélica- y en los conventos de dominicas desde Suiza hasta Flandes. Era una mística influenciada por los escritos del Pseudo-Dionisio, especialmente por su Teología Mística y por los tratados de las Jerarquías. A través de estos escritos el pensamiento neoplatónico cristianizado había entrado a formar parte del fundamento teológico de la espiritualidad renano flamenca.

Como un desbordamiento del Rin la espiritualidad nórdica se extendió por toda Europa. Llegó a España (Osuna, Laredo, San Juan de la Cruz) y a Italia (Santa Catalina de Génova. Isabel Bellinzana). Pero donde tuvo una acogida más extensa fue en Alemania y en Francia. El cartujo Dionisio (m. 1471), el franciscano Herp (Harphius m. 1477) y el benedictino Blois (m. 1566) hicieron más asequibles los escritos de los místicos anteriores, suavizando y propagando las experiencias místicas.

A principios del siglo XVI la cartuja Santa Bárbara de Colonia publicó las obras de casi todos estos autores místicos, leídas con interés por los espirituales del siglo XVII francés. En París se formaron dos centros: donde los capuchinos -franciscanos reformados- del Arrabal de Saint-Honoré (Canfield Joyeuse. Champigny, Lorenzo de París...), y el círculo de Mme. Acarie (Canfield, Berulle, Duval, Miguel de Marillac, Bretigny, Beauconsin, Gallemant...). Es conocida con el nombre de Mística *Abstracta*. Las características que más determinan esta corriente son:

- El aspecto metafísico predomina sobre el psicológico.
- Considera a Dios más en su esencia que en las Personas.
- Se centra también en la Trinidad, pero considerándola como un movimiento de las Personas, de tal manera que tiende a rebasar la distinción de las Personas en Dios, para no considerar más que la unidad de la naturaleza divina.
- El ejemplarismo agustiniano, según el cual, antes de la creación de las cosas, desde toda la eternidad, las criaturas ya preexisten de alguna manera en Dios; *su ejemplar* existe en la esencia divina, y según este *ejemplar divino* será creada cada criatura. El alma humana guarda en el fondo del ser su *ejemplar divino*, en el cual puede alcanzar a Dios por introversión. Aplicándolo a la Trinidad y al hombre, ven al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo como ejemplar de la memoria, entendimiento y voluntad.
- El cumplimiento de la voluntad de Dios se considera para alcanzar la unión con la Voluntad esencial o Esencia- voluntad más que para ser virtuoso o imitar a Cristo.
- El místico busca unirse con Dios sin ningún intermediario. Es una unión de la esencia del alma a la Esencia divina. Para esta unión hay que prescindir de todo lo creado, aún de las operaciones de las potencias y del mismo Jesús en cuanto hombre creado.
- La abnegación suma es capital. Para llegar a esa unión el hombre tiene que despojarse de sí mismo de una manera absoluta, debe anonadarse, vaciarse totalmente hasta la extrema pobreza interior, hasta la nada. Hay que prescindir de los mismos gustos espirituales que produce la devoción.
- Así se llega al abandono total en Dios y, en actitud pasiva, a la dirección del Espíritu Santo a través de los dones que permiten la ascensión del alma.

Devoción Moderna

Cansados de tanto lenguaje oscuro, de tantas frases abstractas, de tanta álgebra de los conceptos para intentar expresar una contemplación inefable, brotó también en Flandes un movimiento espiritual de reacción contra la mística renana-flamenca. Eran hombres que buscaban una espiritualidad más humana y más sencilla, y la llamaron Devoción Moderna en contraposición a la anterior, a la que llamaban antigua.

Los principales propagadores de la Devoción Moderna fueron los Hermanos de la Vida Común, de Deventer, y los Canónigos Regulares de San Agustín, de Windesheim (cerca de Zwolle). Entre todos sobresalen Gerardo Groote (m. 1384), Florencio Radewijns (m. 1400), Tomás de Kempis (m. 1471) y Juan Mombaer (m. 1501) y la obra más representativa es «La Imitación de Cristo» de Tomás de Kempis. Elementos primordiales de esta espiritualidad son:

- Imitar a Cristo enteramente, en todas sus facetas y no sólo en el aspecto del anonadamiento.
- Da gran importancia al recogimiento, a la compunción, a la intimidad, es decir, a la interioridad.
- Rehuye del aspecto intelectual para centrarse en la afectividad.
- Manifiesta aversión a los fenómenos místicos extraordinarios, como visiones, arrobamientos y aún éxtasis, así como al lenguaje oscuro para expresar las experiencias místicas.
- Da suma importancia a la oración metódica. Detalla con minuciosidad los ejercicios propios de la oración, los temas, los grados y las partes de la oración; señala la participación y funciones de cada potencia y sentido; insiste en los efectos y en las resoluciones prácticas.

San Vicente y Santa Luisa

San Vicente, ayudado por Berulle, comenzó su conversión en la espiritualidad Abstracta para comprometerse prácticamente con la segunda corriente según pasaban los años junto a los pobres. En San Vicente todo se centra en los pobres y piensa que la doctrina de la Mística Abstracta, con su sentido intelectual, no le sirve para ayudar a los pobres y, por ello, la va abandonando.

San Vicente se inclina más a San Francisco de Sales y a las ideas sencillas de la Devoción Moderna, en sentido amplio. Se podría decir que es un ecléctico que usa a Benito de Canfield, a Berulle o a San Francisco de Sales según los necesite para los pobres.

Santa Luisa es distinta. Su vida real en la sociedad ha sido la de una mujer utilizada por su familia y, en cierto modo, marginada. El sufrimiento no la abandonó desde que nació y ha tenido que luchar sola para medrar en aquella sociedad de estratos sociales en pirámide. Por su vida se siente atraída por el anonadamiento que propone la corriente renano-flamenca y por la concepción pesimista de la persona, capital en el agustinismo de aquella escuela. Su pensamiento es además fuertemente metafísico, apropiado para los temas de las esencias.

La diferencia entre los dos santos aparece también en el sentimiento que tenían de continuar la misión de Jesucristo con los pobres. La entrega a los pobres le brotó a Vicente de Paúl de sus entrañas, mientras que a Luisa de Marillac, absorbida por el miedo a su condenación y por el ansia de santificarse, le llegó de fuera, de su director Vicente Paúl. Aunque logró hacer de los pobres su propia piel, la carne siempre fue la vida interior directamente encaminada hacia Dios. Por el contrario, en San Vicente la

carne siempre fueron los pobres y la piel su vida interior. En San Vicente los pobres sustentaban y alimentaban la vida interior, en Santa Luisa era la vida interior la que sostenía y daba vida a su entrega a los pobres.

¿Quién era esta mujer?

La acción del Espíritu Santo se dirigió a una mujer concreta, Luisa, de la familia Marillac, con una vida y un destino bien determinados, con una educación y una psicología personales, que vivió en una época y en una sociedad bien definidas.

LA MUJER

Nacimiento

¿Quién fue esta mujer? ¿Quiénes fueron sus padres? Ni aún hoy día casi podemos responder.

Gobillon la clasifica en la familia Marillac y da nombre y apellido de sus padres: Luis de Marillac y Margarita Camus. Cuando se introdujo la causa de beatificación se dudó de la identidad de su madre; Coste cautelosamente indica en una nota que es hija natural; Slochard lo dice con claridad, pero de paso, en 1938; ANNALES lo sabe, pero lo oculta en 1941; y queda divulgado en 1960, cuando Calvet publica en una edición popular que Luisa es hija natural del noble Luis de Marillac y de madre desconocida.

Sin embargo, investigando los documentos, no se puede admitir sin más que Luis de Marillac fuera el padre de Luisa. Los documentos en los que se apoya la paternidad de Luis son el contrato matrimonial de Luisa, en el que se dice «hija natural del difunto Luis de Marillac», y algunos documentos sobre donaciones que le hizo Luis de Marillac, en los que se declara; «mi hija natural», «hija natural de Luis de Marillac». En su testamento Luisa llama a Luis de Marillac «mi difunto padre». Ciertamente es una Marillac (SV. I, c. 113).

A pesar de todo, estas afirmaciones no convencen del todo. A no ser por causa de las herencias, en el siglo XVII no eran muy delicados en la aplicación del parentesco.

Hay cinco dificultades difíciles de superar que nos impiden aceptar así, sin más, la paternidad de Luis de Marillac:

* Que Luis de Marillac dijera «que ella había sido su mayor consuelo en este mundo, y que creía que Dios se la había dado para que fuera el reposo de su espíritu en las aflicciones de su vida». ¿Por qué., entonces, no la legitimó con vistas a la herencia?". Aunque no era sencillo legitimar a una hija natural, sobre todo cuando era pequeña o había otros hijos legítimos, es extraño que no aparezca ningún intento por lograrlo. Los

indicios son que no quiso, ya que se esforzó por lograr como hija suya a Inocencia, la hija adulterina de su segunda esposa". Y si tanto la amaba y no quiso, es que no podía por ser hija adulterina, sacrílega o de estupro. O más sencillamente, porque no era hija suya. Lo confirma lo poco que le legó por donaciones.

* Que su segunda esposa, Antonieta Camus, lo acuse en juicio de ser impotente; señalando claramente que había sido operado tres veces: a los 14 años, a los 7 y a los 3; que quienes le operaron podían aún testificarlo y que todo el mundo lo sabía y que eso ya había sucedido en el primer matrimonio de su marido. Ciertamente las testificaciones de la parte interesada no son de fiar, pero en ningún momento del interrogatorio se la contradice indicando que su marido era potente, pues había tenido una hija, Luisa.

* Que el P. Anselme (1625-1694) la ponga en su genealogía como hija de René de Marillac y nieta del Guardasellos, Miguel de Marillac. Y aunque no podía ser hija de ese René, sólo 5 años mayor que Luisa, niega por ello mismo que sea hija de Luis. El P. Anselme podía constatarlo preguntando al hijo y a la nieta de Santa Luisa.

* Que todo el comportamiento de la familia Marillac aparece como si se quisiera ocultar la ascendencia de esta niña que molesta y llena de vergüenza al devoto Marillac, pero también parece como si tuvieran obligación de ayudarla económicamente. (L. 344). Un tribunal de justicia defiende sus bienes contra Miguel de Marillac, tutor de la hermanastra Inocencia en 1608, y le pone a un tal Blondeau para que cuide de sus bienes". Ningún Marillac es tutor suyo y vive en pensionado. Hacia 1638 San Vicente le escribe a Santa Luisa una frase curiosa sobre los nietos de Miguel de Marillac; «¿Qué hay de la enfermedad de ese buen señor y del embarazo de su señora esposa? No sé quien me da la curiosidad sobre esto; pero me parece que esta familia me toca el corazón con ternura» (I, c. 368).

* Aumentan la dificultad unos sonetos acrósticos enviados a Antonieta y una carta de Luis a su hermana Valence. De todo ello se deduce, como una confesión de Luis, que su mujer ha cometido adulterio y, que por ello, Inocencia, la hija adulterina, no es hija suya. Confiesa también que va a juicio para defender el «honor, la vida, los bienes, el cuerpo y la suposición» de Inocencia, pues si se declara adulterina sería marginada totalmente.

Pero se deduce también que, por defender a Inocencia, se priva de la herencia a Luisa, si era hija natural de Luis de Marillac. No se comprende que Luis prefiriese dar su herencia a una niña, Inocencia, que sabe que es hija adulterina de su esposa, pero no hija suya, y se la quitara a una hija propia. Luisa, aunque fuera hija natural. Sólo se ve una explicación: que Luisa no es hija, ni siquiera natural, de Luis de Marillac, y por ello no podía ser su heredera.

Educación - Poissy

Cuando leemos los escritos de Santa Luisa, igual que a Gobillon, nos parecen «tan sólidos» que quedamos admirados. Nos da la sensación de leer a una mujer que sabe de filosofía y conoce la teología y la espiritualidad. No nos extraña que se iniciara en

latín antes que en francés, pero nos da una sensación grata el ver que había sido iniciada en la pintura.

Se puede concluir que fue una mujer bien formada, instruida y muy aficionada a la lectura «que hacía lo más común de sus ocupaciones».

¿Donde se formó? Luis de Marillac «la puso en pensión en el monasterio de las Religiosas de Poissy donde tenía algunos parientes».

El 10 de octubre de 1591, cuando Luisa tenía dos meses, Luis de Marillac la hizo donación de algo más de 9 arpents de labranza, es decir, entre 3 ó 4 hectáreas, en terreno de Ferrières en-Brie. Y añade una carta dirigida a una tía suya religiosa dominica en dicho monasterio de Poissy. Se llamaba también Luisa de Marillac.

Estos pocos datos nos dan a entender que, sin tener aún un año, la llevaron a Poissy. Poner niñas tan pequeñas en los Monasterios como pensionistas era bastante frecuente por entonces. Allí debió estar Luisa, a lo más tardar hasta julio de 1604, cuando, muerto su padre, nadie se responsabilizó de pagar la pensión alta en aquel monasterio para niñas nobles. Luisa tenía 13 años. En el siglo XVII una mujer dejaba de ser niña hacia los 11 años.

En esos trece años que pasó en Poissy recibió una formación completa y adelantada. Seguramente terminaría los estudios un tanto parecidos a los que oficialmente estudiaban los niños en los colegios masculinos; es decir, terminaría la *gramática* y dejaría Poissy al comenzar la *retórica*. (En aquellos tiempos la precocidad de los niños era mayor que en la actualidad).

Las educadoras de Luisa tenían una cultura excelente, y a pesar de la nobleza del monasterio y de su riqueza, no parece que estuvieran relajadas.

Educación en un Pensionado

Gobillon continúa: Su padre «habiéndola retirado de allí algún tiempo después, la puso en París entre las manos de una señora hábil y virtuosa, para que le enseñara las labores propias de su condición» (pp. 6-7). ¿Cual? ¿La nobleza en que había vivido o la ilegitimidad en la que tenía que vivir?

Años más tarde la señorita Le Gras «contó algunas veces que siendo joven había estado de pensión en casa de una buena mujer piadosa con otras señoritas como ellas» (No era, por lo tanto, una pensión cualquiera, Era una pensión para jóvenes de condición). «Y viendo que la señora era pobre, le dijo que tomara labores para los comerciantes: que ella trabajaría para ella. Y animaba a sus compañeras a hacer lo mismo. Y que ella hacía los trabajos humildes de la casa, como cortar leña y otras cosas pesadas».

Era, por lo tanto, un pensionado para jóvenes no de condición elevada, sino de clase media-baja: pequeñas burguesas, hijas de pequeños nobles de provincia o jóvenes bastardas. Estos Pensionados eran corrientes en París.

En este pensionado debió estar hasta los veintiún años, hasta unos meses antes de casarse en que fue a vivir con sus parientes los Attichy-Marillac, ya que, cuando se casó, no tenía muebles, ni siquiera la cama, símbolo casi de quien vivía independiente (D 825).

Esa señora las preparaba para llevar dignamente una familia y la parte doméstica de una hacienda: los trabajos de una casa, las labores de familia, la contabilidad de la pequeña granja familiar, etc.

Así se completó la formación de Luisa en todo lo necesario para el gobierno de una comunidad y para dirigir a otras personas. Su personalidad se hizo fuerte, decidida, aguda para los negocios de toda clase.

Capuchinas

Por los años en que vivía en el pensionado sucedió un acontecimiento que la marcará duramente. Sor Maturina Guérin cuenta que comenzó «a hacer oración hacia los 15 o 16 años y que hizo nacer en ella el deseo de ser capuchina» (D 822). Es decir, que, según el parecer de la secretaria de la santa, el deseo de ser capuchina le nació hacia 1606. La oración fue el refugio de la soledad que sentía. A esa edad encontró la primera experiencia de Dios que la iniciaba en el carisma que llamamos vicenciano. Ser capuchina se oponía radicalmente al carisma divino de Luisa Marillac.

Sabemos que Luisa pidió el ingreso al P. Honoré de Champigny, pero el P. Champigny estuvo ausente de París de 1606 a julio de 1612. Por lo tanto debió de ser en el verano de 1612 cuando Luisa de Marillac presentó su vocación al Provincial de los capuchinos y, rechazada, aceptó el matrimonio que le exigían sus familiares. El motivo para ser rechazada fue su salud débil y el discernimiento de que Dios tenía otros designios sobre su persona --señala Gobillon p. 8--, pero en realidad ¿no influiría la naturaleza de su nacimiento?

Hay indicios para pensar que, embebida en la oración, había hecho voto de castidad perpetua o acaso de ser religiosa. Al no poder cumplir su voto se le clavó una espina que sangrará toda la vida: lo consideró una traición a Dios y será una marca flotando en su espiritualidad.

Matrimonio

El 13 de agosto de 1610 fue declarada mayor de edad, justo al siguiente día de cumplir 19 años, y el 5 de febrero de 1613 contrajo matrimonio con Antonio Le Gras. El día anterior se habían firmado ante notario las cláusulas del contrato matrimonial. Cuatro puntos resaltan: claramente se indica que es hija natural de Luis de Marillac; que su esposo descende de Auvergne, al igual que los Marillac; que es secretario de

commendement de la Reina madre, María de Médicis. Pertenece, por lo tanto, a la familia de la Reina madre como los Attichy y los Marillac; y aparece una lista de los bienes de Luisa que ya conocíamos por otros documentos, pero también aparece una respetable dote de 6.000 libras que no se sabía que tuviera Luisa de Marillac.

Da la sensación de ser un matrimonio de alianza política: los Marillac necesitan al señor Le Gras en la familia. El 10 de marzo de 1610 moría asesinado Enrique IV; el 15 el Parlamento nombraba regente a María de Médicis. Los Marillac, fieles a María de Médicis, desean afianzarse en el poder. Miguel de Marillac se siente seguro en la política; su hermano Luis, casado con una pariente de la Reina madre, avanza en el ejército hasta el puesto de mariscal; su cuñado Donj de Attichy, esposo de Valence de Marillac, está en la hacienda. Necesitaban a alguien en la secretaría. Se fijaron en Antonio Le Gras pero, al ser plebeyo, ninguna Marillac podía casarse con él; y se acordaron de otra Marillac -marginada hasta entonces-, que era ilegítima, que había sido rechazada en las capuchinas; le dieron una dote y en unos meses se arregló el matrimonio.

Así se ve cómo en el contrato matrimonial los MarillacAttichy- Hennequin firman: «todos amigos comunes de dichos futuros esposos». Así comprendemos que Luisa se lo echase en cara al conde de Maure, esposo de Ana de Attichy-Marillac: «Usted que tiene el lugar de aquellos que con su conducta me hicieron abrazar esta forma de vida que me ha puesto en el estado en que ahora estoy» (c. 311). Así se explica que, rechazada en las capuchinas, no intentase entrar en otras religiosas, en las que no fuera impedimento su nacimiento.

Desde 1613, cuando Luisa tenía 21 años, la vida se fue aclarando. Se conservan más documentos y se puede concluir: que de 1613 a 1617 fueron años felices para el matrimonio Le Gras. A los nueve meses escasos les nació un hijo, Miguel. Progresan en la escala social; sus nietos acaso lleguen a ser nobles.

Pero de 1617 a 1622 María de Médicis fue alejada del poder. Fueron cinco años malos para los partidarios de la Regente. Eran rechazados y quedaron inactivos, en situación de espera. Entre ellos se encontraban los Marillac, Attichy, Le Gras... Habían caído en desgracia del Rey con todo lo que ésto significaba en el siglo XVII.

En enero de 1622 María de Médicis entró a formar parte del gobierno y sus partidarios fueron rehabilitados. Los cinco años que van de 1617 a 1622 tuvieron una importancia y una trascendencia terrible para el futuro de Santa Luisa. A María de Médicis sólo pudieron acompañarla al destierro un número determinado de oficiales, entre ellos Villesavin, como secretario de commendement, Richelieu, Miguel de Marillac y pocos más. Antonio Le Gras tuvo que quedarse en París. La sombra de este sacrificio se extenderá sobre el provenir de Luisa para bien y para mal.

En enero de 1614 había muerto Octavio Doni de Attichy y en enero de 1617 su esposa Valence de Marillac. Dejaban siete hijos; cuatro menores de edad. El tutor legal de los cuatro menores es Miguel de Marillac, pero dedicado a la política y ausente de París, acompañando a la Reina madre desterrada, de hecho lo es Antonio Le Gras, que

permanece en París y vive en la casa de los Attichy. Y el señor Le Gras se preocupó más de los bienes de sus sobrinos que de los propios, hasta llegar a decir Luisa, años más tarde: «Mi difunto marido consumió todo, su tiempo y su vida, cuidando de las negocios de su casa (Attichy), abandonando enteramente los suyos propios» (c.96). Y la señora de Marillac, nuera de Miguel, dijo que el señor Le Gras había hecho grandes servicios a Genoveva de Attichy (c. 312; D 826).

Cuando en 1622 María de Médicis entró en el gobierno y los Marillac avanzaban en la grandeza, el señor Le Gras cayó enfermo y todo se hundió. Abandonaron la casa de los Attichy y se instalaron en la calle Courtau-Villain. Durante cuatro años la señorita Le Gras cuidará de su hijo y de su marido enfermo. Antonio Le Gras morirá el 21 de diciembre de 1625.

La penuria económica será angustiosa para Luisa, la atormentará, la llenará de remordimientos, como si hubiese abandonado la hacienda de su hijo. Verá negro el futuro de ese hijo que tanto ama; y cuando llegue el tiempo de casarlo, la llenará de dolor el no poder encontrar esposa adecuada, debido a sus pocos bienes: le robará el tiempo, teniendo que acudir a Vicente de Paúl en busca de ayuda y, dominando su orgullo, irá a los Marillac, mendigando su influencia.

Vida espiritual

¿Cómo era la vida espiritual de la señorita Le Gras? La señora de la Cour sirvienta de los señores Le Gras, en una nota muy mal escrita la describe así:

«Que en su juventud tenía gran piedad y devoción en servir a los pobres. Les llevaba dulces, golosinas, galletas y otros dulces. Los peinaba, les limpiaba la roña y la miseria y los amortajaba. Cuando estaba a la mesa frecuentemente hacía que comía, pero no comía. Por la noche, tan pronto como se dormía el señor, se levantaba y se encerraba en su gabinete para tomar cilicio y disciplina. Dejaba su compañía para subir a un monte y cuidar a un pobre que temblaba de frío al llover sobre él» (D 809).

También Gobillon escribe algo parecido. La describe atrayendo a otras señora al servicio de los pobres «como un ensayo de la gran obra que debía emprender un día para el cuidado de todos los pobres, creando una congregación de mujeres (?). Lo cual ha testimoniado por escrito: que durante su matrimonio ya había tenido algún deseo» (pp. 10-11).

Estas notas están escritas después de morir la santa. Sin dejar de tener un fondo de verdad, da la sensación de aplicar a la señorita Le Gras, casada, lo que sabían de Luisa de Marillac, fundadora de las Hijas de la Caridad.

Al leer estos escritos y el reglamento de vida, cuando ya era viuda, vemos a una mujer devota del siglo XVII, llevando una vida piadosa, centrada en la oración de petición, de alabanza y en la oración mental. Busca habituarse en las virtudes y dominar las pasiones a base de mortificación interna y de la ascesis externa. Se dedica a obras de caridad, como tantas mujeres devotas. La lectura de los libros piadosos la forman en esta piedad: La Imitación de Cristo, las obras de Fray Luis de Granada, las de San Francisco de Sales y un libro un tanto curioso del mismo estilo, «El Combate Espiritual». También sabemos que el

obispo de Belley, J-P. Camus, su director espiritual, autorizó para que el arzobispo de París pudiese permitir a los señores Le Gras «la lectura de la Santa Biblia en francés» (D 809, 831, 832).

Por estos testimonios podríamos tomar a Luisa como seguidora de una espiritualidad parecida a la llamada Devoción Moderna, y no es así. Por esos años Luisa seguía lo que llamamos Escuela Abstracta. No se puede olvidar que cuando Gobillon publicó la Vida de Luisa en 1676, la mística abstracta era mirada con recelo, debido a que se consideraba a los jansenistas seguidores de esa escuela; por los abusos de los alumbrados y quietistas, y porque la sociedad, por el racionalismo cartesiano, minusvaloraba la mística.

Sus directores espirituales

Sus directores de juventud la ayudaron a introducirse en la atmósfera de influencia renanoflamenca y dionisiana de la Mística Abstracta, acorde con su psicología y su vida de sufrimiento.

Los primeros directores fueron los capuchinos del arrabal de Saint-Denis. Eran compañeros o discípulos de Benito de Canfield, lectores y propagadores de su libro La Regla de Perfección, totalmente dominado por la espiritualidad nórdica. Seguramente Luisa se dirigió con ellos desde 1606 hasta 1619; es decir, desde los 15 hasta los 28 años.

Hay que aceptar que también influyó en Luisa su tío Miguel de Marillac. Se conservan varias cartas que le dirigió él y, aunque se han perdido las que le dirigió ella, aparece como un consejero espiritual y un director de conciencia. El la llama sencillamente señorita. No era raro en aquella época que seglares ayudaran a otras personas en la búsqueda de la santidad. También Luisa dirigió a otras seglares. Miguel de Marillac vivía plenamente la espiritualidad de la Mística Abstracta, aconsejando a Luisa el desprendimiento absoluto hasta el anonadamiento del ser, desde 1613 hasta 1624, desde los 22 años hasta los 33.

Aunque algunos biógrafos ponen a San Francisco de Sales como director de Luisa, está claro que no lo fue, como está claro que la visitó varias veces en 1619, estando ella enferma, y también es patente el influjo de su espiritualidad a través de sus escritos y de San Vicente.

Junto con San Vicente, J-P. Camus, obispo de Belley, fue el director más atrayente para Luisa. De él recibía cartas llenas de humanidad para que viviera alegre y serena. Es posible, pero no probable, que Camus tomara contacto con Luisa por ser sobrino de la segunda esposa de Luis de Marillac, Antonieta Camus. Seguramente fue San Francisco quien se lo aconsejó. Por esta época el obispo de Belley era un director exigente y hasta duro. Su amigo San Francisco le pedía suavidad. En 1617 había publicado Dirección en la oración mental, donde habla de la contemplación pasiva y sobreeminente. Sigue veladamente a Benito de Canfield sin citarlo, por no desagradar a su amigo San Francisco. En estos años acepta con simpatía las ideas

renanoflamencas, aunque años después se alejará rotundamente. Es el gran consuelo de Luisa durante la enfermedad de su esposo. La dirigió de 1619 a 1625.

A finales de 1622 Luisa se trasladó a vivir a la calle Courtauvillain, al lado del convento carmelita de la Santa Madre de Dios. Es conocida la tendencia de las primeras carmelitas francesas por la mística de las esencias, que tanto alborotó a la española Ana de Jesús Lobera. La mística de las esencias había sido fomentada por Berulle, uno de los tres superiores de las carmelitas francesas. El convento había sido fundado, hacía sólo cinco años, por Catalina de Jesús y por Magdalena de San José, discípulas fieles y propagadoras de las ideas nórdicas de Berulle. Hasta parece que en el verano de 1625, ausente Vicente de París, Luisa hizo los ejercicios guiada por Magdalena de San José o por el oratoriano P. Menard.

Luisa de Marillac es, pues, al tomar a Vicente de Paúl por director, una mujer que pertenece a ese círculo de espirituales que seguían las influencias de la Mística Abstracta.

Pero también Vicente de Paúl por estos años está influenciado por Berulle y hacia 1624 toma amistad con Saint-Cyran, entusiasta de las ideas berullianas y colaborador en su obra Discursos del estado y grandezas de Jesús.

A lo largo de los años aparecen en los escritos de Luisa las ideas y las formas de estos espirituales, unas veces un tanto difusas y otras con toda claridad.

Su sicología

Afectividad

Por las cartas que se conservan de años posteriores, Luisa de Marillac aparece como una mujer afectiva, cargada de gran emotividad. Vicente de Paúl solía decirle que cuidara su ternura, y se lo dice con emoción, sin dureza (I, c. 20, 285...). Nos recuerda su infancia sin cariño y en soledad familiar, en una época en que el niño se va convirtiendo en el centro de la familia. La falta de caricias durante su niñez permaneció incrustada para siempre en su personalidad de mujer. La emotividad la llevará a buscar cariño y también a quién darlo, pues hasta casarse y nacer su hijo a nadie se lo pudo dar.

Quien no ha examinado sus primeros años considera exageradas sus manifestaciones de amor materno, hasta considerarlo como una dificultad en el Proceso de canonización. También Vicente de Paúl, que tanto la quería, consideraba excesivo el amor a su único hijo, Miguel Antonio. Algunas veces se lo reprochó duramente y otras con cariño.

San Vicente, que conocía el misterio de su nacimiento y su infancia abandonada, le dio el cariño que inconscientemente pedía esa mujer. El la dirigía desde un año antes de morir su esposo y conoció su tragedia. Durante varios años el santo le dirigió frases cariñosas. Las palabras mi corazón, ternura, tierno... abundan en su correspondencia.

Algunas veces son frases enteras: «Le escribo para agradecerle a usted ese frontal tan hermoso y elegante que nos ha enviado, que ayer creí que me arrebatara el corazón de placer, de ver el suyo allí metido... y este placer me duró ayer y hoy todavía con una ternura inexplicable» (I, c. 28).

Y en un momento en el que veía a su hija caminar veloz hacia Dios, se le escapó esta expresión: *querida* mía. Coste, extrañado de tanta ternura, piensa que se le olvidó la palabra *hija* (I, c. 52).

Como un resumen del amor que su director Vicente la tiene en Dios, se puede presentar la escena y las cartas de la fundación de Angers, desde finales de 1639 hasta principios de 1640. Consta que lloró después de morir Santa Luisa (IX/2, 1227).

Si no con tantas explosiones de cariño también en la correspondencia con las Hermanas se descubre que Luisa da y busca cariño. Así lo atestiguan las Hermanas (D 803; IX/2, 1219, 1226,...).

Miedo

La vida, la de Santa Luisa, metió el miedo en el cuerpo de esa mujer. Luisa de Marillac tenía miedo al futuro, a lo desconocido que llegaba cada día; una vida con ascensos y descensos, adelantos y retrocesos, éxitos y fracasos, ilusiones y desencuentros.

Cuando es una niña se educa y vive como noble en Poissy. Pero tiene que abandonar esa categoría de vida y refugiarse en un pensionado.

Cuando es una joven tiene deseos de ser capuchina pero se la rechaza.

Cuando se casa viene la esperanza y el futuro, por fin, se abre claro. Pero con la caída de María de Médicis y con la enfermedad de su marido todo se tambalea durante cinco años y a la muerte del Sr. Le Gras todo se derrumba. Una neblina espesa cubre su casa.

Ni en la escala social, ni en la fortuna, ni en el sentido de su vida ha logrado una estabilidad. Después de tantos años de lucha tiene que volver a empezar. Ya no se fía del porvenir y le tiene miedo.

De una manera continua temerá el porvenir de su hijo, la destrucción de la Compañía y el hundimiento de su alma.

El señor Vicente intentará quitarle el miedo insistiendo en la confianza en Dios y en la alegría.

Junto con el miedo o acaso como un efecto brota en su psicología una inseguridad hacia su persona y su alma. Busca la seguridad en la dirección. De ahí ese apoyarse continuamente en su director y ese cariño de agradecimiento por la tranquilidad y la seguridad que le da el santo. No extraña por ello que cuando él está ausente ella se cree morir,

asombrando al obispo de Belley que tiene, que escribirla: «He ahí al señor Vicente eclipsado y la señorita Le Gras fuera de sí y desorientada. Está bien ver a Dios en nuestros guías y directores y a éstos verlos en Dios, pero algunas veces es necesario mirar a Dios únicamente que sin hombre ni piscina puede curarnos de nuestras parálisis».

Esta frase y aquella postura tenemos que interpretarlas a la luz que nos da una postdata escrita a San Vicente en un momento terrible del dolor causado por su hijo: «No puedo tener ayuda de nadie en este mundo y apenas nunca la he tenido a no ser de su caridad (de usted)».

La soledad durante la juventud la obligó a luchar en la vida junto a unas personas que se agarraban sin piedad a cualquier cosa que las ayudara a sobrevivir o a avanzar en una sociedad estructurada sobre la desigualdad. La lucha solitaria le dio un temperamento fuerte, valiente, perspicaz y práctico para los asuntos materiales y espirituales. Y la mujer insegura para sí misma ponía seguridad en los que estaban a su lado. San Vicente que la conoció bien, la envió a visitar y reorganizar las Caridades; le encargó que dirigiera a mujeres seglares que hacían los Ejercicios en San Lorenzo; confió en ella la confección de Reglamentos; le dio el gobierno de la Compañía de las Hijas de la Caridad y la dirección de las Hermanas. Es una mujer emprendedora que sabe planificar las fundaciones de Angers, Nantes, el hospital-asilo del Nombre de Jesús, etc. Se puede afirmar sin exageración que fue ella quien salvó la obra de los niños abandonados de Bicêtre.

Acaso por esta contradicción aparece algunas veces dura, cerrada y hasta áspera.

Complejo de culpabilidad

Durante 17 años los directores que tuvo, todos seguidores de la mística abstracta, la fueron centrando en la divinidad inmensa más que en la humanidad de Cristo Redentor. Es una dirección apropiada para una vida de dolor, de angustia, de desprendimiento. En estas circunstancias Luisa de Marillac va asumiendo la idea de un Dios de la Antigüedad, el Dios justiciero más que el Dios misericordioso. A veces queda invadida por un complejo de culpabilidad. Los males que suceden a su hijo y a las Hermanas son castigos divinos debidos a sus pecados. La primera vez que aparece este complejo es en 1623, cuando está convencida de que Dios ha dado la enfermedad a su marido, como castigo, por no haber cumplido el voto que ella hizo. Se manifestará a lo largo de su vida hasta el año 1650 en los fracasos de su hijo, y hasta morir se sentirá causante de los pecados y abandono de las Hermanas y de los males de la Compañía. Para atajar el castigo de Dios piensa dejar el puesto de Superiora General y hasta escoge a su sucesora: Sor Turgis. Al no poder romper la resistencia de San Vicente, está convencida de que Dios la sacará pronto de la vida, librando a la Compañía de sus pecados.

Espíritu analítico

A Luisa le atrae analizar las cosas hasta sus profundidades. Al introducirse en la consideración de Dios asume una teología de la naturaleza divina y cuando profundiza en su psicología, más que de una manera psicológica, la examina como una esencia en medio de su vida, como ser más que como dinámica. Le gusta examinar su interior; tiene obsesión

por analizar escrupulosamente todas las capas del actuar de su psicología; parece un médico cortando con un bisturí cada uno de los tejidos de su alma. Se introduce dentro de ella y reflexiona el cómo y el porqué de cada acción para concluir lo que es ella: se ve pecadora, anonadada, pequeña, indigna de Dios. Hay momentos que siente no amar a Dios ni sentirse amada por El, y el miedo y la angustia la devoran.

San Vicente, conocedor exquisito de la psicología femenina, logrará con cariño que salga de esa emboscada de inquirir minuciosamente su interior, presentándole los pobres y un camino alegre de saberse redimida. Ella misma intenta salir; no se ha encerrado voluntariamente, por ello acude a Dios en la oración y mira su historia, descubriendo que Dios quiere que vaya a El a través de la cruz, al ver que desde la cuna aquella no la ha abandonado nunca en ningún momento de su vida (E 19, D 829).

Oración

Ayudada por sus directores, la oración la puso en contacto con Dios y Dios la llevó a superar todas las dificultades de su mundo. La oración será en ella la dinámica para caminar en su tierra de sufrimientos. Durante quince años se esforzó en la oración mental en la forma de meditación, y el 20 de enero de 1622, seguramente con el inicio de la enfermedad de su marido, Dios se le presentó sin que ella lo reconociera; se le presentó duro y terrible para purificarla de lo que era incapaz por sí misma. Era la noche pasiva de la que hablan los místicos. Este Dios, al estilo de los renano-flamencos y de San Juan de la Cruz, entre claridad y oscuridad, la purificará de una forma dura y cruel: «Grandes abatimientos -escribe- de espíritu por los sentimientos de mi propia abyección que me hacen aparecer como una cloaca de orgullo y fuente de amor propio, de desamparo, anonadamiento de mí misma, abandono de Dios merecido por mis infidelidades, con una opresión de corazón tan grande que, en los momentos más violentos, me hacían sufrir en el cuerpo»... «Y tales penas llegaron a tal punto que si las hubiese dicho y hubiera hecho lo que me impulsaban a hacer, creo que se habría juzgado... (inacabado)» (E 1, 2).

La noche mística avanzó hasta llegar a su explosión en mayo-junio de 1623: «En el año 1623, el día de Santa Mónica, Dios me concedió la gracia de hacer voto de viudez si Dios llamaba a mi marido.

El día de la Ascensión siguiente tuve un gran abatimiento de espíritu por la duda que tenía de si debía dejar a mi marido, como lo deseaba fuertemente para reparar mi primer voto y tener más libertad de servir a Dios y al prójimo.

Dudaba también si el apego que tenía a mi director no me impediría tomar otro, habiéndose ausentado por mucho tiempo, y temía estar obligada a ello.

Y también tenía un gran dolor por la duda de la inmortalidad de mi alma. Lo que me hizo estar desde la Ascensión hasta Pentecostés en una aflicción increíble. El día de Pentecostés, oyendo la Santa Misa o haciendo oración en la iglesia, en un instante, mi espíritu fue iluminado de sus dudas.

Y se me advirtió que debía permanecer con mi marido, y que llegaría un tiempo en que estaría en estado de hacer voto de pobreza, castidad y obediencia, y que estaría en un pequeña comunidad en la que algunas harían lo mismo. Entendía entonces estar en un lugar para servir al prójimo, pero no podía comprender cómo podría hacerse, a causa de que allí debía haber idas y venidas (sin clausura).

Se me aseguró también que debía quedar tranquila en cuanto a mi director, y que Dios me daría otro -que me hizo ver, me parece-, y sentí repugnancia en aceptar, sin embargo consentí, pues me parecía que no era todavía cuando debía hacerse este cambio.

Mi tercera pena me fue quitada con la seguridad que sentí en mi espíritu que era Dios quien me enseñaba (todo) lo anterior y que, existiendo un Dios, yo no debía dudar de lo demás» (E 3).

Dios se sirvió para purificarla de la enfermedad de su marido que infundió en su espíritu herido por la ansiedad y el miedo un complejo de culpabilidad.

En su casa ha sucedido un hecho desgraciado: en un momento trascendental para el porvenir de la familia Le Gras, el esposo está grave. Dios castiga a la familia.

- La causa es algo malo que han hecho, algún pecado que han cometido.
- Su marido es bueno y su hijo, un niño de 9 años, es inocente. Ella se siente culpable por no haber cumplido su «primer voto» de entregarse a Dios, por lo contrario se casó; y ahora Dios la castiga quitándole al esposo. El castigo ha comenzado por la enfermedad.
- Inmediatamente brota en Luisa el deseo de aplacar a Dios, de borrar el pecado haciendo lo contrario, para que Dios vuelva a ser amigo: «Yo debía abandonar a mi marido». Junto con estas penas físicas aparecen las espirituales. Su afectividad y su inseguridad la llevan a apegarse a su director que debe alejarse de París hasta Belley por mucho tiempo y brota de ella la lucha: por un lado piensa que debe buscar un nuevo director y por otro lado «teme estar obligada a ello». Piensa que debe, pero no quiere y sufre".

Finalmente echa la vista atrás. Ve sus 16 años de oración sincera, siempre ha creído que caminaba hacia Dios y ahora se ve pecadora y hundida: todo ha sido una ilusión y una mentira, Dios se ha burlado de ella, o ¿es qué no existe, ni el alma es inmortal? ¿Todo se acaba en la tierra con la muerte? Esta duda es terrible, pues ella es buena, ama a Dios y camina hacia El, aunque sea de Noche.

Dios la sacará de la Noche en una presencia mística. Todas las señales lo indican:

- Ella es pasiva; hay un Otro que es el activo. Todos los verbos están en pasiva.
- Ella tiene el convencimiento y la firmeza de que este Otro que actúa es Dios.
- Todo es de repente, sin que ella lo provoque ni pueda impedirlo.
- La deja en paz, calma, tranquilidad.

De aquí en adelante su oración es experimental, se adentra en la mística; de tiempo en tiempo sentirá la presencia de Dios, hasta llegar a la unión más grande que puede alcanzar un ser humano con su Dios: el Desposorio místico.

Encuentro con Vicente de Paúl

Año y medio más tarde, en los primeros meses de 1625, aceptó a Vicente de Paúl como director de su conciencia. Era ya una mujer madura y serena de 34 años, marcada por el sufrimiento y la marginación, con un esposo gravemente enfermo y un hijo de 11 años.

De aquí en adelante, Luisa queda unida a San Vicente. La persona de este hombre se proyectará continuamente en su personalidad. Ella le veneró y le amó profundamente en Dios, y él la dirigió y la amó tiernamente también en Dios. Ya no se puede examinar a Santa Luisa separada de San Vicente. Casi se podría decir que una faceta de esta santa es la relación con su director; se descubre su presencia en cada una de las acciones de Luisa de Marillac. Sin violentarla y sin imposición la va dirigiendo y realizando. Sin San Vicente Santa Luisa no sería ella.

Correspondencia

A través de las cartas únicamente conocemos la actuación de Vicente de Paúl sobre Luisa de Marillac en lo referente a las obras. Son cartas para la acción o dirección de las obras en favor de los pobres. A lo largo de las cartas descubrimos la epopeya de unos hombres y de unas mujeres que entregaron sus vidas por la liberación de los pobres, pero casi nada nos cuentan sobre la dirección de un sacerdote en la espiritualidad de una mujer concreta, en el interior de Luisa de Marillac.

Primero, porque se han perdido muchas cartas de esta época, cuando Luisa estaba más preocupada de su unión individual con Dios por medio de la devoción personal, que a través de los pobres.

Segundo, porque la dirección de su vida interior se realizaba en conversaciones privadas, en un diálogo que no ha dejado huellas escritas. Por eso sabemos que, cuando los dos santos están en París o cuando van entrando en la ancianidad y ya no pueden ausentarse, las cartas escasean; viven cerca el uno de la otra y no tienen nada más que cruzar la calle para entrevistarse. A lo más, aparecen pequeños papeles que, debido a la prisa o al mal tiempo, tiene que llevar un criado.

Dirección

Se conservan bastantes de estos papeles que pueden introducirnos en las profundidades de la dirección. Son pensamientos o resúmenes de la oración escritos para su intimidad o para las Hijas de la Caridad o para su director. Todos ellos rezuman sinceridad abriéndose francamente a él.

Vicente de Paúl supo desde el primer día que él era tan solo un instrumento de Dios. Descubrió que Dios tenía designios maravillosos sobre aquella mujer que había puesto en sus manos y que a él sólo le había encomendado ayudarla, pero que el director era Dios, y que él debía retirarse cuando Dios se presentaba. No podía meter su hoz en la cosecha de Dios. Vicente la guió suavemente según la dirección que le dieron sus primeros directores,

y Luisa descubrió la clase excepcional que tenía su director para guiar a cada persona según era ella.

Economía familiar

Desde la muerte de su marido, el 21 de diciembre de 1625, la señorita Le Gras iba a vivir una nueva época. Fue como una vida distinta después de un segundo nacimiento. Hoy podemos dividirla en varias etapas: de 1626 a 1633, de 1633 a 1639, de 1639 a 1644, de 1644 a 1648, de 1648 a 1653 y de 1653 hasta su muerte, el 15 de marzo de 1660.

Ella desconocía su futuro, pero según se iba presentando en el presente se convencía de que también se realizaba, como su infancia y su juventud, decretado desde la eternidad, y ella colaboraba.

La precaria situación que dejó al morir Antonio Le Gras la marcó duramente. El amor ardiente que sentía por su hijo le gritaba que el porvenir del hijo de sus entrañas era incierto. Luisa de Marillac sufrirá físicamente, especialmente en los siete años que van de 1643 a 1650, desde que Miguel abandonó el seminario y, sin empleo, vivió de las pocas rentas que le quedaban, hasta que se casó en 1650.

Todas las fortunas del siglo XVII, consideradas seguras, estaban formadas por tierras, oficios y rentas. Sin embargo los bienes de madre e hijo únicamente consistían en rentas; peligroso e inestable, dada la devaluación constante del dinero y las inseguridades que ocasionaban las guerras y revueltas, amenazándolos continuamente con la ruina.

Es cierto que Antonio Le Gras, hombre de buen corazón y buscando agraciarse con los Marillac como un medio de medrar, no se interesó tanto en aumentar su fortuna cuanto en administrar bien los bienes de sus sobrinos. Pero también es cierto que Luisa de Marillac se manifiesta como una administradora excelente tanto en los bienes de la Compañía como en los bienes propios. Y asimismo es cierto que Luisa y su hijo tenían bienes escasos, pero suficientes para vivir de sus pequeñas rentas, para pagarse ella una criada y él un criado, cuando se salió del seminario, pero sin holguras. El peligro estaba en que no eran suficientes para un buen matrimonio de Miguel y en que podían ir a la ruina en cualquier descuido. Tenía para vivir tan solo justamente.

Ciertamente para esta primera época de su vida que va de 1626 a 1633, aunque sin lujos, madre e hijo tienen para vivir tranquilamente. No tienen angustias de dinero, aunque recelen algo del futuro de Miguel. Pero este entra en el seminario y, como dice su madre, por este lado le desaparece la inquietud. Y si continúa en el seminario, ella queda tranquila (c. 3).

Preparación y comienzo de la misión

Así pues, sin mayores preocupaciones económicas en estos primeros años y con Miguel en el seminario, Luisa descubrió su misión y su vocación en la tierra. Estos años, a pesar de aparecer como transitorios son trascendentales en la persona de Luisa. Puede avanzar hacia el futuro sabiendo qué hacer y a dónde ir. Como una excepción, ahora le parece que es ella

quien decide en su vida de la mano de su director. Ahora necesita todo lo aprendido en Poissy y en aquel pensionado, desde que era un bebé hasta los 21 años. De aquí en adelante guiada por su director, va a realizar, por fin, toda la potencialidad creadora que encerraba su personalidad. Ella misma se atreve ya a proponer y a realizar. Es ya otra mujer. Y esta mujer es acaso la obra más preciosa de San Vicente de Paúl. El la descubrió y él vio el potencial inmenso que guardaba latente en su interior. Y él, guiándola en la libertad, la dejó que ella misma lo pusiera en práctica.

Los años de 1626 a 1629 son una especie de noviciado en los que va descubriendo su carisma. Su vida espiritual es una continuación de la que llevaba cuando estaba casada, con un fondo cercano a la llamada escuela abstracta, que le inculcaron sus directores anteriores. A su nuevo director le trata de padre mío y él la llama hija mía. Aunque todavía no pertenece a las Caridades de Vicente de Paúl, hace algunas labores para los pobres. Por las cartas vemos cierta intimidad y amistad entrañable en Dios. Al lado de Vicente de Paúl contempla sus obras y descubre un nuevo modo de seguir a Jesucristo y el evangelio. Sin forzarla se va haciendo un transvase de sentimientos.

El 6 de mayo de 1629 tomó por sí misma una decisión que cambió el rumbo de su vida y la convirtió en otra mujer: decidió entregarse a los pobres y se ofreció a San Vicente para ayudarlo en las Asociaciones de Caridad que había fundado el santo hacía doce años. Vicente de Paúl la aceptó como colaboradora. El casi nunca la llamará ya hija mía, sino señorita, y ella no le dirá ya padre mío, sino señor; y desde comienzos de 1649, muy honorable padre, como un signo del cambio realizado. Aunque siga siendo su director, para él, ella es algo más que una dirigida, es su colaboradora.

Es enviada por el Director a visitar las Caridades establecidas fuera de París y es recibida por las Caridades como una visitadora oficial de parte del fundador y promotor, Vicente de Paúl, que reside en París. Es pasmosa la actividad que desarrolla: visita las caridades en un plan de revisión y animación, dando ideas para una vitalidad renovadora, por un lado, y por otro, da catequesis a las niñas y crea escuelas femeninas en los pueblos de la campiña.

En adelante, y más aún desde 1630, la persona de Vicente de Paúl se desdobra en director de una mujer a la que dirige desde hace años, con sus problemas espirituales, personales y familiares, y en Director de una gran obra de caridad hacia la principal colaboradora y, después, cofundadora.

Santa Luisa asumió dignamente esta nueva faceta de su vida. Fueron muchas las Caridades que reorganizó y dinamizó y fueron muchos los informes que envió a Vicente de Paúl; tantos como los reglamentos que redactó o corrigió. En 1630 fundó la Caridad de San Nicolás de Chardonnet, su parroquia, siendo su primera presidenta. Al año y medio dejó el puesto de presidenta para poder extenderse a más Caridades. Comenzaba así a ser protagonista al lado de San Vicente de Paúl.

Por estos años, acaso por la fatiga, de nuevo le asaltó punitivo el voto de su juventud e intentó meterse religiosa en un convento. Lo consultó y Vicente de Paúl se opuso radicalmente.

La familia Marillac

Tanta actividad no impidió que se ocupara incesantemente de su hijo Miguel. Durante muchos años la vocación sacerdotal de su hijo será una cruz psicológica para la madre. El muchacho, estudioso y responsable, no se ve sacerdote y continuamente duda de su vocación. Si continúa en el seminario-colegio es por no herir a su madre. Con todo, Luisa sufre sin descanso la sinceridad de estas dudas.

Mientras Luisa viaja ilusionada por pueblos y aldeas, visitando las Caridades y formando maestras para las nuevas escuelas, y mientras su hijo estudia tranquilo, la familia Marillac entra frenética en la lucha política. Enfrentados a Richelieu, éste los aplasta sin piedad. Miguel de Marillac es encarcelado y muere en prisión, Ana de Attichy es desterrada igual que su tía Catalina de Médicis, -que morirá en el destierro- esposa del mariscal Luis de Marillac, encarcelado y decapitado en la Plaza de Gréve. Por las cartas de San Vicente se siente el sufrimiento de Luisa (I, c. 87, 90).

Su salud

Luisa de Marillac ha pasado a la historia como una mujer débil y enfermiza. San Vicente tiene algo de culpa al decir de ella que «al verla se diría que sale de la tumba, tanta es la debilidad de su cuerpo y la palidez de su cara» (III, c. 1002). Examinando detenidamente la vida de Luisa no se puede sacar esa conclusión así, sin más; hay que tener en cuenta varios aspectos: Muchas frases de San Vicente son comunes a los directores de aquel tiempo, especialmente si la dirigida trabaja como Luisa de Marillac; Luisa vivió casi hasta los 70 años en un siglo que eliminaba sin piedad a los más débiles y sólo sobrevivían los robustos; la enfermedad era tan corriente como la salud en todos, desde el rey hasta el último ciudadano, el mismo Vicente estuvo frecuentemente enfermo; vivió en medio de pestes y de epidemias de gripe, disentería y enfermedades de pulmón. Murieron multitudes, pero ella sobrepasó los 69 años; quien sobrevivía a las enfermedades las vencía por la fuerza de su constitución, pues la medicina no hacía nada: Luisa venció muchas enfermedades. Una naturaleza enfermiza no podría haber hecho las obras que realizó ella, viajando en malos carruajes, por caminos desastrosos en los fríos de invierno y los calores abrasadores de verano. Las enfermedades encontraban campo apropiado para la muerte en los pobres, mal alimentados, mal vestidos y alojados sin higiene; ella no pasó hambre de niña, tuvo higiene y estuvo bien alojada y vestida.

Desposorio místico

Santa Luisa de Marillac había entrado en la contemplación mística con la noche de 1622; San Vicente supo llevarla hasta lo más alto de la mística, al Desposorio Místico del que habla Santa Teresa con tanto entusiasmo en la Morada sexta, y al que pocos santos han llegado. Sucedió en las visitas que hizo a las Caridades de Asnières y Saint-Cloud el 19 de diciembre de 1629 y el 6 de febrero de 1630.

De la visita a Asnières señala: «Y a lo largo de todo el viaje, me parecía obrar sin ninguna intervención de mí misma». De la visita a Saint-Cloud escribe: «En la santa comunión me pareció que Nuestro Señor me daba el pensamiento de recibirlo como a esposo de mi

alma, y que aún esto era ya una forma *de desposorio*, y me sentí tan fuertemente unida a Dios en esta consideración que para mí fue tan extraordinaria; y tuve el pensamiento de dejarlo todo para seguir a mi esposo y de mirarlo de aquí en adelante como a **tal, y de soportar las** dificultades que encontraría como recibéndolas en comunicación de bienes» (E 16; D 387).

Todo se presenta como en un desposorio místico: Aparece el Otro que le comunica algo y ella experimenta una presencia sobrenatural, fuera de lo común, que le produce una sensación de bienestar y que le dura largo tiempo; Luisa no interviene, es sujeto pasivo donde Dios realiza; es consciente de que Nuestro Señor ha realizado algo extraordinario en ella, y le parece que este algo es un desposorio y lo considera ya realizado; está convencida que a raíz de este desposorio hay, como en un desposorio civil, una comunicación de bienes; siente que el Otro, la ha poseído y obra en ella como sujeto de operaciones, ¿unión transformante?

Esta experiencia sublime de Dios se realiza en el servicio de los pobres y realizado el desposorio. Luisa continuó buscándolos para socorrerlos.

Ejercicios espirituales

Desde 1629 se nota un cambio constante en la espiritualidad de Luisa de Marillac. San Vicente la va llevando lentamente y sin violencia a una vida de Dios de presencia más humana, no tan especulativa, más centrada en Jesucristo y en la vida ordinaria.

Todavía en los ejercicios espirituales de Adviento de 1628 están presentes las ideas y el lenguaje de los renanoflamencos: se respira un vaho de neoplatonismo leve, como de emanación y retorno a la divinidad, de posesión divina, vaciamiento total v abandono radical en Dios, propios de las escuelas de las esencias, hasta «desprenderse de los consuelos sensibles para unirse a la esencia de la divinidad», Aparece la visión ejemplarista de Dios. Habla mucho de Dios y poco de Jesús (E 10; SV. I, c. 277).

Los Ejercicios de Adviento de 1631 resumen las líneas de una nueva vida espiritual. Las meditaciones del sábado tienen un enfoque abstracto, pero los tres últimos días nos parece asistir a unos ejercicios de otra época. No le absorbe tanto la divinidad y se centra en el vida de Jesús desde el nacimiento hasta la pasión; quiere darse a Jesús, seguirle e imitarlo. Como una hija fiel de San Vicente, saca conclusiones prácticas. Si antes tomaba las virtudes porque eran una participación de las perfecciones divinas, o para honrar a Dios, ahora quiere adquirirlas para imitar a Jesucristo. (E 23, I, c. 136).

La influencia vicenciana se hace predominante unos meses más tarde, en los Ejercicios de Pentecostés de 1632. Todas las meditaciones se ocupan de Jesús; escoge a Jesús como modelo, y toma la decisión de imitarle «como una esposa intenta ser conforme a su esposo» (E 22, I, c. 115).

Las caridades y los pobres

Las Cofradías de Caridad

Voluntariamente Luisa de Marillac se introdujo en el engranaje de las Cofradías de la Caridad. Las había fundado Vicente de Paúl en 1617 y estaban extendidas por París y muchos pueblos para remediar las pobreza.

En 1617 Vicente de Paúl comenzó a poner en práctica el carisma que se le manifestaba desde hacía siete años. En julio quiso realizar la promesa de entregarse a los pobres, como la puerta que vio para salir de la Noche de la fe, y huyó de casa de los Gondi hacia Châtillon-les-Dombes, hoy Châtillon-surChalaronne. Bérulle le había logrado el puesto de párroco. Aquí, en agosto, un domingo, preparándose para celebrar la santa Misa, le comunicaron que cerca estaban enfermos todos los miembros de una familia, sin que nadie los pudiera cuidar. Emocionado habló en el sermón con gran sentimiento de Dios. El pueblo conmovido se volcó sobre aquella pobre familia. El la visitó y comprobó su extrema pobreza. Confesó a todos, les dio la comunión y comprendió que la caridad estaba mal organizada: hoy tenían mucho ¿y mañana?

Se puso a organizarla. Reunió a las señoras pudientes del lugar y formó una cofradía de Caridad para honrar el amor que Nuestro Señor tiene a los pobres y para asistir corporal y espiritualmente. Vicente redactó un Reglamento, modelo de organización y de realismo. La Cofradía de Caridad y el Reglamento fueron aprobados en diciembre por el arzobispo de Lyon, Dionisio Simón de Marquemont -el mismo que obligó a las Visitandinas a ser religiosas en clausura-. El 8 de diciembre de 1617 la Cofradía de la Caridad fue erigida solemnemente.

Los pobres en el siglo XVII

Desde 1617 los pobres serán el peso y el dolor de Vicente de Paúl. No es de extrañar, por lo mismo, que suavemente fuera contagiando a Luisa de Marillac su inquietud y su preocupación. Los pobres la van a absorber de tal manera que, hasta morir, su vida y su persona estarán en función de servirlos. Tanto se dio a los pobres que, después de una grave enfermedad, Vicente le escribió: «No puedo decirle cuánta necesidad tiene el pobre pueblo de que viva usted largo tiempo, y no lo he visto nunca con tanta claridad como al presente» (I, c. 221). Pero ¿quiénes eran los pobres?

Nos los define un hombre de aquel siglo y que fue director espiritual de Luisa de Marillac: Jean Pierre Camus, obispo de Belley: «Es verdaderamente pobre aquel que no tiene otro medio de vivir que su trabajo o su ingenio, sea del espíritu o del cuerpo». Definición sencilla y magistral. La pobreza se fragua en la carencia de medios económicos para poder vivir con dignidad y no por otras carencias. Será un rico enfermo, ignorante, en soledad, etc, pero no, un rico pobre. Aunque generalmente al pobre sin recursos económicos le acompañan, además, las otras carencias.

Desde la Edad Media se había ido olvidando la idea espiritual de que el pobre era la imagen de Jesucristo sufriente, su miembro dolorido. Era la idealización franciscana de que el pobre, el humilde, el afligido está cerca de Dios, es un intercesor privilegiado y había que acogerlo como algo sagrado. Aunque la idea de acoger al pobre como al mismo

Jesucristo no se había olvidado del todo, la pobreza en el siglo XVII era considerada por muchos como una desgracia y una maldición que degradaba al hombre. A menudo se los consideraba como presa fácil de las herejías, propagadores de enfermedades y agentes de motines y revueltas. Con facilidad se los identificaba con los marginados de entonces: vagabundos, ladrones, vagos, pordioseros, etc. Eran sospechosos y daban miedo.

Los campesinos pobres

En el campo todo labrador que no fuera potente estaba pisando el umbral de la pobreza. Bastaba una helada, una sequía o una mala cosecha por un motivo cualquiera, para que se convirtiera en pobre; aunque el peligro mayor vino de la revuelta de la Fronda y de las guerras, con sus ejércitos de paso que impedían la siembra y assolaban las míseras cosechas. Si se presentaba un año de mala cosecha, el campesino se endeudaba; un segundo mal año obligaba a vender los aperos para pagar las deudas; si llegaba un año bueno, quedaba mermado por las deudas que había que pagar, pero si el tercero era malo también, se convertían, en el mejor de los casos, en arrendatarios de los nuevos dueños de sus bienes: labradores poderosos o burgueses de la ciudad. Pero no era raro que terminaran como braceros, engrosando la enorme masa del pauperismo, mal vestidos, alojados en viviendas miserables y repletos de hambre. Como en la ciudad, los pobres eran analfabetos, sin cultura y con una religión mezclada de superstición. A todo ello hay que añadir los malditos impuestos que desde 1635, cuando Francia declaró la guerra a la Casa de Austria, aprisionaron y exasperaron al campesinado. De 1635 a 1643 los impuestos aumentaron el 400%. Hacia 1650 la vida aparecía insoportable para los labradores: máximo de impuestos, máximo de arriendo, caída de la producción e irregularidad de precios.

Los campos iban quedando en pocas manos que unían las haciendas, disminuyendo la mano de obra. El paro aumentaba y, cuando llegaban las malas cosechas, se convertía en plaga. Sin trabajo el precio del pan de los pobres subía, las deudas resultaban impagables y la Justicia llegaba para apoderarse de lo poco que aún quedaba y meterlos en la cárcel, si antes no habían huido, abandonando esposa e hijos o llevándoselos consigo. Iban a engrosar la muchedumbre de vagabundos que merodeaban los caminos o se perdían en las ciudades en busca de limosnas. Se habían convertido en marginados.

Los pobres de la ciudad

En las ciudades también abundaban los pobres; eran los obreros no especializados: peones, bateleros, portadores, cargadores, aguadores, leñadores, carreteros, marineros, y una muchedumbre innominada. Vivían en barrios bien concretos o mezclados por la ciudad en los últimos pisos. Su vivienda se reducía a una sola habitación para toda la familia. Lo más que lograban añadir era una cocina que, para algunos, hacía las veces de taller. La promiscuidad era frecuente y no era raro engendrar niños que serían abandonados. Muchas jóvenes llegaban del campo en busca de trabajo en casas de nobles y talleres, bastantes eran seducidas y abandonadas; para poder vivir o encontrar trabajo no tenían más remedio que abandonar a sus hijos.

Como en el campo la alimentación de los pobres de la ciudad eran los cereales y el pan negro. Faltos de vitaminas era frecuente el raquitismo en los niños, y en todos, una falta de resistencia al esfuerzo, al frío y a las enfermedades. La mortandad se cebaba en ellos. Sin embargo las ciudades gozaban de ciertas ventajas que atraían a los pobres del campo, principalmente París: más puestos de trabajo, un campo más amplio para el ingenio y la picaresca, casas de ricos donde las jóvenes del campo satisfacían la ambición de poder servir de criadas. Las ciudades tenían más medios para socorrer a los pobres y las autoridades más interés en hacerlo, aunque no fuera nada más que por miedo a las revueltas en que los pobres nada tenían que perder. En París y en otras grandes ciudades se habían creado las Oficinas de los pobres para ayudar a los menesterosos.

Pero en la ciudad, sobre todo, se podía mendigar. La mendicidad era la ocupación generalizada de los pobres. Había mendigos ocasionales, pero también de profesión. Entre pobreza y mendicidad no hay diferencia de grado, sino de formas. Quien se avergonzaba de mendigar, enviaba a sus hijos. Mucha gente rechazaba la mendicidad como algo indecoroso, molesto u peligroso, pero otros la defendían, como el único derecho y medio que tenían los pobres de ganarse la vida. La masa de mendigos estaba compuesta en mayoría por ancianos, viudas niños y enfermos.

Estos fueron los pobres que descubrió Luisa al lado de su Director Vicente. Estos pobres miserables penetraron en su ser, primero como un vestido, luego como una parte de su espiritualidad y de su vida. También Luisa comenzaba a realizar el carisma que Dios le había indicado hacía años.

Sin necesidad de aprender de Vicente, su sensibilidad y su inteligencia le descubrieron que hay que atender al pobre del presente, de cada momento, sin buscar a otro más pobre que acaso no llegue; que hay que ayudar a los pobres cuando lo necesitan, sin esperar a que caigan en la miseria.

Las Caridades no arrancaron la pobreza de la tierra, pero avivaron el mensaje evangélico del amor. Las injusticias han seguido mordiendo a los pobres, pero las Caridades presentaron ante los cristianos el evangelio de Jesucristo. Fueron un revulsivo en el interior de una sociedad que se confesaba cristiana. Muchos pobres recibieron algo de libertad y bastante de protección al amparo de aquellas mujeres. No cabe duda que fueron favorecidos por las realidades sociales: la fe ardiente del siglo XVII francés y la situación de inactividad social de la mujer en aquel siglo. Esa aventura de la caridad fue exclusivamente femenina. Era casi la única aventura en la que se podía embarcar una mujer para satisfacer sus energías y para manifestar sus cualidades inadvertidas por la sociedad y la Iglesia.

Las Caridades formaban parte de las misiones vicencianas. Vicente de Paúl concebía las misiones como una evangelización integral del hombre. No se podía terminar una misión si no se habían establecido los cauces para atender a los pobres en sus necesidades no solo de fe, sino también materiales. Las Caridades que instituían en cada misión eran ese cauce. El Papa Urbano VIII en la Bula de erección de la Congregación de la Misión autorizó y dio poder a los misioneros para erigir Cofradías de la Caridad, como medio eficaz de una evangelización completa (X, n.º 135).

Las hijas de la Caridad: 1633-1639

Sin cambiar su fin ni su naturaleza, las Caridades de Vicente de Paúl evolucionaron desde 1630 hasta recibir una nueva fisonomía apropiada a la realidad señorial de París. Las Señoras de los pueblos asistían personalmente a los enfermos pobres: los catequizaban, les hacían las camas, los curaban, les preparaban la comida y las medicinas, y se las llevaban ellas mismas. Sin embargo las Señoras de París eran de categoría más noble. Se avergonzaban de ir por las calles con la marmita, u les parecía que desdecía su prestigio hacer ciertos trabajos burdos a los enfermos, y se los encomendaban a sus criadas. Luisa de Marillac ya había encargado a las guardianas de los pobres, en su Caridad de San Nicolás de Chardonnet, hacer las labores bajas, además de velar a los enfermos graves y de avisar a las señoras del día de la Asamblea.

La llegada de Margarita Nasseau y de otras compañeras para servir a los pobres por vocación, solucionó el problema tranquilizó a las señoras: estas jóvenes harían los trabajos groseros a los enfermos como si fueran Jesucristo.

A las jóvenes que se ofrecían Vicente de Paúl las encaminaba a la casa de la señorita Le Gras, que las preparaba para el servicio y las colocaba en las Caridades que las necesitaban. Al tiempo que aumentaba el número de estas jóvenes vocacionadas aparecieron otras insuficiencias que necesitaban solución: las jóvenes se relacionaban con las señoras de cada parroquia, pero no entre ellas; no formaban grupo ni tenían organización interna ni se les podía dar una formación continua; Tampoco quedaban jóvenes como en reserva para sustituir a otras compañeras enfermas o para enviarlas a nuevas Caridades.

La relación de estas chicas con Luisa se hizo estrecha y amistosa. Un día le asaltó la idea de cumplir el voto que hizo, siendo joven, de entrar en un convento y pensó que había llegado el momento de fundar con ellas una Congregación religiosa y, hasta parece, que las reunió en algún lugar. San Vicente lo rechazó de plano, pues serían religiosas con clausura, y con la clausura se acabó el servicio.

No se puede saber si esta postura de Luisa le dio a Vicente la idea, lo cierto es que pensó hacer un grupo con estas jóvenes, pero dentro de las Caridades, como seglares. Seguramente fue tema de conversación y de correcciones entre los dos santos (SV. I, c. 159). Por el verano Vicente creyó que ya estaba clara la voluntad de Dios y, hacia octubre, Luisa empezó una experiencia de fines de semana. Por fin, el 29 de noviembre de 1633, Luisa de Marillac, con María Joly y otras dos o tres compañeras, inició la primera comunidad de Hijas de la Caridad". Pertenecían al grupo de Caridades de Vicente de Paúl, como las Caridades de cualquier parroquia y como luego pertenecerá la Caridad del Gran Hospital. Y, al igual que ésta, la Caridad de Luisa se desarrolló con una impronta especial.

No se puede dudar que, para fundar la Compañía de Hijas de la Caridad, tanto San Vicente como Santa Luisa recibieron un carisma divino: una experiencia de Dios que removió su conversión y los llevó a tomar conciencia de su vida; Vicente de Paúl en 1609, cuando, acusado de robo, encontró a Berulle y éste le inició en la oración; Luisa de Marillac en 1607, cuando en el pensionado sintió el abandono y se entregó a la oración. La

experiencia de Dios y la conversión trajeron una revelación que les transmitió una misión: entregarse a los pobres; en San Vicente desde un egoísmo material, en Santa Luisa desde un egoísmo espiritual -los dos a través de una noche mística-. Todo arranca de la noche espiritual: Vicente se ofrece a los pobres para salir de aquella noche, a Luisa Dios la sacó de la noche para ofrecerla a los pobres. San Vicente comenzó a realizarlo por sí mismo en Folleville y en Chatillon, Santa Luisa lo descubrió a través del santo en 1629.

Los dos santos se convirtieron en personas carismáticas. Propusieron a los demás su experiencia-revelación y encontraron eco de seguimiento entre la gente porque la misión constituía una respuesta adecuada a una pregunta extendida sobre la injusticia de los hombres y a una necesidad de salvar a los pobres.

Los dos santos fueron personas con carisma de arrastre porque el Espíritu de Dios comunicó a ambos una capacidad extraordinaria para proponer a los cristianos nuevas vías sobre un modo nuevo de seguir a Jesucristo, porque dio a su palabra fuerza de arrastrar a la gente y capacidad de activar las ilusiones de los demás.

El Carisma fue del Espíritu Santo y ambos correspondieron con una vida ejemplar y una actividad desinteresada. Más que su palabra arrastraban sus personas y su vida. Muchas jóvenes aceptaron el carisma de los dos santos y siguieron a Jesucristo tal como ellos lo proponían.

San Vicente y Santa Luisa fueron los fundadores de la Compañía por igual. Hubo un solo carisma en dos personas, o lo que es lo mismo, los dos santos recibieron el mismo carisma.

Vicente de Paúl reconoció su mismo carisma en la señorita Le Gras y descubrió la importancia callada de su dirigida en la creación de esta nueva Caridad o Compañía. Con él ella era su fundadora y será su Directora. Luisa comprendió entonces el porqué de su estancia en aquel pensionado: entraba en el designio divino para su formación. Pronto redactó ella misma un proyecto de Reglamento y un Orden del día para las primeras Hijas de la Caridad (E 30 y 31). En ellos se dibujaba la organización interna y un embrión de vida comunitaria que año tras año la harían realidad.

Los años que van de 1633 a 1640 caminan con Luisa de Marillac hacia la consolidación de la cofradía de Hijas de la Caridad. Sin embargo, a pesar del tiempo que le ocupaban estas jóvenes, continuó siendo la colaboradora de Vicente de Paúl en la animación de las Caridades. Salió de nuevo por los pueblos -Beauvais, Liancourt, etc.- como antes, para visitar las Caridades. Sin descanso, como podía, busca tiempo para redactar nuevos reglamentos y las memorias de sus correrías.

La Caridad del Gran Hospital (Hôtel-Dieu) de París

El Gran Hospital no estaba tan mal como un siglo después describieron su mal funcionamiento y su pésima situación los comisarios que lo visitaron. Hacia 1633 las religiosas que atendían a los novecientos enfermos no podían atenderlos con dignidad. Un grupo de señoras de condición se ofrecieron a ayudarlas, visitando a los enfermos,

cuidando de su vida espiritual y llevándoles algunos dulces. Algunas de estas señoras pertenecían a las Caridades. A una de estas señoras, Genoveva de Goussault, se le ocurrió organizarlas en una Caridad. Insistió ante San Vicente y ante el Arzobispo. Por fin Vicente accedió y fundó una Caridad un tanto singular: estaba centrada en el Gran Hospital y no en una parroquia; su director era el mismo Vicente de Paúl y no un párroco; se encargaría no sólo de los enfermos del Gran Hospital, sino de toda clase de pobrezas y de cualquier lugar; y a ella podrían pertenecer señoras de cualquier lugar sin estar circunscritas a una parroquia determinada. De hecho a esta Caridad pertenecieron las Señoras de la más alta condición: Princesa de Condé, duquesas de Aiguillon, Liancourt, Ventadour, de Schomberg, de Nemours, Sra. de Goussault -su primera presidenta- Polaillon, Herse, Fouuuet, Brienne, Beaufort, Séguier, Du Fay, etc. La primera reunión la tuvieron en marzo de 1634. Las obras que realizaron aún hoy día nos impresionan y han pasado a la historia como modelo de audacia y eficacia: Niños abandonados, visita e instrucción a los galeotes, ayuda a las regiones devastadas, idea de fundar un Hospital General, además de las ayudas al Gran Hospital.

Aunque al principio las Damas no creyeron que las jóvenes le Luisa estuvieran preparadas para ayudarlas en el Gran Hospital, pronto comprendieron lo que valía una joven entregada enteramente a Dios para los pobres, y las reclamaron al poco tiempo. Sobre Luisa cayó un trabajo agotador que preocupaba a Vicente de Paúl. Ella dirigía a sus jóvenes en el Gran Hospital organizaba a las otras muchachas de las parroquias. Vicente temió por su salud y hasta por su vida. Las Damas la necesitaban continuamente para el Gran Hospital y Vicente la ambicionaba para dirigir la nueva Cofradía de jóvenes. Las señoras propusieron un arreglo: que dirigiera a sus jóvenes, pero viviendo cerca del Gran Hospital. Vicente no accedió. Sin embargo, cuando las cosas iban mal en el hospital, allí la enviaba a pasar dos o tres días» y poner en orden las cosas (SV. I, c. 209, 231, 259).

En sus visitas al hospital y a las Caridades de los pueblos, Luisa conoció a muchas señoras de condición. Al ser la Directora de las jóvenes que trabajan en las Caridades y considerarla como el camino más rápido y eficiente para llegar al Director Vicente de Paúl, cada día las relaciones fueron más frecuentes y más íntimas. La conocen mejor, la acogen, la estiman más profundamente y la tratan como a una amiga, con quien desean charlar y pasar ratos agradables. Descubren que es una mujer encantadora. Hay momentos que no pueden prescindir de ella y temen por su salud. La correspondencia de Vicente está salpicada de este temor. Su inteligencia, su formación exquisita y su santidad penetraron en los corazones de aquellas señoras, y Luisa ocupó un lugar relevante en los círculos de la sociedad devota. Esta mujer de categoría inferior, sin títulos ni dinero, perteneciente a las capas bajas de la burguesía, fue escalando puestos en la estima y en el prestigio, hasta ser aceptada por la nobleza y por la alta burguesía a unas relaciones de igualdad.

Vocaciones

Al extenderse las Caridades, aumentó el número de Hijas de la Caridad. Las necesitaban para los oficios desdeñables. No había Caridad que no las pidiera. En estos años únicamente había Hijas de la Caridad en función de las Caridades. Como si Dios

las trajera de la mano, las jóvenes se presentaban de una manera lenta pero continua. Parecía como si toda la sociedad se preocupara del florecimiento de esta nueva cofradía: las traían los eclesiásticos, las señoras de las Caridades, los padres Paúles y las mismas Hijas de la Caridad.

Los motivos son un interrogante hiriente para hoy día: el amor sincero a los pobres, la preocupación de ayudar a muchas chicas pobres, sin dote, que deseaban consagrarse a Dios y no podían entrar en un convento -feudo del linaje alto- a no ser que, hubiera plaza vacante de lega; y el más emocionante, la ilusión y el contento de las jóvenes en su nueva forma de vida, que querían contagiar a otras compañeras.

No se pueden negar otros motivos bastardos en algunas jóvenes o en las personas que las enviaban: La curiosidad y el atractivo que despertaba visitar París, donde además se podría encontrar trabajo en alguna casa de nobles; no exigir dote alguna, bastando con el trabajo al que estaban habituadas desde niñas; considerarla como una cofradía que no necesitaba trámites para entrar ni para salir, y que si no les gustaba, se iban; la novedad y la curiosidad de algo nuevo en la Iglesia. Otro motivo podía ser aceptado: una cofradía moderna, con fines actuales, carisma sencillo y con una organización moderna v original.

Formación

Clarificar y limpiar estos intereses fue trabajo diario de Luisa de Marillac. Trabajo duro y penoso, debido a la rusticidad de aquellas aldeanas sin cultura ni educación, aunque, eso sí, de naturaleza rica y fácil de ser tallada. Tanta debía ser la rusticidad de aquellas mujeres que a la santa le brotó una dolorida queja que su director intentó aplacar (I, c. 182).

A los ocho meses permanecían 12 Hijas de la Caridad. Durante los dos primeros años ni Luisa ni Vicente tenían ideas claras sobre lo que pretendían con aquella agrupación. Ciertamente querían algo más que una simple cofradía de personas piadosas, pero aún no tenían claro en qué consistía ese algo más. Antes de 1636 era muy poco lo que pedían a las chicas: salud y capacidad para poder trabajar por los pobres, una psicología normal, «buen espíritu y buena voluntad».

Luisa procuró inculcarles un embrión de vida comunitaria con unos principios elementales de convivencia y de testimonio. No fue difícil animar a una vida espiritual a unas jóvenes piadosas por naturaleza y educación familiar. Más costoso era enseñarlas a leer y a escribir, a coser y a hacer ganchillo, a cocinar y limpiar a los enfermos. Y había que enseñárselo.

Autonomía de las hijas de la Caridad

Desde 1636 Luisa se encontró de lleno metida en la consolidación de esta Caridad tan peculiar. Ya no salía tanto por los pueblos a visitar las otras Caridades. En mayo comenzó a realizarse una transformación en su Caridad: a las candidatas se les exigió una vocación divina y se estableció una especie de *noviciado* de unos meses. Para mejor realizarlo se

trasladaron a vivir a un pueblecito cercano a París, La Chapelle, donde más fácilmente formaría a la comunidad naciente en un espíritu de sirvientas y a las jóvenes, en la vida pobre, humilde, sencilla y laboriosa de las campesinas.

En 1639 el cambio se había consolidado. Las Hijas de la Caridad se presentan como una Compañía bien organizada e independiente de hecho, aunque no jurídicamente, de las Damas de la Caridad. Tres hechos lo atestiguan: la dirección de los niños abandonados, dos cartas de Luisa y la instalación de las Hijas de la Caridad en el Gran Hospital de Angers.

Los niños abandonados

Los niños abandonados fueron la vergüenza descarada de aquella sociedad, fueron la herida atroz del mundo de los pobres. Los hijos ilegítimos de los nobles y de la alta burguesía eran bastardos con un puesto alto en la sociedad y en la Iglesia; los hijos de la burguesía media se entregaban a una familia con una fuerte suma de dinero; los hijos de los pobres eran abandonados de noche en las puertas de las iglesias. A los que no morían de frío o comidos por alimañas los recogían en una casa, llamada La Cuna, donde morían después por causa de las secuelas de una noche a la intemperie. La atención despreocupada diezmaba a los pocos que habían sobrevivido; y si aún sobrevivía alguno, solían venderlo a mendigos embrutecidos que le rompían pies o manos para provocar la piedad de las gentes. Durante cincuenta años, decía San Vicente, habían muerto todos los niños recogidos en La Cuna. Nadie les había llorado, porque eran los hijos del pecado; con su sangre circulaba la culpa del pecado de sus padres.

Los gobernantes del Gran Hospital de París veían el trabajo que día a día hacían las Damas de la Caridad en el hospital y les propusieron que se hicieran cargo de los niños abandonados. Las señoras acudieron a Vicente de Paúl y le animaron para que aceptase; y éste, como siempre, se lo presentó a Luisa. Luisa de Marillac presentó un plan: comenzar con una nodriza y una cabra; y fue aceptado.

Se comenzó la obra con mucha precaución: con doce niños elegidos por sorteo para dejar a la divina Providencia que fuera ella quien los escogiera. Luisa compró una cabra y se los llevó a su casa de la Chapelle. La señorita Le Gras se volcó en los niños. Era la primer obra que asumían las Hijas de la caridad con bastante libertad en sus manos y con cierta autonomía en la dirección. Dos años más tarde se suprimió la Cuna y se hicieron cargo de todos los niños abandonados en París. De golpe se encontraron con 400 niños. Con los niños y con las Hermanas, Luisa pasó días emocionantes, de alegría y de dolor, que le recordaban su niñez y al hijo que había quedado sin padre desde niño. Las Hijas de la Caridad no sentían lo mismo; algunas vivían la mentalidad de la gente, y les repugnaba tomar en su brazos a aquellos hijos del pecado. Santa Luisa y San Vicente las animaban, diciéndoles que «si la señorita Le Gras pudiera tener ángeles, tendría que darlos para servir a esos inocentes». Las Hijas de la Caridad tenían ya una obra que dirigían como cualquier otra congregación.

Cartas de 1639

El 16 de mayo de 1639 Luisa expuso sin titubeos su pensamiento sobre las Hijas de la Caridad en una carta a una superiora benedictina. Es un resumen de lo que son las Hijas de la Caridad: Las Hijas de la Caridad, aunque sean seculares, no son simples seglares; tienen una vocación divina al igual que las benedictinas; y esta vocación es eterna, fundada en el designio eterno de Dios; viven en comunidad, no para llevar una vida contemplativa, sino de servicio a los pobres, que sin ellas por nadie serían socorridos (c. 14).

La segunda carta va dirigida a Sor Bárbara y a Sor Luisa en Richelieu. Por ella vemos que, día a día, de una manera tan natural como el convivir, Luisa inculcaba a sus jóvenes que eran una comunidad con una superiora que actuaba como una madre y que comunicaba y participaba en la convivencia; se la debía obedecer y pedir permiso para salir o gastar dinero. Era la base de la unión y de la alegría (c. 15).

Por estas dos cartas vemos que las Hijas de la Caridad se sentían como consagradas y con unas estructuras internas parecidas a las de otras congregaciones.

La fundación de Angers

En diciembre de 1639 culmina la transformación de la Caridad de jóvenes en la Compañía de Hijas de la Caridad, cuando Luisa con un grupito de Hijas de la Caridad se traslada a Angers para hacerse cargo del Gran Hospital. Las han llamado los administradores para poner orden y dirigir el hospital, y para humanizar la sanidad. Aunque la iniciativa partió de la señora Goussault, presidenta de la Caridad del Gran Hospital de París, las Damas de la Caridad no intervienen en nada. La Compañía se puede comparar ya a cualquier congregación hospitalaria. En adelante la Compañía seguirá a veces caminos diferentes al de las Damas, y asumirá sus obras sin contar con las Caridades. Luisa de Marillac está preparada para realizar el cambio y asumir la dirección. Tiene 48 años.

Una nueva compañía entraba en la Iglesia y en la sociedad, organizada en su vida interna y hacia las instituciones eclesiales y civiles. Vicente de Paúl era el Director General, por ser el Superior General de los padres Paúles, y Luisa era la Directora. En julio de 1640 tanto San Vicente como Santa Luisa estaban convencidos de haber fundado una nueva compañía en la Iglesia: compañía secular, no religiosa.

El señor Abad de Vaux

Estrechamente unido a la historia de la comunidad de Angers, continuamente aparece un sacerdote, Vicario de la diócesis, Guy Lasnier, abad de St-Etienne de Vaux, en Saintonge. Convertido de una vida mundana, fue amigo de Vicente de Paúl y amigo y consejero de Luisa de Marillac. Por la correspondencia de Luisa -conservamos cien cartas de Luisa y otra por medio de Sor Hellot- vemos al Abad como director espiritual de las Hijas de la Caridad de Angers y, por ello, como sostén, apoyo y defensor de la comunidad. Si la comunidad en general fue una comunidad cumplidora y hasta edificante, mucho se lo debe al cuidado sacrificado que el Abad tuvo de las Hermanas; y si ha perdurado a través de los siglos, hay que confesar que la atención desinteresada del señor Lasnier en los comienzos influyeron en ello.

Originalidad de San Vicente y de Santa Luisa

Las Hijas de la Caridad no son una idea original de San Vicente o de Santa Luisa. La idea estaba esparcida en la sociedad. Lo que nadie encontraba era el camino para realizarla. Las Hijas de la Caridad son una respuesta a un problema constante en la Iglesia: cómo acomodar a las necesidades de la sociedad las fuerzas femeninas de mujeres consagradas a Dios; la necesidad más urgente era la liberación de los pobres. El problema necesitaba triple respuesta:

- Cómo unas mujeres entregadas a Dios en oración pueden dedicarse activamente al apostolado en el mundo.
- Cómo unas mujeres entregadas a Dios en clausura pueden practicar la caridad en medio de la sociedad.
- Cómo unas mujeres entregadas a Dios en la Iglesia pueden ser exentas del Obispo.

Desde la Edad Media, con las beguinas, pías uniones, órdenes terceras y cofradías, se intentó inútilmente solucionar el problema. Vicente y Luisa conocieron a las Ursulinas, que pre tendían vivir como una cofradía sin votos para poder enseñar a las niñas pobres en sus casas: pero fueron obligadas a profesar votos públicos, a ser religiosas y a encerrarse en clausura. Vicente y Luisa estaban familiarizados con la intentona fallida -decía San Vicente- de San Francisco de Sales y de Santa Juana Francisca de Chantal por fundar una congregación contemplativa con penitencias mitigadas, para mujeres delicadas de salud, y activa, al mismo tiempo, para visitar a los pobres enfermos en sus casas: eran las visitandinas o salesas.

Ni Vicente de Paúl ni Luisa de Marillac nombran a María Ward o a sus hijas. Pero debieron conocer su obra: religiosas sin clausura ni coro y sin estrechez en el uso del hábito, independientes del obispo y con votos privados como los puede hacer una buena mujer en el siglo. Era peligroso nombrarlas porque hacía tres años que habían sido suprimidas por eso mismo. Se las acusaba de una vida parecida en algunos puntos a las Hijas de la Caridad:

- Las dotes que llevaban las jóvenes se empleaban en construir escuelas y casas, pero si la joven abandonaba la institución resultaba gravosa a su familia. (Las Hijas de la Caridad no llevaban dote y permanecían propietarias de sus bienes patrimoniales).
 - Se las tenía por religiosas y ellas confesaban que lo eran, sin embargo ni llevaban vida religiosa ni vivían en clausura. (Las Hijas de la Caridad serán instruidas insistentemente de que no eran religiosas).
 - Tenían por Superiora General a una mujer. (El Superior General de las Hijas de la Caridad era Vicente de Paúl).
 - En el apostolado, debido a su cualidad de mujeres y a la libertad de que gozaban, corrían muchos peligros, especialmente en la castidad. (Acaso los avisos más frecuentes de San Vicente y de Santa Luisa fueron sobre la castidad).
 - Al no llevar hábito daban muchos escándalos y corrían peligros. (Las Hijas de la Caridad, llevaban hábito, pero no el velo de las religiosas).
 - El apostolado femenino en público es usurpación de un derecho sacerdotal. (A las Hijas de la Caridad se les prohibía enseñar el catecismo en público).
- Al no estar preparadas serían fuente de herejías. (Las Hijas de la Caridad debían estudiar el catecismo de San Belarmino).

- Su institución y modo de vida iban contra el Concilio de Trento. (Aquí se manifiesta el genio de Vicente de Paúl y de Luisa de Marillac).

Años de trabajo y de paz: 1639-1644

De 1640 a 1644 son para la señorita Le Gras años agotadores, pero tranquilos. Los aprovechó para añadir nuevos elementos a la organización incipiente de su Compañía. Angers estaba lejos y ni ella ni Vicente podían dar directamente directrices o formar a las Hermanas junto a ellas. Hubo que buscar nuevos métodos:

- El Reglamento de vida. La primera parte es el armazón de las futuras Reglas Comunes de las Hijas de la Caridad; la segunda es un horario con los detalles de la vida diaria.

- Otro medio fue nombrar a un sacerdote prudente y piadoso, de confianza y amante de la Compañía para director espiritual de la comunidad.

- Como una dinámica de la vida comunitaria, los fundadores asumieron las Visitas Canónicas, tradicionales en la historia de las congregaciones y que el Concilio de Trento había recalado y ordenado (ss. XXV, cp. VIII, 20). Desde los comienzos fueron los padres Paúles los encargados de pasar la Visita.

- El medio más usado por Luisa para llegar a sus hijas lejanas fue la correspondencia. Escribió miles de cartas, aunque sólo se conservan menos de ochocientas. Escribe con facilidad sin preocuparse del estilo, prieto y conciso, en el que tienen más importancia las ideas que la expresión. Su mente va más rápida que la pluma; no repite lo que le dicen, ella responde sin que sepamos algunas veces a qué. Escribe según le vienen los asuntos a la mente; parece que da saltos, por eso algunos párrafos son difíciles de comprender.

En las cartas descubre su corazón femenino. Conoce a todas las Hermanas, sus virtudes, defectos y gustos. Las anima o las riñe. Se dirige a todas y a cada una y con delicadeza se interesa por su situación y su salud. A través de las cartas las Hermanas no se sentían en soledad ni alejadas de la casa madre que Luisa llama la Casa.

Mayor preocupación y tiento exigió introducir los votos en las entrañas de la Compañía. Podría arrastrar a las jóvenes a una mentalidad extraña, y a la Compañía a ser considerada como una «religión» con obligación de clausura, lo que destrozaría el servicio de los pobres y destruiría la Compañía. En verano de 1640 los dos santos presentaron a las Hermanas con habilidad los votos y la solución: podrían hacer, quienes lo desearan y con permiso, votos privados, como los podría hacer cualquier mujer en el mundo.

Seguramente Luisa estaba en connivencia con Vicente acerca de los votos. El 25 de marzo de 1642, junto con Bárbara Angiboust y otras tres Hermanas, Luisa fue la primera que hizo los votos privados y perpetuos en la Compañía.

Entre 1640 y 1642, mientras las Hijas de la Caridad vivían el impacto de los votos, Vicente de Paúl comprendió que le era imposible continuar con aquel ritmo de trabajo. La solución fue una de las notas más características de las Hijas de la Caridad: nombró un delegado para los asuntos de la Compañía, el Director General. Nombró al P. Antonio Portail, el inseparable amigo desde los comienzos. Sustituía a Vicente de Paúl en las conferencias y en los Consejos de la Compañía del que formaba parte. Así nació una figura que enriquece las estructuras de la Compañía y le da una marca especial y exclusiva. Aunque al principio

Luisa sintió el contraste del Director Portail con el admirado Vicente, las relaciones que siguieron fueron las de dos santos unidos por la amistad y la confianza.

Los galeotes

La nueva cofradía de jóvenes se iba afianzando y ganando la confianza de las señoras de las otras Caridades, de tal manera que no tuvieron reparos en encargarles la atención de unos pobres difíciles y peligrosos: los galeotes.

Los galeotes eran los condenados a remar encadenados a las galeras del rey. La condena, si era perpetua, era considerada la más dura después de la pena de muerte. El condenado debía ser un criminal peligroso; pero si el rey, necesitaba remeros, se condenaba por cualquier delito y hasta se prolongaba el tiempo de condena sin motivo alguno. El tormento mayor lo padecían mientras esperaban en la cárcel de París salir encadenados para Marsella. La cárcel de París parecía una cueva: atados al banco por el cuello, durmiendo sobre paja podrida y comiendo pan y agua.

Con la condena a galeras los pobres tocaron el fondo de la miseria humana. En la práctica, ningún gentilhombre era condenado a galeras y muy pocos burgueses. Generalmente eran de la capa baja de la sociedad, sobre todo campesinos; jóvenes fuertes que pudieran remar.

Hacia 1640 Vicente encargó a Luisa que organizara la ayuda a estos desgraciados y Luisa escogió a dos de las mejores Hermanas. La presencia femenina de aquellas cariñosas mujeres en medio de la brutalidad fue un alivio de ternura para los condenados. Se preocuparon de darles consuelo, ánimo y asistencia espiritual. Los forzados y sus familiares confiaban en ellas en cualquier dificultad: malos tratos, papleo o influencias.

Todo mejoró: ropa limpia, carne en la comida, cambio frecuente de la paja y hasta el trato de los carceleros.

La labor de las Hermanas era admirada, pero los forzados eran despreciados como criminales. Ellos se habían embrutecido, si no lo estaban antes. El destino de las Hermanas era de los más difíciles y peligrosos. Hubo que animarlas, diciéndoles que era uno de los más meritorios y agradables a Dios.

En la parroquia de San Lorenzo

La Casa de La Chapelle resultaba pequeña para dirigir un número amplio de obras variadas y extendidas por distintas regiones de Francia. Era además vieja y alquilada. Necesitaba modificaciones y no se podían hacer. Se buscó nuevo alojamiento; San Vicente pretendía que fuera lejos de San Lázaro, la Casa central de los Paúles, pero Santa Luisa logró comprar, a nombre de los padres Paúles, dos casitas al lado de la parroquia de San Lorenzo y enfrente de San Lázaro, donde vivía Vicente de Paúl. Desde esta Casa la señorita Le Gras, mujer menuda, agigantada, supervisó hasta morir las obras encomendadas a sus hijas y dirigió la Compañía. La Casa estuvo en obras continuamente.

A los ocho meses, el 7 de junio de 1642, víspera de Pentecostés, se rompió una viga, hundiéndose una sala. Luisa se salvó porque una Hermana anciana había oído crujir la viga y le avisó unos segundos antes. San Vicente y muchas señoras nobles se libraron de la muerte, porque la reunión que iba a tenerse a esa hora fue suprimida.

Esta fecha da un nuevo aspecto a la espiritualidad de Luisa: la fiesta de Pentecostés se asienta firme en su vida y Luisa descubre o, al menos, escribe el significado que tuvo la Luz después de la Noche mística en Pentecostés de 1623. El designio divino la domina más y más.

Desde 1640 surgen, como un frenesí, las fundaciones: además de San Germán en Laye, de Richelieu, de Angers y de las parroquias de París, pidieron con ansiedad Hijas de la Caridad de Sedan, en la frontera con Bélgica, de Fontenay aux Roses, de Nanteuil le Haudouin, de Liancourt y de Issy. Cada fundación nueva fue una llamada de la Providencia indicando a Luisa aspectos nuevos para vigorizar la Compañía o incluirlos en los reglamentos: nunca se destinará ni vivirá una Hija de la Caridad sola, corre muchos peligros en la soledad; es mejor residir en una ciudad o pueblo mediano y, desde allí, atender otros pueblos pequeños; la Hija de la Caridad, andante por oficio, debe madurar para no quedar enredada en las relaciones con los externos; las jóvenes de la señorita Le Gras también pecaban; y finalmente la Providencia le dijo que había que fiarse de las palabras de los hombres, pero teniendo en cuenta que suelen engañar por sus intereses.

Los destinos

Las obras aumentaban y las jóvenes se multiplicaban; la Compañía estaba consolidada y establecida fuera de París. Aunque todo ello emocionaba a Luisa, el trabajo la agobiaba. La Compañía venía a ser una empresa gigante que tenía que dirigir y a veces le faltaban obreras. Frecuentemente, casi cada semana, se veía obligada a distribuir o cambiar a sus jóvenes por las ciudades, los pueblos y el París de los pobres. Y cuanto más aumentaban las jóvenes y cuanto más se extendía la Compañía más absorbida quedaba por los destinos: una joven se va, otra es rechazada o retenida por las señoras y párrocos; sostenida por Vicente de Paúl, ella tenía que encontrar la solución.

Su hijo, Miguel Antonio Le Gras

El hijo que amaba dolorosamente, era una parte inseparable de su persona humana. En 1633, a los 20 años, había terminado los estudios de humanidades. Seguía frecuentando la casa de los Paúles, a los que encantaban su trabajo y compostura, pero continuaba dudando de su vocación, atormentando a su madre. En 1633 comenzó, sin embargo, las Artes -filosofía- como seminarista.

En verano de 1636, terminó la filosofía; iba a cumplir 23 años. Animado hizo la tesis y propuso defenderla en público, pero por no hacer sufrir a su madre, timorata, la defendió en privado. Se presentó el momento decisivo de la elección. Sin soñar con el sacerdocio, de mala gana, comenzó la teología, animado por San Vicente.

Descaradamente su madre le empujaba a ordenarse de Menores. Miguel con dureza no le hizo caso. Al año siguiente, Vicente de Paúl tuvo una reunión familiar con el primo del difunto Antonio Le Gras, el cartujo Hilarión Rebours, y concluyeron, en atención a la trayectoria de Miguel y su situación económica, insegura para el mundo, que lo mejor era el estado eclesiástico. Y Miguel Antonio Le Gras recibió la tonsura y se ordenó de Menores en 1639. Iba a cumplir 26 años.

Años difíciles: 1644-1648

Desde finales de 1643 vivió años duros, difíciles, que sólo pudo superar acudiendo a Dios y a los únicos que podían ayudarla, animándola e iluminándole el camino: Vicente de Paúl y el Abad de Vaux, Vicario de la diócesis de Angers, entregado con ilusión a favorecer a las Hijas de la Caridad. Cuando Luisa vivía con su esposo, formando una familia burguesa, nunca se hubiera imaginado el sufrimiento que le causaría aquel niño que cuidaba con tanto esmero. Ni tampoco después, viuda, hubiera podido pensar que aquel hijo que se educaba en el seminario, le destrozaría el alma. Luisa sangró y se desgarró, como si aún lo llevara en sus entrañas.

Hacia verano de 1642, Miguel dio por terminados sus estudios de teología, sin querer ordenarse de sacerdote. Para una madre, aunque grande, fue tan sólo una desilusión. Mayor aflicción era ver a su hijo con 29 años y sin poder encontrar trabajo. El alojamiento lo tenía asegurado en el colegio de Bons-Enfants de los Padres Paúles. Acudió a Vicente de Paúl y a los Marillac pidiendo apoyo, y hasta varias señoras de las Caridades se preocuparon de buscar colocación al hijo de su amiga, la más entregada íntima colaboradora del Director Vicente.

Hacia noviembre de 1643 (S. L. c. 92, 102) Miguel abandonó definitivamente el estado eclesiástico y se secularizó. Ilusionado comenzó la nueva vida tanto tiempo esperada, pero se encontró con el paro que ya le acompañaba siendo clérigo. No poder hacer nada le abatía y la madre veía aterrada el derrumbamiento de su hijo. En Chartres dedicó todo un domingo a rezar por las necesidades de su hijo (S. L. c. 121).

En 1645 todo explotó. No se sabe a ciencia cierta cual fue la vida de Miguel desde el 2 de diciembre de 1644 hasta junio de 1645 (S. L. c. 122, 128). A pesar de los pocos datos se puede construir una hipótesis:

Viviendo en una casa de los Padres Paúles -¿Bons- Enfants?- Miguel contrajo matrimonio clandestino con la hija de un comerciante en vinos de provincia, sin el consentimiento de su madre y sin pedirle, al menos, su autorización. El matrimonio de una persona mayor - Miguel lo era- sin haber pedido, al menos, la autorización paterna era considerado clandestino y asemejado al rapto por las leyes civiles de Francia, es decir, nulo, aunque la Iglesia lo consideraba válido.

Cuando Luisa se enteró no dio su autorización y acudió a la Justicia. Los jóvenes huyeron, pero alcanzados, fueron encerrados, él en San Lázaro y ella en las Magdalenas.

Por fin Luisa convenció a su hijo para que pidiera a Roma la anulación o dispensa para poder contraer nuevo matrimonio. El mismo Vicente estaba de acuerdo y presionó por medio de los padres Paúles de Roma para obtener la dispensa.

La reacción de Miguel fue contra su madre y alejarse de Dios. Dejó de acudir a las casas de los padres Paúles y se instaló en un habitación alquilada con un criado.

Luisa quedó deshecha; este acontecimiento lo llevó encima muchos años; tiempo después decía que aunque había sucedido hacía tiempo, «lo tenía siempre tan reciente como el primer día» (S. L. c. 132). De nuevo se apoderó de ella el complejo de culpabilidad, pensando que su muerte estaba próxima y dejaba todo deshilvanado y en pobre estado. Son los años en que la culpabilidad rasguea todas sus cartas: es culpable de los desmanes de su hijo y de los males de la Compañía. San Vicente era su único alivio. Nos admira esta mujer con tanto dolor que no cabía en su cuerpo pequeño, pero sin decaer en su energía, dirigiendo la Compañía y dando soluciones a sus problemas.

Luisa tenía 54 años y pensó en la muerte. El 15 de diciembre de 1645 hizo testamento hológrafo. Declaró a Miguel único y legítimo heredero, pero introdujo la figura jurídica de substitución: por ella su hijo era el heredero absoluto de todos sus bienes, pero como en usufructo. Miguel no podría disponer de ellos a su muerte. Luisa lo había decidido ya: a la muerte de su hijo los pobres serían los herederos de los pocos bienes que le quedaran aún. Sólo en caso de casarse y «tener descendencia legítima» de su esposa -extraña y triste frase en boca de Luisa- podría disponer sin condición alguna de todos los bienes (S. L. E 111, n.º 295).

La vida de Miguel no era recomendable, y en esta situación cayó enfermo. Su madre estaba lejos, en Nantes, estableciendo a sus hijas en el Gran Hospital de la ciudad. Las cartas de Luisa rezuman tragedia. Atendido por Vicente y cuidado por las Hijas de la caridad, Miguel, de constitución fuerte se curó del todo. Mientras iban pasando los meses su madre veía un cambio en la vida del hijo. Miguel volvió a mirar con buenos ojos a su madre, y a Vicente de Paúl, y lo más emocionante para Luisa, a Dios. Ya no sale tanto en las cartas, a no ser, como en una cinta sin fin, para buscar trabajo o suplicar a San Vicente que le ayude a encontrárselo.

Las hijas de la Caridad

No la agotaron menos los sufrimientos que le venían de las Hijas de la Caridad, hijas suyas también. El primer sobresalto inesperado llegó de Angers. Cuatro años después de fundarla ella misma, la comunidad andaba mal. Gracias a Dios, pronto se solucionó y nunca más le hizo sufrir. Oportunamente sin embargo le dio ocasión para explicar una espiritualidad sobre el servicio: servir a los pobres, miembros dolientes de Jesucristo y amas y señores de las Hijas de la Caridad, con el espíritu de humildad, sencillez y caridad o, lo que es su práctica, con tolerancia, mansedumbre y cordialidad; sobre la *comunidad*: lo esencial en una comunidad es la unión y la alegría que se logran comprendiendo y aceptando los caracteres difíciles o sencillamente diferentes; sobre el papel de la Hermana Sirvienta: debe olvidarse de sí misma y de su amor propio para ser la «mula de la casa», y empeñarse en unir en la alegría a todas las Hermanas.

Un sufrimiento más largo le causó la comunidad de Nantes. También Luisa había ido en persona a establecer la comunidad en el Gran Hospital de aquella ciudad fabril, centro del comercio con América y repleta de gente. Volvió emocionada a París, pero a los pocos meses parecía que todo se había derrumbado: divisiones crueles entre las Hermanas a favor del capellán o de la Hermana Sirviente. Se sucedieron destinos y Visitas Canónicas, hubo una Visita Regular, llegaron cartas de Santa Luisa y de San Vicente, recomendando la paz y la armonía. Las soluciones fueron siempre temporales y Luisa sufrió por esta comunidad hasta su muerte.

Momentos de descanso

Tantos sufrimientos no pudieron destruir su personalidad; parecía de hierro. Como un descanso llegaron momentos de ilusión. La intentona de fundar en Le Mans fue tan solo una pequeña desilusión. Luisa ya había previsto el fracaso. Le pidieron Hermanas de Saint-Denis, Serqueux, Maule, Crespières; la reina pidió Hijas de la Caridad para la ciudad real de Fontainebleau y príncipes de sangre para la ciudad ducal de Chantilly. Luisa escogió cuidadosamente Hermanas -¡aquellas aldeanas!- que supieran tratar dignamente con la corte". El ronde de Lannoy las pidió para Montreuil-sur-Mer, donde las campesinas de la Señorita Le Gras aprendieron a trabajar al lado de seglares en colaboración amigable. Las pidieron de pequeñas ciudades que las enseñaron a mortificarse voluntariamente cuando nada les faltaba.

Los consejos y las Consejeras

Vicente de Paúl, Superior de la Compañía, comprendió que el trabajo de dirección era duro, constante y, al mismo tiempo, delicado para que dependiera únicamente de las decisiones de él y de Luisa. A primeros de 1646 había nombrado a Juana Lepintre Asistente de Luisa, y por la primavera nombró otras dos ayudantes o consejeras, a Isabel Hellot y a Juliana Loret. En junio creó los Consejos, corrientes en las Instituciones religiosas. Se tendrían cada semana, presididos por él o por un Misionero Paúl, de ordinario el P. Portail o Alméras; y lo compondrían, además de él, Luisa y el padre Paúl, las tres consejeras y, a veces podrían asistir otras Hermanas antiguas. En el Consejo se trataban los asuntos de la Compañía".

Aprobación de la Compañía

Desde 1636 y con más realidad desde 1639 las Hijas de la Caridad tenían una existencia autónoma y en el gobierno de la Compañía eran independientes de *hecho* de las señoras de las Caridades. Desde 1640 los Fundadores habían ido dando a la Compañía una organización y unas estructuras que la asemejaban en algo a las congregaciones religiosas, en algo a las cofradías seculares y en algo sencillamente a grupos de seglares: tenían un Superior, Vicente de Paúl, y un Director, el P. Portail, que ayudaba al Superior y le sustituía en algunas circunstancias; tenían una Superiora, la señorita Le Gras, y una Asistente que la aliviaba de pequeños trabajos y hacía sus veces, cuando se ausentaba; había tres consejeras de las cuales una era la Ecónoma, y estaba establecido el Consejo. La Casa

donde vivía Luisa de Marillac se había convertido en centro de referencia hacia dentro y hacia fuera.

Las Hijas de la Caridad tenían la posibilidad de hacer votos, aunque privados; vivían en comunidad y cada comunidad estaba animada por una Hermana Sirviente o superiora local, que era la última responsable de la marcha de la comunidad. Tenían Reglamentos y organizadas las Visitas Canónicas y Regulares. El fin de la Compañía estaba bien definido: «Honrar la caridad de Nuestro Señor, patrono de la misma, asistiendo a los pobres... corporal y espiritualmente» (S. V. X, n.º 222). También tenía claro el espíritu con que debían servir a los pobres: el mismo espíritu con que los sirvió Jesucristo: humildad, sencillez y caridad. Su vocación encerraba un carisma muy especial: los pobres eran sus amos y señores, y ellas sus sirvientas. Si al estar en oración se presentaba una necesidad urgente de un pobre, debían dejar la oración para acudir en su socorro, pues era dejar a Dios por Dios. Ese carisma les daba una novedad desconocida hasta entonces: las Hijas de la Caridad tendrán «por monasterio las casas de los enfermos a, aquella en que reside la superiora, por celda un cuarto de alquiler, por capilla la iglesia de la parroquia, por claustro las calles de la ciudad, por clausura la obediencia, sin que tengan que ir a otra parte más que a las casas de los enfermos o a lugares necesarios para su servicio, por rejas el temor de Dios, por velo la santa modestia, y no hacen otra profesión para asegurar su vocación más que por esa confianza continua que tienen en la divina providencia, y el ofrecimiento que le hacen de todo lo que son y de su servicio en la persona de los pobres”.

Hacia setiembre de 1645 los dos santos pensaron que, sin peligro de confundirlas con religiosas, ya podían pedir al arzobispo de París que erigiese a las Hijas de la Caridad en cofradía independiente de las Cofradías de la Caridad. Vicente redactó la petición y se la envió a Luisa para que diera su opinión. Luisa se asombró al ver que la Compañía salía de las manos del fundador y quedaba bajo la autoridad del arzobispo de París. Vicente tenía razones oportunas para el momento: veía difícil que el arzobispo aprobara la Compañía si no dependía de él; pensaba lograr así, más fácilmente, la aprobación y que fuera considerada como una cofradía secular; sentía también la oposición desde dentro de su Congregación de Paúles para asumir la animación de una compañía femenina. A Luisa, por convicción y por cariño a su director, no le importaban estos motivos. Sabía que aquellas sencillas aldeanas necesitaban para el éxito de su misión de unos sacerdotes bien preparados; temía, además, que las Hijas de la Caridad fueran rechazadas en otras diócesis, si quedaban bajo la autoridad del arzobispo de París, y si dependían de los obispos, cada uno de ellos las dirigiría a su gusto; mientras que los padres Paúles tenían el mismo fundador, el mismo carisma, los mismos fines y el mismo espíritu. La conclusión era sencilla para Luisa: suprimir la Compañía si no dependía totalmente del Superior General de la Congregación de la Misión.

San Vicente temió, y esperó un año a que se manifestara más claramente la voluntad de Dios. En otoño de 1646 se decidió, por fin, a enviar la petición y el arzobispo coadjutor de París, Juan Francisco Pablo de Gondi, la aprobó el 20 de noviembre de 1646. Aprobada también por el rey, fue enviada al Parlamento para ser registrada; sin ello no tenía valor civil ni la aprobación eclesiástica ni la real.

Luisa, sin embargo, quedó muy preocupada. A través de trece años había construido en su mente una compañía más audaz que la ideada por su director: quería que las dos comunidades de Paúles e Hijas de la Caridad, con autonomía cada una de ellas, fueran como una sola congregación; deseaba que la Compañía estuviera agregada a la Congregación de la Misión para vivir el mismo espíritu, pedía que se estableciese una unión estrecha de la manera de vida entre ambas comunidades (SL. c. 374, E 53). Creía que lo exigían así las circunstancias de los tiempos y la divina Providencia manifestada por los hechos. Facilitaba este proyecto el hecho de que varios Paúles e Hijas de la Caridad fueran parientes, el que los Paúles tenían como uno de sus fines establecer las Caridades y fueran de los principales promotores de vocaciones. También influía en ella la vivencia de inseguridad y de soledad que tuvo en su juventud por ser mujer. No se puede prescindir tampoco de la situación de la mujer en el siglo XVII, considerada como una menor tanto por la Iglesia como por la sociedad, dependiendo siempre del padre o del esposo, y raíz de pecado para el hombre. Todo marcado más fuerte aún por la poca cultura y por los orígenes humildes de las primeras hermanas.

Vicente de Paúl, licenciado en derecho, se revolvía más en acomodar la original Compañía a los decretos del Concilio de Trento y a la Constitución «Quaecunque» de Clemente VIII (7 de diciembre de 1604).

Vicente de Paúl comenzó a dudar y a temer y tardó seis meses en comunicar a las Hijas de la Caridad que ya estaban aprobadas. Por fin el 30 de mayo de 1647 Vicente de Paúl comunicó de pasada, al explicar las Reglas, que la Compañía estaba aprobada como Cofradía separada de las Caridades de señoras, enteramente dependientes del arzobispo de París y de sus sucesores, aunque delegaba el gobierno y dirección de la nueva Cofradía en el señor Vicente de Paúl, mientras «quiera Dios conservarle la vida». A la muerte de Vicente, por lo tanto, las Hijas de la Caridad salían de la dirección de las Superiores Generales de la Congregación de la Misión.

Angustias y consuelos: 1648-1653

La Fronda

Los años más dolorosos acaso de la vida de Luisa de Marillac y al mismo tiempo los más consoladores fueron los años que van de 1648 a 1653, los años de la Fronda: la guerra civil que enfrentó a la Corte contra el Parlamento y los burgueses de París, y al rey contra los príncipes de sangre. La razón externa se materializó en el odio al primer ministro, el Cardenal Mazarino.

Durante cuatro años Luisa sufrió dolor en su espíritu y miedo en su orgullo. En agosto de 1649 cumplió 58 años. Para aquella época era una anciana cargada de trabajo y preocupaciones, aunque demostraba tener todavía energías. Con un recuerdo melancólico enumeró al P. Portail las Hermanas que habían muerto: Isabel Turgis, Juana Bautista, Salomé, Renata, María Despinal, Isabel Martín, Magdalena Monget. Todas compañeras de los primeros tiempos. De aquellas primeras Hermanas sólo quedaban las hermanas Angiboust, Enriqueta Gesseume, Brígida y pocas más. Sor María Joly estaba en Sedan, a muchos kilómetros de París (c. 287). Las Hijas de la Caridad que comenzaban a llevar el peso de la Compañía venían de una segunda generación. Ella aún vivía y sostenía sobre sus

hombros ancianos los cimientos de todo el edificio y de algunas obras, como la de los niños abandonados.

En setiembre de 1647 los niños abandonados, por su gran número, habían sido instalados en el castillo de Bicêtre, contra el parecer de Luisa. Allí, fuera de la ciudad, en el otoño de 1648, les había sorprendido la primera revuelta de la Fronda. Traídos a París, la mayoría fueron devueltos a Bicêtre en el verano de 1649. En noviembre se desencadenó en el alma de Luisa una tormenta de dolor, impotencia y escrúpulos ante la incapacidad sencilla de no poder darles de comer, limpiarlos o vestirlos. No tenía nada para hacerlo: no tenía ni pan ni pañales ni sábanas. Ya había gastado las últimas 20 libras, las nodrizas del campo -meses sin ser pagadas- comenzaban a devolverle los bebés y ella no tenía corazón para verlos morir de hambre. Las Damas se habían desentendido y estaban solos ella y San Vicente. A él acudió, carta tras carta, con gritos, como lamentos de madre. Propuso no admitir ninguno más para que no murieran todos. Amenazó a las Damas y a las autoridades con desentenderse de toda la obra. Gritó pero también actuó y buscó soluciones: hacer colectas, poner cepillos visibles, predicaciones en las iglesias, hablar a la Princesa de Conde, acudir al canciller Segurier, hacer una cuestación en la Corte.

Vicente de Paúl reunió a las Señoras y las animó tan convencido y con tanta unción a que se desprendieran de sus joyas, si fuera necesario, que el resultado fue enternecedor. El número de niños ascendía a 820 y los ingresos fijos eran de 13.000 libras; hasta cubrir las 40.000 libras de gastos anuales se dependía de las donaciones, la mayor parte, de las Damas. De momento llegaron las ayudas y hasta lograron pagar a las nodrizas de los campos. En verano de 1650 consiguieron llevar los niños a París y las Hijas de la Caridad asumieron la dirección entera de los niños abandonados. A las Damas de la Caridad del Gran Hospital solo les quedó la aportación económica.

Matrimonio de Miguel Le Gras

Mientras Luisa se sentía ahogar en un sufrimiento angustioso por los niños abandonados, la situación negra e incierta en que vivía su hijo la oprimía el corazón. Y esta anciana, sin abandonar la dirección de la Compañía ni a los niños abandonados, asumió gustosa el empeño de dar a su hijo una esposa y un porvenir seguro. A ello le ayudaron Vicente de Paúl, algunas Señoras distinguidas y la familia Marillac. La tarea era difícil porque Miguel, era pobre y no tenía colocación estable. Vicente le nombró juez (bailli) de San Lázaro, pero no era mucho.

La primera joven que le buscaron, señorita Portier con una buena dote de 15.000 libras más otras tantas de herencia, se echó atrás. La segunda joven estuvo a punto de romper las negociaciones. Luisa se sintió morir y Miguel se desplomó. Después de entrevistas y promesas, Luisa ofrecía poca fortuna pero presentaba el dinero que había gastado en los estudios de su hijo y en darle una preparación para muchos puestos importantes. Los Marillac garantizaron su apoyo en el futuro y Luisa, buscando dinero, compró para su hijo a un tío de la joven el puesto de Consejero en la Corte de la Moneda. Por fin el 18 de enero de 1650, en la Parroquia de San Salvador, a celebró el matrimonio de Miguel Antonio Le Gras con la señorita Gabriela Le Clerc. Luisa pudo descansar. Durante 25 años su amor de madre la había martirizado, pero también la había llenado de coraje para salvar a su hijo.

Conociendo la historia de Luisa, comprendemos aquella postdata que añadió en 1644 a su director y padre: «Yo no puedo tener ayuda de nadie en este mundo y nunca la he tenido a no ser de su caridad de usted» (c. 122).

Comunidad, votos y Compañía

En 1650 se habían solucionado los dos grandes problemas que ahogaban el alma de Luisa: su hijo y los niños abandonados; y en enero de 1651 le nació su única nieta: Luisa Renata. Fueron dos años de relativa tranquilidad, aunque en las profundidades de la ciudad estaban depositados los lodos de la revuelta. Nantes continuaba inquietándola como un otoño que presenta inesperadamente intervalos de tormenta y de calma. Era un dolor que lo sentía natural y que le robaba mucho tiempo y bastante esfuerzo, pero, a pesar de haberse propuesto retirar la comunidad, no le impedía seguir escribiendo cartas de estímulo a las Hermanas para una convivencia de unión y de alegría por medio de la tolerancia, la mansedumbre y la cordialidad.

Este es uno de los objetivos de la Hermana Sirvienta. En bastantes cartas Luisa le impone con firmeza y cariño que se olvide de su orgullo, que sea animadora de todas y cada una de sus Hermanas, que les avise con amor, que sea la primera cumplidora en el trabajo y en la observancia, y la última responsable en todo; que sea, en una palabra, la mula de la casa.

En este ambiente falsamente pacífico Luisa se sentía presionada por la Providencia a aclarar el futuro de la Compañía y presentárselo a Vicente, el superior. El asunto lo consideró tan serio que hizo primero un borrador: desde hacía unos años había fallos generales y particulares en la Compañía. Con humildad sincera se sentía ser la causa y pedía al superior que pusiese a otra más virtuosa en su lugar. Descubrió también soluciones; sobre todo, establecer sólidamente la Compañía para superar la ligereza y debilidad de las Hermanas y establecerla sometida totalmente dependiente del Superior General de los padres Paúles, con el consentimiento de éstos para estar agregados a su congregación (c. 374).

Esto sucedía en julio de 1651. El 22 de noviembre volvió a escribirle. La humildad se había cambiado en culpabilidad: no resistía que la quitara de superiora; temía que por su culpa Dios destruyese la Compañía. Ella lo presentía en la muerte de numerosas Hermanas valiosas, en el miedo a que las pobres sirvientas se creyeran elevadas a una categoría superior al ser aprobada la Compañía; lo presagiaba en las tres o cuatro que habían salido para casarse y en la falta de mortificación que veía en las Hijas de la Caridad, lentas hacia la santidad (c. 394).

No obstante, con una ilusión elegante expuso también sus objeciones sobre una supervivencia divina: la bondad de la obra y las bendiciones que habían recibido de Dios; además estaba la libertad de los superiores para expulsar a los sujetos que pudieran malograr la Compañía. Un peligro podría venir de la codicia por los bienes materiales, pero, como, en caso de desaparecer las Hijas de la Caridad, los bienes pasarían a los padres Paúles, confiaba en que nadie la destruiría. Menos aún los sucesores de Vicente de Paúl, cuando éste, su fundador, lo había hecho (c. 394, 228).

Convencida del futuro risueño de la Compañía, escribió varias cartas sobre la espiritualidad de los votos y sobre los requisitos para hacerlos: que la Hermana llevara varios años en la Compañía viviendo como verdadera Hija de la Caridad dando muestras de perseverancia, que fuera Luisa quien se presentara al superior Vicente y que éste los autorizara (c. 350, 354, 368...).

Aunque algunas Hijas de la Caridad hicieron los votos para toda la vida, tanto Santa Luisa como San Vicente preferían los votos anuales, por supuesto privados: los votos anuales se diferenciaban mejor de los votos públicos religiosos, se reconocía más fácilmente a la Compañía como una cofradía, y se adecuaban mejor a la situación inestable de las primeras Hermanas. Los votos anuales encerraban, además, una espiritualidad acorde con la esencia de la vocación divina y con la libertad humana: la Hija de la Caridad recobra cada año su libertad para sacrificarla de nuevo; cada año confirma el contento de haberse entregado a Dios, recibe nuevas gracias y nuevas fuerzas para vivir y perseverar en la vocación.

Escándalo en Liancourt

A finales de 1651 la comunidad de Liancourt, sin quererlo y sin culpa, agudizó el dolor de Luisa. Fue algo sin conexión con el desarrollo de la Compañía. Surgió de repente en medio de los padecimientos como un peñasco en medio de un arenal. A Luisa este peñasco le dio pánico: acusaban a las tres Hermanas, una de ellas la joven Maturina Guérin de 20 años, de ser mujeres de mala vida. Dos jóvenes propagaban por la ciudad que ellos mismos habían visto entrar hombres en la comunidad y todo lo que allí se hacía. Se les negó la absolución y se las rechazó en público. Enterada Luisa, pidió a la duquesa de Liancourt que investigara la verdad. Los dos jóvenes, cogidos en mentira, confesaron que todo fue un bulo inventado por ellos. Se les perdonó. Con la verdad un ramalazo de calor entró en el corazón dolorido de Luisa.

París acoge a los pobres

En 1652 el poso de revuelta depositado en los ciudadanos parisinos rompió la calma aparente de dos años. Era la segunda Fronda, la de los Príncipes. Aunque Luisa, contagiada por San Vicente, había dado toda su vida a los pobres y los amaba con tanto ardor como podía amar su corazón, tuvo pocas ocasiones de servirlos con sus manos desde la fundación de las Hijas de la Caridad. A los niños abandonados, sí, a éstos los tenía a su lado.

Entre abril y julio, sin embargo, tropezaba a los pobres en París cada día, como los desechos de las inundaciones. Tenían hambre y miseria por causa de la climatología y por culpa de los soldados. Faltaban además semillas y brazos. A París llegaron de los pueblos más de 100.000 fugitivos y unas doce mil familias en las casas o por las calles intentaban no morir de hambre. El Gran Hospital quedó repleto en pocos días y hubo que habilitar el hospital de San Luis -para encerrar apestados- para acoger a los cientos de heridos.

Las Hijas de la Caridad de San Lorenzo, los niños abandonados y las nodrizas presenciaron la batalla a las puertas mismas de su casa y sufrieron el peligro de saqueo, sacrilegio, violación y muerte. En las parroquias de París Las Hermanas se agotaban dando la comida diaria a 15.000 pobres y buscando alojamiento a 800 muchachas en peligro. En casa de Luisa se cocinaba y se distribuía la comida todos los días a 1.500 pobres vergonzantes, y en el barrio, a 800 refugiados. Solo en la parroquia de San Pablo cuatro o cinco Hijas de la Caridad se deshacían dando de comer a 5.000 pobres.

Por fin Luisa encontró en su casa el hambre y la miseria de los pobres. Podía practicar lo que con tanto empeño enseñaba a sus hijas: la doctrina de los pobres.

Luisa tenía presente a menudo su pasado y continuamente el origen campesino de sus jóvenes. Consideraba, por ello mismo, como una gracia excesiva, la mayor que Dios puede hacer a una criatura, ser llamada a servirle en los pobres desde la escala más baja de la sociedad. El agradecimiento de la Hermana debe ser esforzarse en la santidad y en un cumplimiento servicial.

Para Luisa la vocación -la llamada de Dios- supone determinadas cualidades en las jóvenes; de las más importantes es la salud, porque servir al pobre es el fin único de la Compañía: si no puede servirlos, Dios no la ha llamado a servir, no tiene vocación; aunque las Hijas de la Caridad que enferman después de entrar en la Compañía no deben sufrir; su servicio a los pobres es encomendarlos al Padre de los pobres, Nuestro Señor Jesucristo. La holgazanería es un pecado horrible en una Hija de la Caridad. Si el necesitado no viene hay que ir a buscarlo. Pero tampoco debe sobrecargarse de trabajo, porque impide un servicio equilibrado a los pobres. Conviene hacer lo que se pueda humanamente y dejar lo demás en las manos de Dios, que ama a los pobres más que ellas. Los destinos se someten al impacto que pudiera causar en los pobres la salida de una Hermana y la llegada de otra nueva. Es decir, servir al pobre, para una Hija de la Caridad, es el todo de su vida y su felicidad, ya que es servir a los pobres en la persona de Nuestro Señor y a Nuestro Señor en la persona de los pobres. Los pobres son los miembros dolientes de Jesucristo, y para encontrar a Dios de verdad hay que buscarlo en los pobres.

Esta teología se plasma en una espiritualidad práctica: Primero, servirlos material y espiritualmente, al pobre entero sin dividirlo. Segundo, los pobres son los amos y señores y las Hijas de la Caridad son sus sirvientas. Siguiendo a San Vicente cuando decía a las Hermanas que no tenían derecho nada más que a vivir y a vestirse, que el resto pertenecía a los pobres, Luisa insistía que había que darles lo mejor, pues todo era de ellos; que no podían aprovecharse de sus bienes y que si los pobres sufren había que sufrir con ellos. Las mismas Reglas y la oración ceden ante el pobre, pues es dejar a Dios por Dios.

La vocación -la llamada de Dios- supone en la mentalidad de Luisa otras cualidades en las jóvenes que las capaciten para amarlos con tolerancia, mansedumbre y cordialidad. Al sentir el abandono de los pobres plasmó el programa de toda Hija de la Caridad: «La mansedumbre, la cordialidad y la tolerancia deben ser la práctica de la Hija de la Caridad, como la humildad, la sencillez y el amor a la humanidad santa de Jesucristo, que es la perfecta caridad es su espíritu (c. 420).

Pasado el torbellino de la Fronda, Luisa se desplazó a la ciudad, visitó a sus hijas diseminadas, recompuso las comunidades y restañó en lo posible las secuelas de la guerra. Luego, hasta su muerte, la tranquilidad a su alma.

Los últimos años: 1653-1660

Los últimos años de Luisa de Marillac fueron tranquilos. Luisa, la superiora, volvió a la vida ordinaria: cartas a las Hermanas dirigiéndolas a una santidad de servicio; noticias a sus familiares, tristeza por las Hermanas enfermas y dolor por las difuntas, preocupación constante por que no viajaran solas y mayor aún por que no viviera una Hermana aislada, en especial si residían lejos, porque se sentirían alejadas, aisladas de las demás, en soledad y en abatimiento. Muchas cartas vienen a ser como esquelas de asuntos caseros sobre mitas, comestibles, hilos, telas, cacharros y precios de las cosas. Otras rezuman desvelo por toda clase de dificultades en sus hijas, que ella intenta solucionarles, o desasosiego por el abandono de una u otra Hermana y por las consecuencias que ello provocaba; miedo a que se rompiesen por una sobrecarga de trabajo y cuidado para que las relaciones con externos no las aflojaran en el servicio o debilitaran la vida de comunidad.

La cruz, que Dios le comunicó un día que nunca la abandonaría, cayó de nuevo sobre sus hombros en la persona de María y de su hijo Miguel -¡de nuevo él!-. María Joly, primera Hija de la Caridad con que había comenzado la comunidad, estaba destinada en Sedán, adorada por todas las personas y trabajando de una manera admirable por los pobres. A los trece años se la llamó a París. Remolona se escabullía para no obedecer. El señor Vicente doblegó su indisciplina, pero en París se escapó; arrepentida volvió al día siguiente, pero la compañera con la que comenzó la Compañía y sustituía a Luisa en sus ausencias había herido su corazón. Miguel, su hijo, más que herirla la asustó. Rápidamente se iba quedando sordo; tuvo que vender los cargos que tanto le había costado comprar y prepararse para nuevos trabajos, pero Luisa ya estaba serena: el hijo vivía como cristiano y tenía una familia y una situación

Vida de las Hijas de la Caridad

La guerra convirtió a la gente en unas personas preocupadas por su supervivencia sin ninguna inquietud por el prójimo. Las vocaciones escasearon y bastantes Hermanas abandonaron la Compañía (c. 478), pero a los pocos años -es una ley social- aumentaron las vocaciones. Luisa se sintió obligada a fijar las cualidades de una vocación verdadera: las jóvenes que deseen ser Hijas de la Caridad deben saber que no entran ni en una congregación religiosa ni en un convento de donde no se sale, sino que deben «ir a buscar a los pobres enfermos a diversos lugares, haga el tiempo que haga, a horas precisas». Se entra en la Compañía puramente para servir a Dios y al prójimo, con intención de vivir pobremente y mortificándose continuamente en el cuerpo y en el espíritu; deben observar exactamente todas las reglas, obedeciendo sin replicar, y no deben visitar a nadie sin permiso (c. 618).

Al final de sus años Luisa sentía con toda claridad la naturaleza de la Compañía que ella había engendrado y cómo debían vivir ella y sus hijas: eran de Dios para servir a los pobres

y por lo tanto tenían que estar con los pobres más que con los ricos, tenían obligación de cumplir la regla que las empujaba a no perder el tiempo y a no salir de casa nada más que para visitar a los pobres, porque tenían que ansiar la casa y la compañía de sus Hermanas, a las que debían amar y soportar. Por consiguiente nunca se debían quejar ni contar a nadie lo que sucedía en casa, «ni aún en la confesión, en la que no se debe dar a conocer todos los detalles». No hablarían del prójimo y menos aún de los sacerdotes, a no ser con respeto, y a éstos solo en la iglesia (c. 690).

Últimas fundaciones

Las Hijas de la Caridad seguían extendiéndose por una razón sencilla y convincente: los pobres las necesitaban. Las llamaban de las Caridades, como de Montmirail; de pequeños pueblos, como Briennes y Varizes, o de grandes hospitales, como Hennebont y Châteaudun. Algunas fueron fundaciones transitorias para solucionar pobreza pasajera, como Saint-Etienne á Arnes, Saint-Souplet o Etampes. Se establecieron en Bernay y en La Roche-Guyon; aparecieron en pueblos olvidados como Sainte-Marie du Mont, y llegaron a Polonia en setiembre de 1652, llamadas por la reina Luisa María de Gonzaga (c. 419). Saliendo al extranjero, la Compañía se presentaba como eclesial y se universalizaba como institución. Fue el final de una evolución, ni pretendida ni buscada, que la sacó del lugar -París, Francia-- para ofrecerse a la Iglesia y a los pobres como necesaria.

Luisa fue una mujer pendiente del designio eterno de Dios y de su voluntad, que se manifiesta a través de los signos de los tiempos, los pobres, para Luisa. Y los pobres le exigían diversidad de obras. Impulsada por Vicente. Luisa asumió como propios el descuido de la sociedad hacia los locos y el abandono de los ancianos. Las Hijas de la Caridad no fueron las primeras personas que los cuidaron, pero sí las primeras mujeres. Su eficacia fue admirable: hasta hoy continúan las residencias de ancianos y los hospitales de enfermos síquicos. Por primera vez en la historia -decía San Vicente- unas mujeres atendían a los locos. Las pidieron los administradores como las únicas capaces de llevar bien la obra de las PetitesMaisons. Aquí entraron a dar cariño, cuidar y limpiar a locos y tiñosos:

Cien mil libras que entregó un burgués de París a Vicente de Paúl sirvieron para recoger a muchos ancianos sin recursos, mendigos y antiguos obreros textiles. La idea fue de San Vicente, la realización, de Santa Luisa. Si la idea fue genial: recoger en una casa -el Nombre de Jesús- a 20 ancianos y a 20 ancianas, la organización fue de un artista: los ancianos trabajaban el tejido y los tintes; y para que todo caminara bien en los comienzos trampeó mezclando entre los mendigos a unos cuantos ancianos honrados, como si fueran mendigos, para que empujaran a los otros a comportarse dignamente, y para que les enseñaran el oficio y los animaran a trabajar (E 76).

Luisa sabía que el negocio textil no producía, pero ella era negociante por naturaleza. Las comunidades esparcidas por Francia tomaron, sin intentarlo, un aire de agencias comerciales, señalando dónde estaban más baratos los hilos o la lana y dónde se podían vender mejor los tejidos (D 550). Los libros de cuentas, llevados por Luisa, nos cautivan por su claridad, su limpieza y su precisión.

Por el contrario Luisa dio largas y al final no envió Hermanas al Hospital de Recluidos de Angers, porque no tenía tantas Hermanas para hacerse cargo de él, ni a otro de cierto lugar, porque estaría sola una Hija de la Caridad, pero sí envió dos al Hospital General de París -la Salpêtrière-. Al ver el maravilloso resultado del Nombre de Jesús, las Damas del Gran Hospital pensaron embarcarse en una obra de mayor amplitud: un asilo para toda clase de pobres que no tuvieran a dónde ir. Luisa se encargó de redactar una memoria con las ventajas e inconvenientes (D 558). El estudio gustó y las Damas invirtieron grandes sumas para acondicionar el caserón de la Salpêtrière. Tiempo después abandonaron la obra a propuesta de San Vicente. No se sabe a ciencia cierta por qué.

Reformas en la Casa de San Lorenzo

La Casa de San Lorenzo se había convertido en un colosal cerebro de actividades sin ordenadores. El fin de esta colosal empresa era sobrenatural y humano: liberar a los pobres, miembros dolientes de Jesucristo. Luisa veía pequeñas aquellas dos casitas primitivas, para albergar a tantas Hijas de la Caridad -hasta 40 Hermanas hubo alguna vez- y ordenar tal cantidad de actividades. Sin miedo alguno y sin desfallecer su energía pidió permiso al Ayuntamiento y a Vicente, su superior, contrató un arquitecto y se dispuso a renovar el edificio: levantar nuevas alturas, una distribución más acorde con las necesidades y acomodar las partes viejas al todo. Con infinidad de idas y venidas, buscando influencias logró tener agua corriente en casa traída de la ciudad. Dios, el fundador, pensaba Luisa, había dado los últimos toques a su obra.

Aprobación de la Compañía

La Compañía había llegado a su madurez; las Hijas de la Caridad formaban un grupo de enfermeras y auxiliares para cualquier clase de pobrezas. Luisa pensó que se podría intentar de nuevo la aprobación episcopal de la Compañía tal como lo deseaba su terca visión del futuro: sometida enteramente a la autoridad del Superior General de los padres Paúles, Vicente de Paúl, y de sus sucesores. La Compañía ya había sido aprobada por el Coadjutor del Arzobispo de París, J. F. P. de Gondi, en noviembre de 1646 y el Rey Luis XIV -un niño aún- había dado las cartas patentes de aprobación civil, pero sencillamente se perdieron sin que fueran registradas en el Parlamento. Carecía, por lo tanto de validez. No se puede probar que fuese Luisa quien las extraviase intencionadamente, pero es posible y hasta probable.

En abril de 1650 Luisa visitó al Procurador General, Blas Méliard, donde estaban depositadas las cartas patentes del Rey para ser registradas. Al Procurador le extrañaba esta nueva clase de congregación; chocaba con las ideas sociales de entonces: el centro de la sociedad, para las Hijas de la Caridad es el pobre, en la Compañía hay total igualdad entre todas las Hermanas, sin tener en cuenta los títulos y el nacimiento; los puestos se dan por las cualidades personales y no por la escala social; no exigen dote y sólo aportan su trabajo; y en su casi totalidad está compuesta por chicas pobres que llegan a dirigir obras de caridad, atribuidas hasta entonces sólo a las nobles y burguesas. Esta organización en las entrañas de la sociedad podía dar dolor. No era una revolución, pero eran ideas subversivas. A los pocos meses murió Méliard y entre sus papeles no se encontraron las cartas patentes del Rey. Había que comenzar de nuevo.

Cinco años más tarde habían cambiado varias cosas. Una de ellas era que Juan Francisco Pablo de Gondi era ya el Arzobispo titular de París. Otra era que el Arzobispo de París, conocido como Cardenal de Retz, odiado por el Cardenal Mazarino o, lo que es lo mismo, por el Rey, había sido encarcelado, se había fugado de la cárcel, se había cobijado en Roma y pedía asilo en casa de los padres Paúles de Roma. Contra la voluntad de Mazarino y del Rey, San Vicente ordenó que se le acogiera y, ¡sin que se considere una compra!, le presentó la nueva solicitud como la había insistido Santa Luisa: el arzobispo confiaba y encomendaba el gobierno y la dirección de la Compañía a Vicente de Paúl y a sus sucesores en el cargo de superiores generales de la Congregación de la Misión (X, n.º 222, 226), bajo la autoridad del Arzobispo de París y sus sucesores. Lo firmó el 18 de enero de 1655. El 8 de agosto se hizo la Erección o fundación oficial de la Compañía de Hijas de la Caridad y se eligieron nuevas oficialas. Firmaron Vicente de Paúl, Luisa de Marillac y 40 Hermanas, luego se citan a otras 101 Hijas de la Caridad (D 227). Dos años más tarde (noviembre de 1657) el rey Luis XIV dio las cartas patentes de aprobación civil y al mes siguiente las registraba el Parlamento (n.º 230, 231). Por fin Luisa lo había logrado. Vicente recogió esta idea de su colaboradora como lo mejor para las Hijas de la Caridad y la defendió ardientemente delante de sus misioneros'. Poco a poco Luisa sumisa, pero enérgica cuando experimentaba la voluntad de Dios, iba solucionando todos los problemas. Hay que verla como un instrumento carismático en las manos de Dios.

Mujer del dolor

El dolor nunca la había abandonado desde la cuna -decía ella- y era verdad. Como un visitante, llegó de Chars. El clero seguía la doctrina jansenista y pretendía que las Hermanas la siguieran igualmente, y lo más extraño era que el clero no llevaba una rigidez moral como lo predicaba el jansenismo. El párroco amenazó a las Hermanas con no permitirles entrar en la iglesia y les negó la comunión. El señor de la ciudad, el duque de Luynes, jansenista convencido, pensó cambiar a las Hijas de la Caridad por otras personas. No se podía esperar más. A los ocho años de fundada la comunidad, Luisa comunicó a su amiga, la señora de Herse, Dama de la Caridad sacrificada, que por orden de Vicente, retiraba a las Hijas de la Caridad.

De nuevo llamó a su puerta el dolor. Lo trajo una Hermana en marzo de 1655. Lo sabemos porque Luisa escribió de su mano la anécdota -así la llamaríamos si no fuera tan transcendente-: Una Hija de la Caridad que servía a los galeotes fue cautivada por uno de ellos y se prometieron matrimonio. Se celebró el contrato matrimonial, se llamó al sacerdote y se fijó la fecha. Luisa daría gracias a Dios, porque el día elegido no podían celebrarse matrimonios, y el sacerdote tuvo tiempo de comunicárselo a Luisa, cuando se enteró que era una Hija de la Caridad la joven que había firmado el contrato matrimonial. Al leer el relato no sabríamos qué alabar más si el dolor de Luisa o el cariño con que fue tratada la Hermana, cuando la llamaron ante un pequeño consejo.

Hospitales de sangre

No adelantarse a la Providencia, le había escrito por dos veces el superior Vicente. Era un apremio a cuidar a los pobres del presente que encontraba a cada momento. Las pobrezas

de cada día eran los signos de la voluntad de Dios. Los signos de su tiempo le presentaron a los soldados heridos en la guerra como voluntad de Dios. A través de la reina, la voluntad de Dios señalaba los hospitales de sangre a las Hijas de la Caridad. Si el Gran Hospital de Angers fue el gran desafío a la Compañía, resuelto con elegancia y acierto no era menor el reto de los hospitales de sangre. Eran fundaciones temporales pero desconocidas, que desafiaban el sistema y la organización de las Hijas de la Caridad; retaban la -dinámica interna de su secularidad: atender a cualquier pobre, en cualquier lugar y a cualquier hora. El sistema tenía que funcionar. Era un desafío desigual, porque era la primera vez que los soldados heridos o enfermos eran atendidos por mujeres dentro o cerca del campo de batalla. Era duro el solo hecho de cuidar a soldados que violaban, robaban, torturaban y asesinaban, llevando la desolación y la ruina a las tierras por donde pasaban, acaso el país de alguna Hija de la Caridad. Sin patria se alquilaban al mejor postor. En su mayoría habían sido o eran aún borrachos, vagabundos, bandidos, aventureros y revolucionarios. A esta chusma había que curar porque eran un signo de la voluntad divina. No extraña que algunas hermanas se negaran; lo que admira es que otras se ofrecieran, aunque tuvieran que morir. Era también un reto desfavorable porque las heridas ocasionadas por armas de fuego exigían nuevas técnicas sanitarias desconocidas para las Hijas de la Caridad. Todo iba en contra de este desafío difícil: los hospitales estaban en regiones muy alejadas para aquellas aldeanas que no habían salido del pueblo; encerradas en el lugar, vivían del pueblo y se casaban con hombres del pueblo o de sus alrededores. Sólo tuvieron la apertura de las ferias y, como sueño, la ilusión de ir a servir a París. Y nada más entrar en la Compañía, algunas todavía seminaristas, salieron para un país lejano, extranjero y a veces con idioma diferente, incomunicadas con los superiores y en medio de 500 ó 600 soldados, como en Calais. El trabajo que hicieron fue maravilloso y ellas heroicas. Algunas quedaron accidentadas para siempre y varias murieron. A las Hermanas de Calais la reina, asombrada de su sacrificio, mandó levantarles un monumento. Han pasado a la historia los hospitales de Montmédy, Chalon-sur-Mame, Sainte-Menehould, Sedan, La Fère y Calais.

Luisa quedó contenta; la Compañía valía y el sistema funcionaba. Ya no le extrañó que llamaran a sus Hijas de SainteFargeau, Cahors, Ussel, Arras, Metz, Vaux-le-Vicomte, Bellelle y de la lejana Narbona, ni que una Hermana soñara con ir a Madagascar. (c. 618, 620), ni que varios obispos las pidieran para sus diócesis y ciudades; aunque no pudo atender las llamadas por falta de Hermanas.

Es triste una anécdota que expresa la injusticia social en el siglo XVII. La obra de los niños abandonados florecía y, ante la necesidad de Hijas de la Caridad, Vicente de Paúl pensó que algunas de aquellas primeras niñas -jóvenes ya de 18 ó más años- podrían entrar en la Compañía. Se reunió el Consejo al que se llamó a la Hermana encargada de las niñas. Esta se opuso rotundamente expresando el parecer de muchas Hijas de la Caridad, ya que «la gente pensaría que todas las Hijas de la Caridad eran expósitas. Vicente defendió la igualdad de todas las personas, pero para no «disgustar» a las Hermanas, decidió que se hiciera solo un ensayo y en silencio, y que no se diera el hábito, como se hace en otras ocasiones. ¡Todavía los hijos del pecado! No consta que Luisa dijera alguna palabra (X, n.º 254).

Formación continua

En el mismo documento, con el que había aprobado la Compañía, el arzobispo de París firmó la aprobación de las Reglas de las Hijas de la Caridad. Luisa había participado activamente en su composición, aportando ideas y correcciones. Vicente las explicó detenidamente a lo largo de varias conferencias. Las conferencias quincenales o mensuales eran un medio por el que el Superior configuraba la Compañía y exponía la identidad de las Hijas de la Caridad. Luisa, a través de sus cartas y de sus charlas -en 1647 había nombrado a Sor Juliana Loret encargada de formar a las recién venidas dirigía la práctica de la identidad vicenciana. Luego se contrastaban pareceres en los Consejos. Acaso una de las improntas más vivas la dejó Luisa a través de los reglamentos -especie de proyectos comunitarios- para las distintas obras y comunidades: Niños abandonados, galeotes, hospitales, parroquias, pueblos, Gran Hospital de Angers, de París, de SaintDenis, Casa de San Lorenzo, etc.

Los reglamentos fueron una obra magistral de Luisa, no menos importante que la dirección de la Compañía y la organización de muchas obras. Los reglamentos constituyeron un fundamento sólido de la identidad de las Hijas de la Caridad. Así, por medio de cartas, charlas, reglamentos y conferencias se construyó una formación dinámica y continua de todas las Hijas de la Caridad.

Luisa había escrito un catecismo (E 29), no sabemos cuándo ni para quién. ¿Para las niñas de las escuelas?, ¿para los niños abandonados? o ¿para formar a sus jóvenes como buenas cristianas? Al final de su vida escribió también un librito -seguramente de espiritualidad- en la forma bastante corriente de un diálogo con una mujer. Lo sabemos por una carta a San Vicente (c. 620), pero no ha sido encontrado.

La vida contemplativa de Luisa

Puede parecer que Luisa había abandonado su vida de contemplación para ser tan sólo una mujer de acción. Y nada más contrario a la realidad de su vida. Luisa se nos presenta como una de las mujeres más activas; tan activa como San Pablo, Santa Teresa o San Vicente de Paúl y tan contemplativa como ellos. Entró en la contemplación mística con la Noche pasiva de 1621 a 1623 y llegó al Desposorio místico en 1630.

Desde entonces a través de los años hasta su muerte, recibió purificaciones y experiencias de Dios. Nos quedan muchos papeles contando esa vida divina, aunque sin fecha. Luisa tenía costumbre de escribir sus pensamientos espirituales y los resúmenes de su oración diaria o de sus Ejercicios. Unas veces los escribía para ella sola, otras para animar o dirigir a sus hijas y otras para que los leyera su director, Vicente de Paúl. Hacia 1642 comenzó a escribir sus experiencias místicas en forma de diario. Hoy solo conocemos papeles desordenados y sin fecha.

Su lenguaje es sencillo. No da sensación de nada extraordinario, porque no quiere exponer ninguna teoría ni explicar su oración: ella quiere únicamente decir a su director con toda naturalidad lo que le pasa en la oración: aparecen verbos en pasiva, luces y amor producidos en ella por el Otro, todo sucede de repente, sin esperarlo, sin intervención de ella, con efectos de felicidad espiritual.

En algunos trozos no aparece nítidamente el carácter contemplativo de su oración. Si no se leen detenidamente puede aparecer como un sentimiento humano, pero si los examinamos con cuidado, se siente la acción de Dios y la pasividad de la mujer. Son trozos dominados por el verbo sentir, pero todo causado por Dios. Otras veces aparece con más claridad la experiencia mística. Son páginas en las que se respira la pasividad; entre líneas leemos la presencia de Dios de una manera incontrolada por el hombre.

Hay momentos en que la comunicación mística nos sorprende con tanta evidencia que quedamos admirados al ver cómo una mujer tan activa pudo tener tales vivencias divinas. La expresa frecuentemente con el modismo me pareció. Es el lenguaje de lo inefable. Es la vida casi divina de Luisa. Unida en quietud a Dios, éste desea posesionarse enteramente de ella como su dueño y esposo.

Su director, el señor Vicente, considera esta oración como algo fuera de lo común, como la oración de una mujer adentrada en Dios, y se la respeta. Admitiendo esta realidad la dirige hacia lo que Dios pide de ella.

Santa Luisa de Marillac era una contemplativa, pero no llevaba la vida contemplativa. Estaba entregada a los pobres con una vida repleta de acción. La mayor parte del día, de todos los días, actuaba para mejorar la triste situación de los pobres. Vicente de Paúl había puesto a las Hijas de la Caridad, y Luisa lo era, un tiempo diario de oración. Durante ese tiempo de oración las Hijas de la Caridad deben desprenderse de sus tareas y recogerse en Dios, abandonarse al Espíritu Santo y dejarle posesionarse de ellas; debían llegar a una contemplación tan excelsa como la que gozó Santa Teresa de Jesús. Pero sin duda alguna, en caso de coincidencia, debían abandonar la oración para asistir al pobre: era dejar a Dios por Dios.

Todos estos años -más de treinta- San Vicente le ha descubierto a Jesús y le ha inculcado el encuentro con El. Por influencia de Vicente de Paúl, Luisa modificó su espiritualidad: ya no la centraba en la divinidad, en el Dios Uno, en la esencia de la divinidad, como ansió y lo vivió durante muchos años: se alejaba de la Escuela Abstracta y se unía a San Vicente de Paúl. Los temas renanoflamencos no desaparecen del todo, quedan como una resonancia continua en su vida espiritual, pero ahora le invade la persona de Jesús, y Jesús crucificado. Los puntos de oración, probablemente marcados por su director, están centrados en Jesucristo, hasta ponerlo Luisa como el «solo ejemplar de su vida» (E 11).

Jesús respondió a esta ilusión a través de la Eucaristía, dándole las grandes experiencias místicas en la comunión de su cuerpo. El sacramento de la Eucaristía fue un fundamento de su vida espiritual: «El día de San Bernardo habiendo comulgado... El día de San Benito, habiendo rehusado comulgar... De tiempo en tiempo me hace temer acercarme a la comunión... El lunes en la santa comunión... y al no dejar de comulgar...». La arrebatadora experiencia del Desposorio Místico se realizó después de comulgar.

Hacia 1655 vuelven las ideas nórdicas a primer plano en una mezcla de admirable equilibrio con la mentalidad vicenciana, componiendo la característica de su propia espiritualidad.

La dirección a sus hijas

Era imposible guiar a sus jóvenes campesinas por los mismos caminos que ella recorría hacia Dios. La diferencia de personalidad, cultura y educación era enorme entre Luisa y sus muchachas. Durante muchos años les pidió esas virtudes cristianas y ese camino que erróneamente llamamos del común, descrito con todo detalle en la Introducción a la Vida Devota. Luisa lo concretizó en mortificaciones personales, aguante y cordialidad en el servicio, lo definió como unión y alegría en comunidad, y lo fundamentó en la meditación, aunque prefería que fuera San Vicente quien hablara de la oración.

Sin embargo, en los últimos años sí consideró posible conducir a algunas Hermanas a las alturas de su espiritualidad. Bastantes Hijas de la Caridad llevaban muchos años saboreando la vida de Dios; no eran unas cristianas vulgares, eran mujeres entregadas a Dios que le buscaban en la oración y en los pobres. Como San Vicente, también ella les inculcaba la santidad verdadera.

Hacia 1653 comenzó a insistir, más que en años anteriores, en un desprendimiento total como respuesta al designio divino, y en la confianza absoluta en Dios, como derivación de la bajeza humana. Pero fue desde 1655, cuando presentó a sus hijas su propia espiritualidad: El móvil de toda la vida espiritual es el designio eterno de Dios, la voluntad divina y la Providencia. Llegar a la suma santidad por medio del desprendimiento y el abandono total, hasta llegar al anonadamiento. Una mezcla equilibrada entre la adherencia a la divinidad y el seguimiento a Nuestro Señor Jesucristo e imitación de sus virtudes.

Luisa pretendía llevar a las humildes sirvientas de los pobres, sus hijas, a realizar todas sus acciones por el puro amor y llegar a la santidad más generosa que puede existir entre los hombres: hacer todo únicamente por amor desinteresado y, por amor, desprenderse de todo lo creado y abrazarse estrechamente a la cruz de Jesús (E 105).

El final

En 1655 Luisa de Marillac era una anciana. Al igual que Vicente de Paúl, las enfermedades comunes a toda la gente encontraban menor resistencia en su cuerpo gastado. Había perdido vista, pero no dejaba de escribir cartas. Por ellas sabemos que se había liberado de su hijo: la sordera de Miguel la apenaba, pero sin destrozarla; se preocupó por poner unión en la familia de su nuera, sin embargo no se manifestaba angustiada; a los Marillac los quería pero nunca estuvo atada a ellos; con una paz envidiable pidió permiso a su superior Vicente para visitarlos en su soledad. Liberada de su familia, poquísimos es lo que escribe de ella en los diez últimos años de su vida.

Luisa revivió en los últimos años los tiempos de su madurez. Había roto con la duquesa de Liancourt, entrañable amiga, porque la duquesa se había convertido en una devota jansenista. Otra duquesa, Ventadour, sincera devota católica, seguía ocupando un lugar en la amistad cordial. Escribía a Luisa, la visitaba y pidió Hijas de la Caridad para sus tierras de Normandía -Sainte-Marie du Mont- y de Lemosin -Ussel-. Convencida de que el designio eterno era que caminase en la tierra acompañada del sufrimiento, el último regalo que envió a su querido director fue un Jesús coronado de espinas para que su ejemplo le aliviara los dolores de su enfermedad. Sin poder despegarse de la cruz tampoco en estos años, la

recibió sin quejarse. Le llegó desde Ussel, de Ana Hardemont, compañera desde los primeros años de la Compañía, y de Sor Eduvigis Vignerón. Dolor agrio, porque no querían escribirle ni que les escribiera. Decían que las había destinado lejos para desprenderse de ellas. Con una pena viva, Luisa no se quejó. Vicente salió en su defensa, Luisa estaba liberada del dolor. No se había liberado, ni lo hará nunca, de los pobres, en especial de los vergonzantes: personas de bien que habían caído en la miseria. Se soltó del cariño excesivo a las Hermanas, pero, como a los pobres, siempre estará atada a la Compañía. Parecía que la Compañía estaba terminada; nada le faltaba en su organización. No obstante Luisa tenía miedo. Las nuevas jóvenes le parecían menos desprendidas que las primeras. Aunque en cualquier país todas las Hijas de la Caridad llevaban idéntico vestido -convertido por ello mismo en hábito- por uniformidad, distintivo o pobreza, hubo quien buscó vestir mejor; aunque la comida siempre fue sencilla, alguna enferma pensaba que debía ser tratada como una burguesa; aunque la responsabilidad en las cuentas siempre fue una continua escrupulosidad, algunas señoras, ciertamente sin motivos serios, sospechaban de ellas.

El porvenir de la Compañía le daba miedo. Después de tantos años no la veía firmemente afianzada en lo espiritual. En el año final de su vida tres veces se lo recalcó a Vicente de Paúl. Varias eran las preocupaciones que roían su alma: que las Hermanas ya no eran estimadas como antes ni tratadas con la misma delicadeza por causa del manejo del dinero. Mayor preocupación le causaba la sospecha de que varias Hijas de la Caridad buscaban ser intelectuales. ¡Sería la destrucción de la Compañía! Porque o bien dejarían de ser las sirvientas de los pobres o bien se formarían dos cuerpos entre ellas: las intelectuales ansiosas de buscar tiempo y medios económicos para estudiar y las sirvientas que harían los trabajos físicos del servicio. Luisa dio la solución: «que las reglas obliguen siempre a una vida pobre, sencilla y humilde.

Otra de las preocupaciones atañía a su sucesora. Luisa propuso dejar el cargo, no tanto por humildad o fatiga cuanto por saber si resultaba el método elegido. Cuando fundaron la Compañía los dos santos decidieron que la superiora fuera una de las Damas, soltera o viuda. En 1654 la Compañía era realmente distinta de las Caridades de señoras; para los fundadores ninguna de las señoras podía ser la superiora de las Hijas de la Caridad, porque no tenía su mismo espíritu. Este mismo año decidieron que la sucesora de Luisa fuera otra Hija de la Caridad.

Al sentir Luisa que su vida se acababa, pensó de nuevo dejar el cargo para examinar en vida si una «persona de baja condición» era capaz de dirigir la Compañía, o se manifestaría débil y pretenciosa.

Los últimos meses de su vida parecían un retorno a los comienzos, cuando joven recorría los pueblos visitando las Caridades y animando a las Señoras en su dura tarea. En una de sus últimas cartas le pidió a Sor Margarita Chétif que le diese cuentas «del estado de la Caridad» de Arras. Quería saber «si las Señoras la gobernaban como en París, si había oficiales (miembros de la Junta Ejecutiva), y si se cambiaban a su tiempo; (pues) es una cosa necesaria sin la cual es difícil que la Compañía de Señoras y su trabajo subsistan» (c. 717).

Luisa conoció a través de los años la labor caritativa y eficaz que hacían las Caridades de los pueblos. Eran la salvación de los pobres. Estaba convencida de ello. Cuando compuso el

primer Reglamento de las Hijas de la Caridad les presentó como uno de sus fines «procurar que los pobres estén bien atendidos en los pueblos por las buenas Hermanas (Señoras) de la Caridad» (E 31).

Las Damas de la Caridad estaban dentro de su corazón; ella lo fue de la parroquia de San Nicolás de Chardonnet, y San Vicente le dijo un día que ella era una de las más importantes de la Caridad de los Niños abandonados, aunque no pertenecía a la Caridad del Gran Hospital (III, c. 835).

Las Damas la querían y Luisa correspondía. La habían ayudado mucho en momentos difíciles que nunca se olvidan: cuando buscaba trabajo para su hijo y cuando necesitaba intermediarios para contratar con la familia de la joven que sería su nuera.

Las Damas y ella estaban embarcadas en la misma aventura en que las había comprometido el seguimiento de Jesucristo: liberar a los pobres.

La misión que le había encomendado el decreto eterno de Dios estaba cumplida. Luisa ya no era necesaria. Jesús crucificado, el esposo amado, la llamaba y Dios la esperaba en el océano inmenso de su divinidad. El 4 de febrero de 1660 cayó enferma de gravedad. Un año antes había muerto la compañera y amiga leal de la primera época, Bárbara Angiboust. De aquellos años quedaban poquísimas Hermanas. Las nuevas generaciones llevaban el peso de la Compañía. Luisa lloró a Bárbara en su interior y manifestó su dolor en cartas, en misas y en una conferencia sobre sus virtudes. Al mismo tiempo que Luisa y cerca de ella, el P. Portail, el Director comprendido y amado, también se moría. El mismo día recibieron el viático los dos amigos, pero él se adelantó y murió el 14 de febrero.

La enfermedad mortal de Luisa se le presentó en forma de gangrena o tumoración en el brazo izquierdo. La noticia atrajo hasta su lecho a su hijo, a su nuera y a su nieta de nueve años.

Cantidad de Señoras de las Caridades fueron a visitarla. El 14 de marzo la duquesa de Ventadour se alojó en casa de Luisa para acompañarla en los últimos momentos; ella tuvo en sus manos un cirio encendido mientras un misionero Paúl hacía la recomendación del alma. En esos momentos tristes, pero sinceros entregó a sus hijas lo que se ha llamado su testamento espiritual: «Queridas Hermanas, sigo pidiendo a Dios su bendición para vosotras y le ruego que os haga la gracia de perseverar en vuestra vocación para servirle de la manera que El pide de vosotras. Tened mucho cuidado del servicio a los pobres; y, sobre todo, de vivir todas en una gran unión y cordialidad, amándoos unas a otras, para imitar la unión y la vida de nuestro Señor; y pedidle a la Virgen Santa que sea vuestra única Madre». Luisa estaba desprendida de todo menos del cariño a Vicente de Paúl -así lo creía él-, Vicente sabía que en el fondo Luisa no se había separado del anonadamiento y del desprendimiento absoluto en los que tanto insistía la Escuela Abstracta, que había seguido Luisa durante muchos años. El, su director, tenía que ayudarla a este desprendimiento total: Luisa le pidió que fuera él quien la ayudara a morir santamente, pero Vicente, enfermo, no acudió, a pesar de vivir a menos de treinta metros, la anchura de la calle. Luisa le pidió siquiera un papel escrito por él con una frase que la consolara; tampoco se lo dio. Le envió un misionero con el encargo de anunciarle «que ella iba delante y que él esperaba verla

pronto en el cielo». Y así, vacía, desprendida de todo lo creado, murió hacia las once y media del 15 de marzo de 1660.

Aquella mujer pequeña, hermosa, afectiva y vivaracha había llegado al final; la mujer santa, fundadora y entregada enteramente a Dios para los pobres aún perdura.

¿CÓMO ERA LA ESPIRITUALIDAD DE ESTA MUJER?

Luisa de Marillac fue una mujer un tanto obsesionada por la peculiaridad de su vida personal. Se sentía marcada por el sufrimiento y por la marginación familiar en su niñez y en su juventud, y cuando quedó viuda, por la incertidumbre del futuro de su hijo Miguel.

Durante muchos años se preguntó por qué le había tocado a ella vivir su vida, la suya.

LA DIVINIDAD

El designio eterno de Dios

Interrogantes de su vida

¿Por qué le había tocado a Luisa de Marillac vivir aquella vida, la suya, confeccionada con retazos de miedo, marginación, desengaños, dolores y sobresaltos? En Luisa la vida tuvo una sensación más intimista que en otras personas de su época. A veces pensaba que ella no había hecho su vida, que era ésta quien la hacía a ella. ¿Por qué?

Cuando ya había cumplido los 50 años, al mirar hacia atrás, le vino a la memoria su encuentro con Dios en los primeros meses de oración, siendo una adolescente; las conversaciones con sus primeros directores. Recordó su encuentro con Vicente de Paúl, sus trabajos con las Caridades y la fundación de las Hijas de la Caridad. Se le hizo presente su vida de casada, la muerte de su esposo Antonio Le Gras y las preocupaciones que la causaba su hijo Miguel.

Después de haber vivido situaciones tan insospechadas, a sus 50 años Luisa comprendía muy bien por qué tuvo que ser rechazada en las capuchinas: Dios tenía otros designios sobre ella. Le parecía reciente aquel pensionado y su educación en el convento-internado de Poissy. Y nunca olvidó cuando le dijeron que no era hija legítima y comprendió lo que aquello significaba en una sociedad de escalas sociales. De ahí brotaba el por qué de su vida. Su nacimiento ilegítimo fue el comienzo de una vida de dolor.

Como era frecuente entonces, Luisa acudió al designio divino y en él encontró la respuesta: Dios «me ha hecho tantas gracias, como la de darme, a conocer que su santa voluntad era de que fuera a El a través de la cruz, que su bondad quiso que tuviese desde mi mismo nacimiento, no dejándome casi nunca en todos mis años sin ocasión de padecer» (E

19). Luisa estaba convencida de que Dios en la eternidad había decretado su vida, y ella debía colaborar para que se realizara.

La respuesta era satisfactoria para Luisa, mujer espiritual del siglo XVII, cuando la sociedad toda aceptaba el designio eterno y la voluntad divina como respuesta a infinidad de misterios sin solución humana. Todas las circunstancias favorecían esta respuesta. El clima espiritual respiraba el agustinismo que ensalzaba el poder y las decisiones de Dios y rebajaba de forma pesimista la naturaleza humana gravemente herida por el pecado original. Berulle había levantado un edificio soberbio cimentado en la grandeza de Dios; y las disputas con los hugonotes, y luego con los jansenistas, había sacado a la calle las ideas sobre la predestinación positiva y el papel de la gracia eficaz.

Su espiritualidad brota así de la experiencia de su persona y sube hasta la divinidad y de ésta descenderá de nuevo al mundo. Sin el decreto divino ni su existencia ni su vida tienen razón de ser. Sin él no sabría explicar el porqué de su vida concreta.

El designio divino

Del único designio eterno de Dios sacará su espiritualidad del seguimiento de Cristo y de la devoción de María, y sobre el designio dado en la eternidad construirá su *teología* y su *crisología*. Luisa dedujo que la salvación consiste en cumplir el designio de Dios y tomó el designio divino como *la decisión que desde toda la eternidad tiene Dios de que los hombres se le unan en perfección*.

Todo en Luisa, al examinar su vida, está marcado por el querer de Dios: La voluntad divina hizo un plan en la eternidad sobre la creación que se ejecuta en el tiempo a través de su providencia. Así escribía a las Hermanas:

«Por fin ha llegado el tiempo que la divina *Providencia* ha escogido para la marcha de nuestras queridas Hermanas, a las cuales dejamos partir con dolor al separarnos de ellas, y con alegría por la seguridad que tenemos de que van a hacer la voluntad de Dios, y a unirse con ustedes para el cumplimiento de sus santos designios en el reino de Polonia» (c. 500).

Su tío Miguel y sus primeros directores de la escuela nórdica le hablaron de la divinidad y le inculcaron su inmensidad; más tarde escuchó y leyó el concepto de grandeza divina que exponía Berulle. Por contraste, le hicieron descubrir su bajeza y pequeñez, su impotencia y su pecado, muy acorde con la situación de su vida. Todos ellos y hasta Vicente de Paúl la impulsaron a rendir a Dios reconocimiento, honor y adoración. Es cierto que su director intentó convencerla de que Dios es Padre, y ella lo sabía, pero le impresionaba más la profundidad de Dios.

Con esta imagen de Dios le ve tan poderoso que comprende que solo a El «le pertenece hacer designios» sobre los hombres, y ve tan infinita la distancia entre ella y Dios que se sorprende y se angustia porque Dios haya querido tener designios sobre ella, indignada criatura (c. 151, E 22).

Metida en la divinidad descubre que Dios es el único ser que existe por sí mismo y que «el único ser verdadero de Dios es la esencia de todos los otros seres que su bondad ha creado, y todos los tiempos dependen de su eternidad» (E 85). Con este principio comprende ya el fin de su existencia:

«La trinidad Santa, en la unidad de su esencia, me ha creado para El solo, y amándome desde toda la eternidad, ha visto que yo no podía ser ni subsistir fuera de El, que siendo mi principio y único origen, también quiere ser mi fin, habiendo creado todas las criaturas para que me sirvan de medio para llegar a El, como los canales que conducen las aguas a la fuente» (E 11).

De su vida pasa a la creación con una pregunta: ¿cuál es el plan de Dios en la creación? La primera vez que dio una respuesta fue en los Ejercicios de adviento de 1628. Todavía es una respuesta sencilla: «Dios no ha tenido otro plan, al crear nuestras almas tan relevantes por encima de todas las criaturas, que el de ser su único y entero poseedor». Esta pregunta le impresiona tanto que «es un motivo más grande para amarlo que el mismo beneficio de la creación» (E 10, día 1°).

Misión del Espíritu Santo es descubrir a los hombres «la impaciencia de Dios, o mejor, la proximidad del designio de Dios sobre la naturaleza humana, para la perfecta unión que su omnipotencia quiere hacer con ella» (E 98 6.).

La creación entera no tiene más razón de ser que la de servir al hombre a unirse con Dios. Este convencimiento ya lleva «a honrar y amar las criaturas a causa del designio de Dios en la creación» (E 10). Es una idea bien pensada y sentida, pues está escrita al margen.

Pero esta unión nunca será perfecta al estar el hombre separado del Dios inaccesible por lo infinito. Pero si el hombre no puede ser Dios, Dios sí puede hacerse hombre. El medio establecido por Dios para que se realice esta unión es la «Santísima Humanidad» del Hijo de Dios, es decir, la Encarnación. De tal manera, que Dios para ser poseído debe encontrar en cada «alma la impronta de Jesucristo» (E 11 y 23).

El designio de Dios abarca todo, para Luisa; no solo tenía escrita su vida y proyectada la creación, había hecho planes de una manera precisa sobre la Compañía de las Hijas de la Caridad para gloria de Dios y el bien de los pobres. Luisa había escrito miles de cartas y muchas aparecen salpicadas con esta convicción. Los designios de Dios se extienden a todo: al espíritu, al carisma, y al servicio material y espiritual de la Compañía. La dirección de la Compañía bajo la autoridad del Superior General de la Congregación de la Misión entraba en los planes eternos de Dios. El designio divino se despliega en cada Hermana y en los detalles de su vida. Siguiendo a su director y superior, afirma que desde la eternidad Dios tuvo proyectos sobre la vocación de las Hijas de la Caridad y «oponerse a ellos es poner el alma en peligro de condenación» (c. 14). Nunca deben olvidarlo las Hermanas, y de una manera particular «las llamadas al sufrimiento». Las Hijas de la Caridad deben aceptar el designio eterno, amarlo y colaborar para que se cumpla en ellas, de ellas y sobre ellas; de lo contrario serán «humilladas eternamente».

Aunque a veces emplea frases que suenan a impotencia humana ante los planes divinos, no es determinista. El hombre -ella- queda libre en su voluntad y puede oponerse a los proyectos de Dios. Después de la unión de la divinidad con la naturaleza humana en la Encarnación del Hijo, el hombre tiene que esforzarse en lograr la unión individual. En cada hombre -en ella- hay una exigencia de colaborar con la gracia para lograr la unión en la vida diaria, pues la vida de cada día entra en los planes de Dios (c. 398). El problema de cada hombre - de ella - consiste en no oponerse a los designios de Dios, ni siquiera obscurecerlos. Obstaculizarlos supondría llenarse de la gran confusión que merecerían ella y sus hijas por sus infidelidades, al oponerse a la eficacia de la gracia (c. 86, 99; E 98 día 2.).

Durante muchos años la doctrina del designio de Dios, tal como la concebía Luisa de Marillac y los creyentes del siglo XVII, fue para ella un alivio humano y un refugio sobrenatural. El asumir que todos los pasos de su destino estaban inscriptos en la eternidad dio un sentido redentor a su vida. No es que se sometiera a un determinismo rígido, pero en el cruce del designio con la libertad encontró una explicación al impacto de las circunstancias sociales en su vida. Se sentía libre para actuar dentro de unas leyes y de una sociedad que le fijaban unos límites. Y en vez de desesperar o someterse pasivamente, sentía la alegría de colaborar libremente con lo que Dios había decidido.

Podría haber encontrado otra salida bien cristológica o eclesial, bien antropológica o social, pero Luisa era hija del siglo XVII. Todavía faltaba siglo y medio para que llegara la Revolución Francesa, y tres siglos para que el Concilio Vaticano II abriera nuevas visiones de Dios, de la Iglesia y del hombre.

La voluntad de Dios

En San Vicente y en Santa Luisa

Luisa de Marillac había elaborado una ideología sobre la voluntad de Dios. Había recogido ideas de Berulle, Canfield y San Francisco de Sales, pero quien dio vida al pensamiento fue Vicente de Paúl. En los primeros años de dirección la insistencia del santo para que se dejase poseer por la voluntad divina fue machacona. Cuando Luisa era una anciana, le confesó: «Su caridad me ha enseñado a amar la voluntad de Dios tan justa y misericordiosa» (c. 429). Si embargo, hay una diferencia entre los dos santos sobre la comprensión de la voluntad de Dios: en el director predomina la visión moralista de cumplirla, en Luisa aparece un aspecto ontológico y un convencimiento del abandono. Lo que le ha enseñado el director ha sido una visión nueva de la voluntad divina, la de san Francisco de Sales. «Lea el libro del Amor de Dios especialmente donde trata de la voluntad de Dios y de la indiferencia», le escribió San Vicente (I, c. 51). Ella lo anota en una oración (E 1.5). En este punto San Vicente es más salesiano que canfeldiano, como se ve en la carta siguiente: “Estoy seguro que usted quiere y no quiere lo mismo que Dios quiero o no quiere, que no está jamás en disposición de querer más que lo que nosotros le digamos que nos parece que Dios quiere o no quiere... Si su majestad no le da a conocer, de una manera inequívoca, que El quiere otra cosa de usted, no piense ni ocupe su espíritu en otra cosa. Déjelo a mi cuenta; yo pensaré en ella por los dos» (I, c. 24).

Ella es más canfeldiana que salesiana. Se manifiesta expresamente en varios momentos de su vida, resaltando el ser más que el obrar. San Vicente sigue a Canfield en la conferencia que dio a los misioneros el 7 de marzo de 1659, con dos matizaciones: solo se detiene en la voluntad exterior y algo en la interior; el cumplimiento de la voluntad de Dios lo dirige al obrar, a la acción. También Luisa tiene una oración sobre la voluntad de Dios. El motivo es el mismo: la frase del evangelio de San Juan (6,34): "Cibus meus est ut faciam voluntatem eius qui misit me" (E 21). Pero, mientras en Vicente de Paúl es una explicación sencilla para obrar- en Luisa de Marillac, aunque saca conclusiones prácticas como le gustaba a su director, es un razonamiento metafísico que nos recuerda la Escuela Abstracta.

Este bosquejo de teología lo fue haciendo suyo en la oración y anotándolo en pequeños papeles del tamaño de la palma de la mano. Como en el designio divino, las circunstancias religiosas favorecieron su entusiasmo por la espiritualidad de la voluntad de Dios. En la Francia del s. XVII la conformidad con la voluntad de Dios era un sentimiento enraizado, no solo en los hombres piadosos, sino también en la sociedad. Una sociedad formada por clases inamovibles, fijas, admitidas por todos, fueran nobles o plebeyos, como una realidad normal. El nacimiento daba la clase social y determinaba el futuro de cada hombre del que difícilmente se podía salir. El rey, el noble lo eran por voluntad de Dios.

Su importancia en la espiritualidad

El designio divino es el plan de salvación trazado por la voluntad de Dios en la eternidad. Lo importante, lo esencial es la voluntad divina, origen y fuente de salvación y la que proyecta el plan.

Luisa da a la voluntad el papel principal en la divinidad, y por esto, cumplir la voluntad de Dios es el comienzo y el fin de toda espiritualidad. Para convencernos penetra, como siempre, en el ente, en la ontología.

«Que en el único ser verdadero de Dios está la esencia de todos los otros seres que ha creado por su bondad, y como todos los tiempos están dependiendo de su eternidad, es muy razonable que los empleemos conforme a su santa voluntad» (t 86).

Pensamiento denso en un estilo concentrado. Lo que más le impresiona es el tiempo o, lo que es igual, la vida, la vida compuesta de tiempos; y como la esencia de los hombres que realizan la vida es una participación del ser divino, el hombre -ella- tiene que emplear su vida -sucesión de tiempos según la voluntad de ese ser divino y eterno. Para Luisa la voluntad divina es la esencia de la divinidad.

La oración continúa en el mismo estilo escueto y con la misma profundidad, hablando del conocimiento, del amor y de la providencia, para concluir, y nos puede extrañar, pero es fruto de su espiritualidad enamorada, que la providencia, el cuidado paternal de Dios, se da solo sobre «aquellos que se abandonan enteramente a los efectos de su santa voluntad» (E 88).

Poco a poco su pensamiento se hace más firme y da un paso adelante. Al leer en el evangelio de Juan (4,34) que la voluntad del Padre es el alimento de Jesucristo, reflexiona:

«Por lo tanto, la que sostiene mi alma en el ser que ha recibido de Dios» (E 21). Y así coloca la conservación de la creación en el *benepósito* de la voluntad divina.

Dando un giro radical, abandona el mundo de la ontología, y penetra en la vida de la salvación. Atrevida se encara con la voluntad de Dios y le pregunta: «Pero ¿qué eres tú en la vida de la gracia?». Ella misma se responde: «Tú eres la gracia misma que santifica las almas» (E 21). Es como el final, la voluntad de Dios es la gracia santificante.

Luisa sigue avanzando. Es la gracia santificante y el método más fácil para llegar a la santidad, como se lo había dicho el señor Vicente y lo había escrito Benito de Canfield. San Vicente se lo había escrito por los años cuarenta: «¡Qué poco se necesita para ser santa: hacer en todo la voluntad de Dios!» (II, c. 458). Una frase parecida escribió Santa Luisa a una señora: «Viva, pues, así, toda de Dios por esta amorosa y suave unión de su voluntad en todas las cosas a la de nuestro buen Dios. Esta práctica comprende en su santa sencillez los medios de la sólida perfección que Dios requiere de usted; es mi parecer» (c. 723). Puede ser que este parecer se lo inculcara San Vicente, o sus primeros directores, compañeros de Canfield, pero lo más seguro es que Luisa había leído la Regla de Perfección. La frase, aunque concisa se asemejaba al comienzo de la Regla. Hasta su muerte conservó la idea de que el abandono en la voluntad de Dios es el camino universal de la santidad. Poco antes de morir se lo escribía a su querida Maturina Guérin, y mucho antes se lo había dicho a las Hermanas de Angers y de Polonia.

Toda su espiritualidad se desarrolla así sencillamente sobre la voluntad de Dios, por convicción y por estima. La voluntad divina se convirtió en el todo de su existencia, en su único bien, y nada deseó tanto en su vida como cumplir la voluntad de Dios. Lo manifiesta con imágenes o con epítetos. Profundamente convencida afirma que si una Hija de la Caridad está en un lugar o desempeña un trabajo, es porque Dios la ha puesto allí «para que cumpla su voluntad», y debe considerarse como una embajadora de Dios que cumple lo que El ordena. Si este es el camino que Dios le ha trazado, es peligroso desear algo antes de que Dios lo quiera. Porque la Hija de la Caridad «se ha dado enteramente a Dios para cumplir su voluntad», allí donde esté. Oponerse a ella es ponerse en peligro de condenación. Tanta radicalidad la expresa frecuentemente con las frases: que se cumpla la voluntad de Dios en ellas y sobre ellas.

Con una frase breve, tomando una imagen de la época, concluye que cumplir la voluntad de Dios «es la piedra filosofal de la espiritualidad» (c. 430), y preferiría que desapareciera la Compañía antes que dejar de cumplirla. Es el argumento definitivo para convencer a Vicente de Paúl de que la Compañía tenía que estar siempre bajo la autoridad del Superior General de la Congregación de la Misión en lo espiritual y en lo temporal (c. 228).

Supuesta tanta estima y valoración, no nos extraña que deseara comprometerse bajo voto a «hacer toda su vida la santísima voluntad de Dios», si le daban permiso (E 2). Seguramente no se lo permitieron, pero eligió definitivamente que la divina voluntad sería siempre la guía de su vida (E 21).

El discernimiento

Aunque la ilusión de Santa Luisa de Marillac era Cumplir la voluntad de Dios, su preocupación era conocerla y abandonarse a ella. Sabía que cada persona está en un camino particular y Dios quiere que lo recorra sin angustia. En su camino Luisa debía discernir y decidir cual era la voluntad de Dios tocante a su vida de fe y de compromiso en la Iglesia y en la sociedad, interrogarse y responder delante del querer de Dios a la exigencia del proyecto evangélico. Esta era la ansiedad de Luisa. Su interior inseguro se llenaba de angustia y de miedo. En la oración se abría al Espíritu Santo, buscando el querer de Dios en total dependencia, con serenidad y confianza. Cumplirlo daría la felicidad a ella y a sus hijas`. Todo consistía en no adelantarse al querer de Dios.

La señorita Le Gras no era solo la dirigida de Vicente de Paúl, era también su discípula; no solo le obedecía, sobre todo le admiraba y le reverenciaba. Aceptaba su dirección como de un santo. Ahora bien, en San Vicente era proverbial «no adelantarse a la providencia» (I, c. 29,30). Luisa siguió ese camino. Tres meses antes de morir escribió a su amiga secretaria, Maturina Guérin: “No le respondo a todo lo demás de su última carta, esperando de nuestro muy honorable Padre, que usted sabe no se precipita en nada para hacerlo mejor según la voluntad de Dios: y así... hay que aguardar la orden que Dios quiera dar» (c. 703).

Santa Luisa se esforzaba en buscar y discernir la orden que Dios quisiera dar. San Vicente tenía sus ideas sobre el discernimiento, sacadas de la Regla de perfección de Benito de Canfield. Santa Luisa también tenía sus ideas. No las sistematizó en ningún tratado, pero se descubren leyendo sus escritos.

Obediencia a San Vicente y a los superiores:

El primer camino para descubrir la voluntad de Dios es Vicente de Paúl, Superior General de las Hijas de la Caridad y de ella misma. Se le obedece, porque, a través de él, Dios manifiesta su voluntad. Se acoge la autoridad como una invitación a recibir la voluntad de Dios. Tanta seguridad le da el señor Vicente que presenta a su consideración todos los problemas íntimos que le ocasiona su hijo (c. 730) y la misma gracia divina que la sacó de aquella Noche Mística purificadora, aunque él no era su director, cuando ella la recibió. Aquel don del Espíritu Santo grabó a fuego en su alma una nueva ley, un camino nuevo a seguir en conformidad a la voluntad divina. Vicente de Paúl le indicaría los medios para avanzar sin desviarse.

Los superiores y directores, de cualquier categoría, son igualmente caminos para conocer la voluntad de Dios. Así lo repetía, mandaba, el Padre Vicente, y así se lo aconsejaba Luisa a las Hermanas. En espera de las decisiones de los superiores encontraba siempre lo que más ambicionaba: paz interior, «porque, es por su amor (de Dios) por lo que debemos obedecer, y para hacer la voluntad de Dios».

Con amor la obediencia no esclaviza, pues no es a un hombre a quien se obedece, es a un Dios a quien se ama. El amor rompe las ataduras interiores y da libertad, y en la libertad de la obediencia se experimenta la voluntad de Dios, como una iluminación a través de la autoridad, con tal que la autoridad sea legítima y no abuso, aclara Luisa: los súbditos debemos «intentar que se nos mande lo que se sabe que Dios pide de

nosotras». Causa extrañeza esta frase. Pero tan solo indica que no se debe obedecer cuando se sabe que va contra la voluntad de Dios. La autoridad para ser expresión del querer divino debe buscarlo primero (E 62). Dios no engaña. Dios ayuda con su gracia, cuando sinceramente alguien se abre al Espíritu Santo que llama; se experimenta entonces la llamada del Espíritu «por medio de los avisos que El mismo hará que se nos dé».

Todo parece sencillo: la obediencia encierra la voluntad de Dios. Pero ¿en la soledad y en la lejanía de no tener a nadie que te mande o a quien consultar? Luisa responde con toda sencillez espiritual: «Le aseguro, querida Hermana, que a menudo habrá probado que, cuando los hombres nos faltan, Dios se comunica más abundantemente» (c. 441).

En la oración está presente el Espíritu:

La oración es el segundo camino para conocer la voluntad divina. Dios se comunica en la oración. Bien lo sabía ella que tantas veces en la contemplación había sido poseída por el Espíritu Santo. Todos sus Ejercicios espirituales eran la búsqueda constante del querer de Dios. En la oración, seducida por un amor sumiso, discernía entre las múltiples mociones del espíritu humano cual era la del Espíritu increado. A imitación de los apóstoles, esperando la venida del Espíritu de Dios, Luisa también se recogía «en una grandísima y entera dependencia de la providencia de Dios, de la que no se separaba jamás y esperaba, tanto como El quisiera, que le mostrara lo que pedía de ella».

En la oración experimentaba la presencia de Dios y «sentía la seguridad de que sin miramiento a su miseria e impotencia El haría todo sin ella».

Delante de Dios, como los pastores ante el pesebre, sentía recibir en la oración «las santas inspiraciones» (E 23). Con ansiedad nos ha dejado escrito: Pido «insistentemente a Dios que se digne manifestarme lo que su bondad desea de mí» (E 2).

El Evangelio:

A pesar de estar absorbida por los pobres y la dirección de las Hijas de la Caridad, Luisa diariamente se ponía en oración, y en la oración encontró el camino más sencillo para discernir la voluntad de Dios: el evangelio: «Yo elijo tu santa voluntad divina para que sea enteramente la conducta de mi vida, la cual conoceré por la regla de vida de tu querido Hijo en la tierra, deseando conformar con ella la mía» (E 21). Meditando el evangelio comprende «que todas las acciones del Hijo de Dios no son nada más que para nuestro ejemplo e instrucción», y en ellas descubre el querer de Dios (E 22). Sin pretenderlo casi, expone las razones que le sugiere la lectura del evangelio: que Jesús vino a hacer la voluntad del Padre, que hacer la voluntad del Padre es su alimento en la tierra.

La espiritualidad de la voluntad de Dios y la del seguimiento de Jesucristo coinciden. Jesucristo es la verdadera voluntad del Padre aquí, en la tierra, y consiste en aceptarlo y seguirlo como al enviado del Padre. La voluntad de Dios se ha encarnado y se ha convertido en el lugar de encuentro de la voluntad humana con la divina. Luisa concluye con un

lenguaje que nos recuerda a Berulle: «El medio de imitar a Jesús que nace, es tener el alma adherente a Dios, y la parte inferior repleta del verdadero conocimiento de mi nada» (E 14).

Los mandamientos, las Reglas y los pobres:

A diferencia de San Vicente. Santa Luisa no habla de los mandamientos ni de las Reglas como expresión de la voluntad de Dios. De los mandamientos habla poco: que se los inculquen a los enfermos convalecientes que volverán a la sociedad como cumplimiento obligatorio. De las Reglas habla muchísimo: necesarias para agradar a Dios, para vivir unidas en comunidad, para servir dignamente a los pobres, para edificar a los seglares.

Si en sus cartas logramos descubrir las reglas como voluntad divina, no es una voluntad inamovible, es una guía amorosa, subordinada a otro signo más seguro: la necesidad de los pobres. Por poner solo dos ejemplos: «Suplico a la bondad de Dios que continúe dándoles sus santas gracias, particularmente el amor a la vocación que conocerán por la exactitud a sus Reglas tanto como se lo permita el servicio a los pobres enfermos» (c. 420). «Viendo su firmeza en la exactitud de las Reglas... Le suplico que si algunas veces no es tan puntual a todos los actos o, en caso de necesidad, tener que dejar algunos de los ejercicios (de piedad), cuando es por orden de ella (Hermana Sirviente), debe creer que ella es quien más lo siente, aunque comprenda que es dejar a Dios por Dios, cuando se deja alguno de los ejercicios por el servicio de los pobres» (c. 537).

Los pobres es el camino definitivo para conocer la voluntad de Dios. Todo su comportamiento reafirma esta verdad. Dios ha llamado a ella y a sus hijas para servirle a El en los pobres; un servicio exquisito «es lo que particularmente nuestro buen Dios espera de ellas» (c. 176).

La voluntad de Dios reside en la responsabilidad a la llamada y está grabada en la conciencia de cada Hija de la Caridad: servir al pobre como a Jesucristo en cada hora presente. Cada inquietud de los pobres es una petición de Jesucristo «que nos enseñó la caridad para suplir la impotencia de dar algún servicio a su persona», pues «el prójimo me es constituido en el lugar de nuestro Señor por un medio de amor que su bondad misma sabe, y que ha dado a conocer a mi corazón, aunque yo no pueda decirlo» (E 92, orac. 5º y 6º). Es falsa la espiritualidad que no asume un compromiso de solidaridad con el prójimo, especialmente con los pobres.

Junto con los pobres Dios manifiesta su proyecto de salvación por los signos de los tiempos, por las circunstancias de las sociedades, por los sucesos de la vida, que dirige la voluntad divina por medio de la Providencia. La providencia no es solo la manifestación del querer de Dios, es también su ejecutora.

PROVIDENCIA

Aunque Luisa habla continuamente de la providencia o, mejor, se apoya sin cesar en ella para su vida y para el gobierno de la Compañía, ni define lo que entiende por providencia ni pretende exponer una teoría; identifica algunas veces providencia con la voluntad divina o con el mismo Dios. Pero sabe que providencia es la conservación y gobierno de Dios sobre la

creación para que alcance su fin: la unión con Dios: con lo cual el hombre se salva y Dios es glorificado. Es la enseñanza tradicional enseñada por la iglesia; la misma que enseñaba la escolástica después de haber aunado las teorías estoicas y neoplatónicas con la revelación.

Como lo era la voluntad de Dios, así también la Providencia era el refugio de los cristianos de aquel siglo en las frecuentes guerras interminables y en las catástrofes naturales, en medio de las cuales el hombre se sentía impotente y destrozado.

En Santa Luisa la necesidad de una providencia divina era también consecuencia de la dirección recibida en su juventud. En su espiritualidad anidó esa necesidad al repetirle incansablemente la bajeza de la persona humana en contraste con la omnipotencia divina. Al encontrarse con San Vicente escuchó de una manera más tenaz aún el papel directo de la providencia en su vida: «Qué grandes tesoros hay ocultos --le escribía el santo- en la santa Providencia, y cómo honran maravillosamente a nuestro Señor los que la siguen y no se adelantan a ella!» (I, c. 30,31). En otras ocasiones se mostraba más radical aún: «Nada sucederá más que como lo ordene la adorable Providencia» (I, c. 46). La respuesta de Luisa fue sacar al exterior su ansiedad: «Soy indigna de las disposiciones de la divina Providencia, de las cuales su caridad me ha hecho el honor de advertir para sacarme de mis infidelidades» (c. 143).

Todo cuadraba a la perfección con su vida de sufrimiento, dirigida paso a paso por la divina Providencia (c. 130).

Para Luisa de Marillac la providencia es eficaz e interviene en todo, en lo material y en lo espiritual, en la naturaleza y en el hombre, hasta en los más pequeños detalles. La Providencia es la que destina, nombra a la Hermana Sirvienta y da socorro a los pobres; es la que envía los reglamentos, lleva a la santidad y produce la unión en la comunidad; la que hace caer el suelo de una sala o despista a Luisa para que no lea una carta: hasta el confesarse depende de la providencia. La Providencia ha fundado la Compañía la guía y le ha dado a San Vicente como Superior. La providencia lleva a las Hijas de la Caridad a una obra, las quita y hace que vivan en una cierta manera. La muerte y la enfermedad de una Hermana depende de la providencia; hasta ha dado el nombre de Hermana Sirvienta a la Superiora y el de Compañía a la cofradía de las Hijas de la Caridad. Da la sensación de que no solo interviene, sino que decide en la vida, casi determina. Nos asombra el informe que envía a San Vicente sobre la fundación de Nantes: «Reflexionando sobre la marcha de este establecimiento, tengo muchos motivos para decir, con toda verdad, que ha sido la Providencia totalmente sola la que ha intervenido, no teniendo yo ningún conocimiento al ir allá, de lo que tenía que hacer, y puedo decir que veía lo que se hacía a medida que estaba hecho, y que en las ocasiones en que quizás hubiera tenido muchas dificultades, la misma providencia me hacía encontrar, sin haberlo previsto, las personas que me podían ayudar. Creo yo que era por las necesidades que mi insuficiencia me creaba, pues me parece que yo nunca he obrado de esta manera, descuidada, y me parecía que yo no hacía nada más que lo que se me hacía hacer, sin que yo supiera cómo. ¡Dios sea siempre bendito!» (c. 171).

Este trozo de carta a San Vicente no era una forma de hablar conforme a la moda de entonces, era convicción que le brotaba de lo profundo de su alma como indudable verdad.

Y sin dudar se lo inculcaba también a las comunidades. Se sentía feliz, cuando las Hermanas seguían el dictamen de la providencia, «la sola garantía de las Hijas de la Caridad» (c. 218). Por el contrario «seríamos -les dice- las más ingratas del mundo si dejáramos de confiarnos a ella. Es ella sola la que nos debe conservar, la que provee todas nuestras necesidades, particularmente aquellas que la prudencia humana no puede ni prever ni proveer. Deseo de todo corazón que todas las Hermanas se penetren fuertemente de estos sentimientos sin confiarse nunca a otra cosa» (c. 34,163). «Hay que dejar todo a la divina providencia», repetía incansable; «es una de las cosas más señaladas que Dios nos pide para hacer subsistir la Compañía», y «su bondad no nos abandonará» (c. 324; E 53).

Nueva creación

Así lo pensaba y así lo escribía Luisa de Marillac, pero su manera de obrar no era tan radical. La práctica se asemejaba a un concepto de creación bastante actual. Es verdad que, al estilo de la época, habla de la creación como de algo que se realizó en un momento, como de una creación ya terminada, pero en su mente bullía la creación como inacabada, llamándola conservación: «Conservación es el sostén de mi ser y como una creación continua» (E 98). Ella colabora en la realización de la creación: ella, junto con la Providencia, debe llevar al mundo hacia una creación nueva, hasta que logre la plenitud de su unión con Dios. La fuerza de su colaboración reside en el principio de que ella y las Hijas de la Caridad deben trabajar como si todo dependiera de ellas, ayudadas por el Espíritu Santo, y después de realizado, someterse como venido de la providencia. Resumido en una frase se lo escribió a Sor Ana Hardemont: Para superar las dificultades, aunque usted puede «poco, haga lo posible con mucha paz y tranquilidad, para dejar lugar a la conducta de Dios sobre usted» (c. 654).

Su imaginación inagotable planeaba enderezar el mundo de los pobres y organizar la Compañía de las Hijas de la Caridad. Preparaba las fundaciones al detalle; escribía miles de cartas a las comunidades corrigiéndolas y abriéndoles caminos; llamaba a las puertas para obtener permisos, papeles y dinero. Cuando los niños abandonados quedaron olvidados de todos, durante la Fronda, acudió, sí, a Dios, pero también a San Vicente, a las Damas y a las autoridades, pidiendo comida y pañales para los hijos del pecado, que también eran hijos de Dios. Medio trampeó al fundar el asilo del Nombre de Jesús y buscó mercados baratos donde comprar hilos, y caros donde vender sus tejidos. El superior Vicente la felicitó en público por su buen quehacer como administradora y organizadora. Nada confió a la sola Providencia, A sus hijas les insistía en acudir a Dios, cierto, pero también les exigía prudencia y trabajo con esfuerzo. Los problemas que le causó su hijo es una mezcla de oración y de esfuerzo humano. Porque conocemos su santidad, de lo contrario sonaría a sorna el final de una carta dirigida a San Vicente, porque éste se disculpaba en la providencia por no haberles dado la conferencia desde hacía tiempo: «Las dificultades que se lo impiden -le aclara Luisa- no dejarán nunca de presentarse, a no ser que usted haga el honor de no esperarlas. Perdóneme esta libertad, es por el miedo que tengo con frecuencia de que parezca disposición de la divina Providencia lo que nos impide este bien» (c. 58).

Obstáculos a los planes de Dios

Se puede ir resumiendo la espiritualidad de Luisa en una línea sencilla: colaborar con la providencia para que se realicen los planes que en la eternidad proyectó la voluntad de Dios para la salvación de la humanidad. «¿No es glorioso a las almas cooperar con Dios en el cumplimiento de sus designios?», se preguntaba (E 105). Pero ¡qué torpe se veía ella! En su pobre persona encontraba infinidad de obstáculos, aumentados por la visión negra que tenía de sus pecados. Se sentía impotente e incapaz: «¡Cuántas veces he estado en esta situación, retirándome así del orden de los designios de Dios, que son grandes sobre las almas a las que envía el Espíritu Santo!» (E 19)

De todos los impedimentos que oponía a los planes divinos el orgullo se le presentaba como un muro. Luisa era orgullosa; lo dice ella y lo manifiesta en cada humillación que le ocasionaba su hijo o se cree humillada por sus familiares nobles, los Marillac. Era orgullo de familia, el amor propio de la ilegítima que quería medrar en la sociedad y tuvo que contentarse con no caer en la pobreza. Era la protesta interior contra una escala de valores fijada por los nobles sin tener en cuenta los valores personales.

La espiritualidad le pedía humillarse ante la grandeza divina. Eso era fácil, lo difícil era rebajarse ante los hombres, y lo logró a base de una lucha impuesta a sí misma. A veces suenan a humillaciones medievales las que nos cuentan las Hermanas, sus compañeras.

Por eso temía que sus campesinas sintieran también la protesta y la tentación del humilde ascendido por el solo mérito de servir a los pobres o por pertenecer a una Compañía. Frecuentemente las previene contra esta tentación.

El sufrimiento que sentía en su carne era otro impedimento físico y moral para colaborar con el deseo de Dios. El peso del dolor aplasta porque se recibe como injusto, y Luisa sintió su dureza. Intentaba desprenderse de este sentimiento y un día en la oración descubrió la salida: el querer divino era que ella llevara una vida de dolor. No cabe duda de que en su psicología se vio obligada a decidir entre el miedo y el orgullo por un lado y la santidad por otro lado. Venció al conflicto cuando se le reveló que, para las personas destinadas al sufrimiento, «la asistencia divina tenía que ser especialísima»; sin ella ningún ser humano podría «ser fiel» a Dios ni «tendría fuerzas para responder al designio de Dios sobre su alma». Fue una solución gozosa que le tranquilizó más aún, cuando pensó que esta gracia especialísima era como una «santificación» que Dios daba «después del uso de razón» (E 19).

Animada se abandonó totalmente en Dios para que se realizara «en ella» y, si fuera necesario, «sin ella» su beneplácito «por todas partes por donde le plazca llamarla..., en cualquier servicio a los pobres».

EL ABANDONO EN DIOS

Es el final de esta parte de su espiritualidad. Luisa consideraba lógico abandonarse al querer de Dios, porque no conocía ni los momentos ni los medios para llegar a El, mientras que «Dios sabe lo que nadie conoce y quiere lo que ningún ser creado puede saber»". Es un motivo válido para abandonarse en Dios, pero Luisa no necesitaba motivos. Lo amaba y

esto solo bastaba. El amor era razón suficiente: el amor que ella le tenía y el amor que El le mostraba y que la conservaba_ en la existencia a pesar de sus pecados (E 7,22).

Hacia 1630, cuando la contemplación la introdujo en sus profundidades misteriosas, descubrió otra razón: que ella, Luisa era «su propia heredad (de Dios), un lugar que le pertenece enteramente» (E 13). La oración mística le dio, además, el sentimiento de que Dios no le permitiría tomar ninguna resolución personal por iniciativa propia; solo le quedaba ya esperar su misericordia y abandonarse totalmente a su dirección, porque, y es Dios mismo quien se lo ha manifestado, El desea que se abandone en sus manos.

Naturaleza del abandono

El abandono es un desprendimiento total de la persona y de las criaturas, y comprende un desprendimiento activo y otro pasivo. El primero abarca la mortificación de sentidos, pasiones, juicio y propia voluntad sin disculpas ni límites, para alcanzar lo que ella llama sólidas *virtudes*. Lo vivió y lo repitió a las Hermanas de tal manera que, después de muerta Luisa, al señalar las Hermanas las virtudes más preciosas, todas indican la mortificación como una parte de su vida y de su mensaje. El desprendimiento pasivo es acceder a que Dios nos deje desnudos y solos, privándonos de, sus consuelos y aceptando las tentaciones que le plazca enviarnos. Así despojada y vacía de sí misma, debe dejarle a El que dirija todas sus intenciones hasta llegar a la pureza de intención que Dios mismo «le hizo ver» (E 14). Los restos de su espiritualidad nórdica la arrastran hasta el despegue de los gustos del espíritu, desde no pretender apropiarse gloria alguna hasta desasirse de «las ternuras y consuelos espirituales» (E 10, día 6). Con dos imágenes frías nos indica Luisa el abandono absoluto que le pide Dios: «como muerta depender totalmente de El» y no resistirle «más que lo que hizo en su creación».

Luisa no se contentaba con imágenes; penetró en la esencia del abandono. En el evangelio leyó que la voluntad del Padre es el alimento de Jesucristo; por ello, medita, la voluntad del Padre «es la que sostiene mi alma en el ser que ha recibido de El» (E 21). La consecuencia viene sola: El abandono debe realizarse en lo que constituye el ser del hombre: la voluntad (E 11).

Absorbida por el abandono llegó al vacío más absoluto: desprenderse de la misma libertad que constituye el ser de la voluntad: «Me abandonaré toda entera a la santa Providencia, no queriendo más la propiedad de mi libertad, poniéndola en las manos de Dios»(E 35). Lo hace sin tristeza, llena de gozo: «¡Cuántas maravillas verán sobre esta materia en el cielo las almas que han entregado a Dios su mismo ser, que no puede ser otra cosa más que la voluntad libre y que, al usarla, no quieren servirse de ella, sino como si perteneciera a Dios» (E 98).

Este total desprendimiento no da la sensación de una mujer pasiva o amargada. Acaso en los primeros años suene a resignación sangrante, pero nada más lejos de su santidad. Pocas mujeres ha habido tan activas como Luisa de Marillac. Ni aún en los momentos de contemplación pasiva quedaba inactiva. Su pasividad se reducía a ser purificada por Dios y a dejarse poseer por la divinidad. Muchas veces sintió Luisa su presencia en la intimidad de su alma y hasta algunas veces le parecía que era El quien obraba a través de ella (E 16).

Pero siempre con el consentimiento de Luisa: «Me parecía que nuestro buen Dios me pidió mi consentimiento -y yo se lo di totalmente- para obrar por El mismo lo que quiere ver en mí» (E 24). La inactividad era imposible en una mujer que gastaba sus energías en no tener más querer que el querer divino: «Que la criatura de tal manera le esté unida, que vaya a la par con su creador en aquello que le concierne». Es lo que llama «cogerse a Dios fuertemente por la voluntad» (c. 187; E 60).

EL AMOR DE DIOS

Del amor de Dios escribió siempre y lo vivía día a día. En 1645 decía a su director: «desearía que su santo amor se diese a mi corazón por ley perpetua» (c. 128). A las Hijas de la caridad las animaba a llenarse de un amor tan fuerte que las ocupara en Dios suavemente y en los pobres sin cesar; un amor desinteresado que totalmente las atara a Dios solo.

Una mujer enamorada rebosa amor y Luisa lo estaba de Dios. Pero de naturaleza reflexiva analiza detenidamente el amor. A la reflexión se une su experiencia del Amor místico.

Amor divino

La señorita Le Gras, como toda persona mística, convierte en vida la frase joánica: Dios es amor. Pero la señorita Le Gras le da otro giro: El amor es la esencia divina. Aunque había no solo leído, sino meditado el Tratado del Amor de Dios de San Francisco de Sales, su lenguaje y su estilo se acerca más a Senito de Canfield y a Lorenzo de París. Luisa de Marillac razona con claridad, sin dudar, con ideas de la escolástica: «La causa del amor es la estima del bien en la cosa amada». Como Dios es perfectísimo, al conocer su propia perfección, necesariamente tiene que amarse, pero la perfección de Dios reside «en la unidad de su esencia», en su simplicidad inmutable; simplicidad que hace a Dios puro Dios, sin mezcla. En Dios todo es divinidad y el amor es la divinidad. Como los espirituales de la escuela Abstracta, se embelesa con la simplicidad divina: «Pureza de Dios en sí mismo por su gran simplicidad... Amor de Dios en sí mismo, que en la unidad de su esencia, engendra desde toda la eternidad su Verbo por el conocimiento de sí mismo y produce al Espíritu Santo, al producir el amor recíproco que es el Espíritu Santo» (E 105).

En Dios sólo hay un amor como sólo hay una esencia, de la que participan los seres creados. Con ese único amor, al conocerse, se ama a sí mismo y ama a las criaturas, al reconocer en ellas una participación de su esencia. Este conocimiento y este amor de las criaturas es «un acto fuera de la divinidad igual, en cierto modo, al que produjo en sí mismo, engendrando la segunda persona de su divinidad» (E 88). Pero hay una diferencia infinita: el conocimiento que engendra al Verbo produce un amor perfectísimo, el Espíritu Santo, mientras que el conocimiento de las criaturas se las presenta necesitadas, frágiles, y le empuja a «tener un cuidado paternal en la dirección» de ellas. El amor divino casi se le hace incomprendible a Luisa, asombroso, al verse creada «capaz de ser poseída por Dios y para gozar de Dios y para glorificarle». ¡Luisa la pecadora, la débil, penetrando por medio del amor en la inmensidad de la divinidad! Parece un sueño, pero es realidad. La emotividad de Luisa, gran afectiva, se extasía y le hace exclamar: «¡Vivir tanto cuanto te plazca, (Señor),

pero de tu vida que es toda de amor! ¡Que no pueda yo fluir desde este mundo al océano de tu ser divino!» (E 98, 7.a or.).

Amor humano

Así como los seres creados son participación del Ser increado y los tiempos lo son de la eternidad, así también el amor humano es una participación del amor divino «en cuanto a la naturaleza del amor», pero no en cuanto a los «frutos», que dependen de la «voluntad» humana según la intensidad de la «práctica de la caridad hacia Dios y hacia el prójimo». Luisa no se detiene, en el amor aquí en la tierra, recorre el camino hasta el final, hasta llegar a la gloria. Allí, el amor «nos da el conocimiento de Dios, no tal cual es, sino que penetra en él mismo y en sus grandezas». Luisa, espíritu intelectual y todo razón, se inclina al voluntarismo agustiniano: «Quien tiene más caridad participará más de esta divina luz que le inflamará eternamente del santo amor» (E 19).

PURO AMOR

En los años finales de su vida el amor se convirtió en el motivo más atrayente del abandono. Un amor que no esperaba recompensa, un amor puro o puro amor sin escoria. Siempre se había sentido embelesada por el amor más puro que puede existir en la creación. Es el amor divino en los hombres. Está expresado en unos folios sin fecha. Ciertamente están escritos después de la fundación de las hijas de la Caridad, pues se dirigen a ellas; corresponden a una fecha en que había llegado a lo más alto de la santidad; la unión de elementos vicencianos y nórdicos es perfecta, con predominio de estos últimos. Santa Luisa los titula, en medio del escrito: «Práctica del puro amor». ¡El centro del puro amor no es la divinidad, sino Jesucristo!

Muchos escritores del siglo XVII trataron este tema. Era la búsqueda del amor a Dios en toda su pureza sin ningún interés personal, ni por el cielo ni por miedo al infierno. De tal manera que si un alma supiera que Dios quería -por un imposible- que se condenara, el alma aceptaría gustosa ir al infierno.

Un siglo antes estas ideas habían conmovido a España, llegando a la exageración, condenada, de los alumbrados. En el siglo XVII se discutirán en Francia hasta su condenación en la faceta quietista. ¿De dónde le vino a Santa Luisa hacer de este tema el objeto de su oración e inculcárselo a las Hermanas? ¿De ella misma, de la plenitud de su amor? ¿De San Francisco de Sales, del capuchino Lorenzo de París o de quién? San Francisco de Sales manifiesta «que si, imaginándose un imposible, supiera que su condenación era un poco más agradable a Dios que su salvación, dejaría su salvación y correría a su condenación »²¹. Luisa leyó frecuentemente el Tratado del Amor *de* Dios, en especial el libro

Tampoco es difícil que leyera la obra de Lorenzo de París. El palacio del amor divino de Jesús y del alma cristiana (ediciones en 1603, 1614, 1622, 1626). También pone la aceptación del infierno si, por un imposible, Dios quisiera su condenación. Seguramente Luisa conocía a Lorenzo de París y no es difícil que alguna vez le abriera su corazón en el convento del arrabal de Saint-Honoré. Hay muchas semejanzas en ideas y en frases,

especialmente en la concepción del amor, del desprendimiento, del amor propio, en las divisiones de la voluntad, etc.

La santa va escribiendo cuidadosamente los folios sobre el puro amor para dejárselos a sus hijas, llamadas por Dios a una perfección más alta que otras personas. Son fruto de varias meditaciones. Hace un esquema -que se conserva- y pone especial atención en su redacción punto por punto (E 105). Se apoya en Juan, 12, 28-34, y más concretamente en el v. 32: «Y yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí». El estilo es moderado; no hay extremismos, no aparece la aceptación del infierno si, por un imposible, fuera esa la voluntad de Dios. Únicamente deja traslucir algo en un párrafo: «A los pies, pues, de esta cruz santa y sagrada que yo adoro, es donde sacrifico todo lo que podría impedir la pureza del amor que Tú (amado esposo) quieres de mí, sin que por ello pueda yo pretender jamás ningún gozo que no sea el estar sumisa a tu agrado -pero como si le diera miedo lo que acababa de escribir, añade- y a las leyes que la pureza de tu amor me propone» (E 105).

Es un párrafo muy tenue. Ella expone como esencia y meta del puro amor el desprendimiento total de las criaturas. Y recalca la palabra todo: “No os espantéis, queridas Hermanas, porque con esta palabra, todo, no pretenda exceptuar nada... ¿Qué sería de nosotras si, viéndole con el deseo de atraernos hacia El, permaneciésemos tan fuertemente atadas a la tierra que el peso de nuestros malos afectos prevaleciesen sobre el poder de atracción de su puro amor...? Porque si somos tuyas ahora ya no seremos nuestras, y si pensamos ser tuyas, ¿no será un disparate usar de nosotras?».

El puro amor, para Santa Luisa, consiste en un desprendimiento de todas las criaturas y de su misma persona. Es la espiritualidad del final de sus años, cuando el Cristo de San Vicente la posee por completo, el Cristo Jesús hombre: pues «si como Dios no mereciera ser objeto del puro amor... sería necesario dar a su humanidad santa los deberes de reconocimiento a la fuerza de su amor» (E 87).

El puro amor lo viven Luisa y las Hijas de la Caridad como «la piedra filosofal que convierte todo en oro» y únicamente el amor propio la puede destruir (c. 565).

Las Hijas de la Caridad han sido llamadas a este amor puro, ya que Jesús «no contento con el amor general de todas las almas llamadas, quiere tener algunas muy queridas, escogidas por la pureza de su amor». Para llegar a esta pureza del amor, Luisa les pone a las Hermanas cuatro pasos:

- Decir de todo nuestro corazón: «lo quiero, querido esposo, lo quiero»
- «Seguirle hasta el pie de la cruz».
- Desprenderse de todo, «dejando por tierra todos los afectos terrenos».
- Llegar «a la pureza del amor que (Jesús) quiere de mí» (E 105).

El Cristo de Santa Luisa de Marillac

Luisa de Marillac se fue familiarizando poco a poco con la espiritualidad de Vicente de Paúl. Al tiempo que se iba introduciendo en el mundo de los pobres, la espiritualidad de las Escuela Abstracta quedaba en el fondo de su espíritu, cubierta por una capa de vicencianismo. Una parte de esta capa era la doctrina sobre Nuestro Señor Jesucristo.

Primeros escritos

La primera carta que conservamos de Luisa está dirigida a Vicente de Paúl y es del 5 de junio de 1627. En ella Jesús aparece de una manera accidental; la frase «miembros de Jesús» nos parece postiza'. Y esto es lo bastante corriente en las cartas que se conservan hasta 1639. Hasta este año solamente nombra dos veces a Jesús y una a Nuestro Señor, mientras que la palabra Dios aparece más de veinte veces. San Vicente, por el contrario, continuamente invoca a Nuestro Señor en las cartas que envía a su dirigida por estos mismos años.

Los papeles íntimos escritos hasta el año 1629 nos manifiestan abundantes ideas de la espiritualidad nórdica, que a veces nos parecen de influencia berulliana. Los dos primeros escritos que redactó seguramente dirigidos por su director Vicente hacia 1626, el Acto de Protesta y la Oblación a la Virgen (E 4 y 5), indican lo que será la influencia vicenciana.

En el primero, copiado literalmente de San Francisco de Sales, añade una frase muy del gusto de Vicente de Paúl: «renuevo también... la resolución de practicar las santísimas virtudes de humildad, obediencia, pobreza, sufrimiento y caridad, para honrar estas virtudes en Jesucristo que frecuentemente me las ha inspirado por amor». Y termina el escrito con una frase que representa como el cruce de dos caminos: «Viva tu amor y el de Jesús crucificado». Viva tu amor, el de la divinidad, es como la base de la espiritualidad que ha llevado; y el amor de Jesús crucificado -una constante hasta que muera- será la luz que le ilumine el camino que empieza a recorrer.

En la *Oblación a la Virgen* ya pone imitar la vida de María y de Jesús pero abundan más las ideas afines a Bérulle sobre el honor y la gloria de Dios. Hasta parece que, al recorrer la vida de María, va recorriendo los estados de Jesús, deteniéndose, como Bérulle, en la sujeción de Jesús a María en los años de su infancia. Hasta emplea la palabra adherencia, tan querida de Bérulle.

También el *Reglamento de Vida* de 1627 comienza de una manera muy vicenciana:

«Que siempre esté en mi corazón el deseo de la santa pobreza para que, libre de todo, siga a Jesucristo y sirva con toda humildad y mansedumbre a mi prójimo, viviendo en obediencia y en castidad toda mi vida, honrando la pobreza de Jesucristo que guardó con tanta perfección”.

Pero la plegaria final, que le brota de lo íntimo de su ser, olvidándose de Jesús, se la dirige a Dios en estilo renanoflamenco.

En adviento de 1628 hace unos Ejercicios dirigidos por San Vicente. En varias meditaciones recuerda a Jesús, pero se ve que el sujeto es Dios y Jesús es sólo el medio para librarnos del

pecado. Y aún en esta faceta Jesús, como medio utilizado por Dios, es considerado bajo el aspecto de sus primeros directores. La última meditación, sin embargo, la termina con una conclusión práctica al gusto de San Vicente: «Abatiré mi orgullo... y adquiriré la caridad y la mansedumbre con mi prójimo para honrar la enseñanza de Jesucristo que decía que aprendamos de El que era manso y humilde de corazón».

El 5 de febrero de 1630 se realiza el DESPOSORIO MÍSTICO entre Santa Luisa y Nuestro Señor. Desde entonces Jesús penetra cada vez más en su corazón y en su vida. Poco a poco va plasmando un cuerpo de doctrina sobre Jesús a lo largo de sus escritos. Es una doctrina sencilla y lógica con dos grandes bloques. Una primera parte de doctrina intelectual, desarrollada de forma metafísica que recuerda a los escritos nórdicos y a Bérulle:

- Dios crea a los hombres para que vivan toda la eternidad estrechamente unidos a la divinidad.
- El medio para realizar esta estrecha unión es la encarnación del mismo Dios.
- Pero como la humanidad de Cristo sube a los cielos, inventa la Eucaristía para que Dios humanado esté siempre en el mundo.
- Como hay hombres que no se unen a Dios por medio de la Eucaristía, Dios los une a su divinidad a través de los méritos de su Hijo.

La segunda parte se puede resumir como un tratado del seguimiento de Cristo, expuesto de forma más psicológica, práctica y ocasional. Solo por medio del seguimiento se realiza la unión verdadera del hombre con su Dios.

ENCARNACION DEL VERBO

Para Santa Luisa el misterio de la Encarnación se realiza en tres frases:

- La decisión eterna tomada por la Trinidad de que el Verbo se encarnara.
- El descubrimiento del decreto al primer hombre y la promesa de realizarlo.
- La realización en el tiempo, la encarnación realizada en el seno de María.

El decreto divino

Santa Luisa va exponiendo, siempre ocasionalmente, su pensamiento: En la creación Dios hizo al cuerpo capaz de lograr su objetivo «tanto para alimentarse y vestirse como para gozar según su naturaleza» (E 85). A las almas las ha hecho «capaces de ser totalmente poseídas por Dios y de gozarlo y de poseerlo» (E 10 1º día), pero por sí misma el alma «no podía unirse estrechamente a su objeto que es Dios, inaccesible a todo ser, a no ser por este medio del todo admirable, que hace a Dios hombre y al hombre Dios» (E 85).

Pensamiento desarrollado más detenidamente al final de su vida: «Considerándome ser de Dios por su ser único y por la creación, que son los dos fundamentos de mi pertenencia, he visto que le pertenezco también por la conservación, que es el sostén de mi ser y como una creación continua. Y me he preguntado qué es lo que pretendía hacer entonces con el pensamiento de darme a El? Y he visto que este poder de poseerme consistía, por la excelencia del designio de Dios en la creación del hombre, en unírsele estrechamente por toda la eternidad, si se servía del único medio que tenía para dárselo, que era la Encarnación de su Verbo, el cual quería que, siendo hombre

perfecto, la naturaleza humana participara de la divinidad por su mérito y por su naturaleza tan estrechamente unidos» (E 98, ora. 11).

Tres son las causas de esta decisión de unirse Dios con el hombre:

- *El amor divino*. Es la causa continuamente repetida en sus escritos, el amor de Dios. Un amor que, para Santa Luisa, es cognoscitivo o esencial. Dios no puede dejar de amar al hombre cuando lo mira; lo exige la esencia divina y humana que obliga a Dios a unirse con el hombre. Lo expone con su lenguaje concentrado y profundo: «Que el amor que Dios tiene a nuestras almas procede del conocimiento que tiene de la excelencia del ser que les ha dado y que participa del suyo; conocimiento que nos puede hacer conocer su grandeza, al ser un acto fuera de Dios igual, en cierto modo, al que produjo en sí mismo engendrando a la segunda persona de su divinidad, pero como las almas no son El mismo, el conocimiento que produce el amor que les da, hace que El se digne tener un cuidado paternal en la dirección general de aquellos que se someten enteramente a los efectos de su santa voluntad» (E 88).

- *La naturaleza misma del hombre*. Dios creó al hombre como la obra maestra de la creación y pone en su misma naturaleza, como exigencia, el alcanzar la grandeza más excelente que pudiera. Y esto sólo se alcanza haciéndose Dios hombre. Hecha la creación del hombre se exige la encarnación de Dios. Como siempre, lo expresa con un lenguaje prieto, pero sencillo: «Mi espíritu ha recordado el pensamiento que yo había tenido, que el plan de la Santísima Trinidad era que el Verbo, desde la creación del hombre, se encarnase para hacerle llegar a la excelencia que Dios le quería dar por la unión eterna que quería tener con él, como el estado más admirable de sus operaciones exteriores» (E 98, 3° día).

- *La grandeza de Dios*. Pues Dios no puede recibir gloria verdadera fuera de El si la humanidad no se une a la divinidad: «Esta divinidad no podía ser honrada debidamente más que por su misma gloria, en toda la eternidad... y el Espíritu Santo confiere, por su poder unitivo, a (a voluntad la facilidad para unirle perfectamente, de suerte que no exista en el alma ningún desarreglo... participando de esa primera gloria que honra la gloria eterna de Dios» (E 98, día 3°).

Examinando las tres causas de la Encarnación podemos concluir que, para Santa Luisa, interpretando a San Pablo en Col. I, 15-18, el motivo de la Encarnación fue la unión del hombre con Dios; y el Verbo se hubiera encarnado aunque el hombre no hubiera pecado.

¿Dónde asimiló esta doctrina? Seguramente es de influencia berulliana, aunque también pudo escucharla o leerla en sus primeros directores, los capuchinos. Desde san Buenaventura y a través de Scoto era una doctrina familiar a los hijos de San Francisco de Asís.

Promesa de la Encarnación

Tan pronto como el hombre peca, la Trinidad decide que la Encarnación sería también para reparar el pecado, y así se lo promete al hombre: «Y como el designio de Dios (era) que este anonadamiento (por el pecado) no fuera para siempre, el mismo Dios en la distinción de personas, habiendo dicho: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, tomó de la misma manera la resolución de redimirlo» (E 37).

Por esta cita vemos que para Santa Luisa la promesa de reparar la falta está decidida por el mismo y único decreto dado en el seno de la Trinidad.

La causa de la promesa es también «su grandísimo y puro amor», «la bondad de Dios, compadecida de la naturaleza humana». Y lo más sorprendente de este amor es que Dios crea al hombre «sabiendo que era débil y se alejaría de El» (E 10, 58,85).

Analiza las entrañas del decreto divino y, como Dios es inmutable, acto siempre actual, concluye que la promesa, desde el momento de hacerla, obtuvo su efecto y «hacía que el designio de Dios le pareciese como realizado». Por ello, la promesa tiene fuerza para cambiar el pecado de los hombres de original en personal, «ya que la naturaleza humana no puede pecar al participar de ella el Verbo» (E 85).

La Encarnación del Verbo

Tanto en la Encarnación como en la mariología, Santa Luisa da la suma importancia al decreto de Dios. La Encarnación no es más que la realización en el tiempo del plan decretado en la eternidad por la Trinidad. (E 5, 85, 106; c. 702). Así mismo es «el tiempo de cumplirse la promesa» dada al primer hombre. Por la Encarnación, se sabe, el Verbo se hace hombre verdadero. Santa Luisa insiste en que Jesús es hombre de verdad, descendiente de Adán por María, de la misma naturaleza que todos los hombres; María le ha dado su sangre y en su seno de mujer humana se ha formado el cuerpo de Jesús. Este es el fundamento del seguimiento de Cristo, y la grandeza de imitarle. La meta a la que llega la naturaleza humana es a una nueva naturaleza «divinizada», pues Cristo «ha engendrado en cierto modo la naturaleza humana para la eternidad, haciéndola capaz de gozar eternamente de Dios», y «en el cielo Dios se ve en el hombre por la unión hipostática», considerando la naturaleza humana «en todos como su imagen».

Lógicamente deduce consecuencias, alguna un tanto atrevida:

- Jesús es nuestro Padre, pues es quien nos da la vida.
- «Con razón Jesús ha sido instituido rey de nuestra almas y voluntariamente debemos hacerle dueño de ellas».
- Dios nos da las gracias «por medio de la Encarnación».
- María es el canal por donde se nos dan las gracias (E 22, 68, 69).

La consecuencia que penetra en lo hondo de su psicología hasta convertirse en un sentimiento imborrable es la humildad. Santa Luisa se presenta como mujer orgullosa, y parece que lo era, debido acaso a la marginación que experimentó desde su nacimiento por parte de su familia y de la sociedad. Seguía el pesimismo agustiniano, bastante común en la

primera mitad del siglo XVII, y le era familiar la espiritualidad renano-flamenca que insistía en el abatimiento y anonadamiento.

Esta mujer, con esa espiritualidad y esa psicología, que siente el orgullo como compensación, delante de la Encarnación admira la humillación que supone para un Dios hacerse hombre y se extasía ante “la humildad profunda de la divinidad», pues Cristo pudo venir con toda su «grandeza» y vino con «la mayor bajeza que se puede imaginar», «llenando el cielo de asombro». Para Dios es tan humillante hacerse hombre que ya no hay que temer ofenderle al «ofrecer la muerte de su Hijo para satisfacer por sus incumplimientos», ya que la Encarnación es mayor humillación que la muerte y «su Bondad consintió en ese misterio» (E 10, 14, 33).

CUARTO TIEMPO

Hay para Santa Luisa un cuarto tiempo que completa y cierra el ciclo de la Encarnación: la vida y muerte de nuestro Señor. En esta tierra, para unirnos a Dios hay que «ir por el camino de su Hijo» (c. 433). Ella lo tiene presente en la costumbre de hacer «33 actos a la santa Humanidad» de Cristo (SV. I. c. 51).

La vida de Jesús tiene como misión enseñarnos el camino para ir a Dios. «Todas sus acciones no son nada más que para nuestro ejemplo e instrucción» (E 22). Es el Espíritu Santo quien da testimonio de que Jesús es Dios y hombre perfecto y los hombres tienen que «vivir como hombres racionales según sus acciones santas y divinas» (E 98).

A imitación de Bérulle va desgranando los momentos de la vida de Jesús, llamándolos algunas veces, como él, estados o misterios (E 22, 23, 33; c. 704). Ciertamente son pocas las veces que emplea esas palabras, pero la realidad que encierran esos momentos y las escenas del evangelio las medita frecuentemente. En sus meditaciones resaltan las consecuencias de la vida de Cristo en nuestra existencia:

- En superar las dificultades...
- En el vivir.
- En el morir. etc.

El continuo peregrinar de Jesús en la tierra lleva un objetivo de modelo o ejemplar para ser imitado por los hombres. Y sólo «haciendo las acciones que El hizo en la tierra, los cristianos tendrán ya en esta vida la unión con Dios» (E 15, 21, 58, 90, 98).

Jesús atrae a su seguimiento a los cristianos que deben imitarlo hasta la perfección (c. 384). Lo mismo que en la Encarnación, la vida toda de Jesús es una manifestación de la amplitud de su amor. Paso a paso aparece en cada misterio de su vida: «Amor de Dios hacia los hombres que le ha llevado a querer que su Hijo se hiciera hombre, porque sus delicias es estar con los hijos de los hombres: y para que acomodándose al estado de los hombres les diese todos los testimonios que su vida humana contiene de que Dios les ha amado desde toda la eternidad» (c. 105).

De todos los estados de la vida de Jesús, dos le atraen especialmente: la vida oculta, singularmente en el seno de María, y su muerte. Desde su juventud tornó la «resolución de

honrar la vida oculta de nuestro Señor» (I, c. 52). ¿Impronta de su niñez? ¿Recuerdo de su hijo? También San Vicente la invitaba a considerar la vida oculta y el no hacer de Jesús durante los treinta años (c. 58, 110). Considerará esta devoción en un pequeño rosario que, con permiso de San Vicente, rezará y meditará en particular «para honrar la vida oculta de nuestro Señor en su estado de encarcelamiento en las entrañas de la Virgen Santa» (c. 147; E 33).

Devoción que recuerda a Bérulle cuando habla de la esclavitud de Jesús a María en su seno. Muerte de Jesús. Es la muerte de Jesús la que completa y consume nuestra unión con Dios (E 9). Pues en ella la «naturaleza humana adquiere pleno poder para unirse con su Dios» de una manera tan estrecha «que Dios ha castigado en su Hijo la enormidad del pecado» (E 33). Se separa de la escuela nórdica, reacia a meditar la Pasión, y reflexiona a menudo sobre la muerte de Jesús.

Meditando los últimos instantes de Jesús, explica la frase tengo sed y descubre tres clases en la sed de Jesús: la del cuerpo, la del espíritu, como deseo de unirse con el Padre y con el Espíritu Santo, y la «tercera sed de aplicar sus méritos a todas las almas creadas para el paraíso», de tal manera que parece que «el Padre abandona a su Hijo para acoger la naturaleza humana» (E 33).

En realidad la unión con Dios tiene su plena realización en el cielo, donde «Dios completa por toda la eternidad la muerte y los sufrimientos de su Hijo, haciendo bienaventuradas las almas redimidas por ellos» (E 57).

Francisco de Asís: es el Niño nacido en un establo y adorado por los pastores. El otro aspecto, fomentado por Berulle considera a Jesús con toda su grandeza y adorado por los Reyes Magos.

Por la Pasión de Cristo el sufrimiento que la envolvía a ella y que diariamente veía en los pobres, toma sentido en esta tierra y adquiere valor redentivo. El triunfo final de los hombres se realiza por el sufrimiento, «ya *que* sin muerte no hay resurrección». «Que nadie espere resucitar con Jesucristo, si primeramente no ha muerto como El». En el hombre, como en Cristo, la cuna se une con la cruz y su nacimiento es un comienzo de la Pasión. Nuevamente se le presenta su nacimiento y su vida personal (E 24, 33; c. 637, 717).

LA EUCARISTIA

Presentado como un principio que el amor de Dios ha creado al hombre para estar unido con El, y concluyendo que la encarnación es el único medio para una unión firme, deduce que la encarnación ya se hizo y no se repetirá, que la humanidad de Cristo subió a los cielos para estar eternamente a la derecha del Padre; pero Dios quiere una unión continua e inseparable, por ello inventó admirablemente «el Santísimo Sacramento del Altar, en el que habita continuamente la plenitud de la divinidad en la segunda persona de la santísima Trinidad» (E 67). «Y como en el cielo Dios se ve en el hombre, por la unión hipostática del Verbo hecho hombre, ha querido estar en la tierra a fin de que ningún hombre estuviera separado de El» (E 21).

No es una unión estática o de presencia. La Eucaristía es para que la coma el hombre concreto de la tierra y la sienta como una fuerza dinámica de acción. Por la Eucaristía el hombre se viste de las semejanzas de Jesucristo.

Luisa de Marillac debió repetir muchas veces estas ideas, pues tanto Gobillon como la Hermana desconocida que copió párrafos en el manuscrito apodado de Soeur Chétif, creían ser fieles a su pensamiento al escribir un trozo, copiado acaso uno de otro, atribuyéndoselo a la Señorita, quizá con razón: «En la amorosa unión (de la Eucaristía) Dios viéndose en nosotros nos devuelve enteramente de nuevo sus semejanzas por la comunicación, no solamente de su gracia, sino de El mismo, que nos aplica tan eficazmente el mérito de su vida y de su muerte que nos hace capaces de vivir en El, teniéndolo vivo en nosotros» (E 97).

Como en las meditaciones sobre la Encarnación, también aquí busca un motivo, una causa que moviera a Dios a instituir la Eucaristía, y como allí, sólo encuentra «el puro amor... para esta invención amorosa de unirse a nosotros» (E 97).

La mayoría de los papeles son íntimos, para ella o para San Vicente. En ellos se expresa en un lenguaje subido, teológico a veces; cuando habla para las hermanas usa un lenguaje más sencillo. Sin embargo en la conferencia del 18 de agosto 1647 va a exponer un pensamiento más avanzado aún. Delante de San Vicente explica a las Hermanas que con la eucaristía aumenta, por decirlo así, el amor de Dios a los hombres, ya que para la redención bastaba la encarnación, pero con la eucaristía quiere nuestra santificación, comunicándonos «*todas las acciones de su vida... deseando que seamos semejantes a El por su amor*» (E 60; SV. IX, p. 317).

La Eucaristía es también comunión, encuentro físico y espiritual con Jesús encarnado; encuentro personal. Durante la comunión es cuando siente las experiencias místicas de Dios, y cuando Dios le comunica sus deseos. El desposorio místico con nuestro Señor se realiza en la comunión. Y es donde ella se manifiesta como es, mujer agobiada por el peso de su vida de sufrimiento, que acepta el anonadamiento y el pesimismo de la naturaleza humana pecadora e impotente (E 16, 13, 19, 23, 27, 35, 36).

UNION EN LOS MERITOS DE CRISTO

La fe nos pide ver en la eucaristía una presencia real de Jesús y una unión verdadera entre Cristo y el hombre que comulga.

Luisa de Marillac, completando su doctrina, avanza en el campo de la unión del hombre con su Dios. Finalmente contempla que además de la encarnación y de la eucaristía existe otra unión entre la divinidad y la humanidad a través de Cristo. Es una unión intencional o meritoria. En boca de Santa Luisa es «una unión continua, aunque invisible, por la aplicación del mérito de sus acciones sobre las de sus criaturas ya pidiendo perdón a su Padre para lavar nuestros crímenes contrarios a las virtudes que El practicó, ya haciendo agradables a Dios las acciones virtuosas que, por su gracia, los hombres pueden hacer, uniéndolas a sus méritos... Es como el aire sin el cual el alma no tiene vida» (E 67).

La comunión es el momento más vital y más divino, porque en ella se realiza la doble unión de cuerpos y a través de los méritos de Cristo. Es la unión más completa, pero la permanencia continua de esta unión reposa en la vida diaria. Las acciones cotidianas hacen a Dios «impaciente para que se realice el designio eterno sobre la naturaleza humana para la unión perfecta». Esta unión meritoria se realiza dando «el testimonio que quiere que demos de El haciendo las acciones que El hizo en la tierra»; y la Trinidad por medio del Espíritu Santo «produce la santidad en las almas por los méritos de Cristo» (E 98, ora. 6.^a; c. 556). Es una presencia continua en el alma haciéndola «semejante a El obrando en ella como lo tiene a bien y de acuerdo con sus necesidades para permitirle alcanzar su fin, cada una según sus diversos designios sobre ella» (E 85).

El mismo Cristo tuvo presente en la cruz esta unión al exclamar que tenía sed; era sed de aplicar «sus méritos a todas las almas creadas para el paraíso» (E 33), donde se consuma la verdadera y eterna unión por los méritos de Cristo pero sólo se aplican los méritos a los hombres que consienten en ello. Y es difícil consentir cuando se presenta el sufrimiento. Mucho insiste Santa Luisa en aceptar el dolor para que se nos apliquen los méritos de Cristo.

La influencia de San Vicente va haciéndose cada día más intensa. Por su influjo la persona de Jesucristo se va apoderando de su vida. Después de tantos años dirigida por el santo «desea el amor a la humanidad santa de nuestro Señor para excitarse a la práctica de las virtudes» (E 67). Durante muchos años esta mujer hará de Jesús el camino para unirse con la divinidad, a través del seguimiento a Jesús.

SEGUIMIENTO DE CRISTO

La primera parte expresa la doctrina especulativa de Santa Luisa sobre Jesús, después de ordenada; ella no ordenó ninguna teoría. Igualmente en esta segunda parte se puede sacar su pensamiento esparcido en sus escritos y exponer ordenadamente toda una doctrina del seguimiento a Cristo.

El seguimiento de Cristo lo presenta como algo práctico y ocasional; sabe a vida ordinaria de cada instante, es el caminar de la vida ordinaria, siguiendo a Cristo en medio de los pobres hasta morir crucificada por ellos. De la mano de San Vicente descubre que el seguimiento de Cristo es la única respuesta válida al interrogante de los desheredados. Pero seguir a Cristo es:

- comunión con su vida comprometida con los pobres,
- continuación de su misión de salvación y liberación de los pobres,
- participación en su destino sacrificado hasta morir por los pobres.

Honrar a Cristo

En los primeros años de su encuentro con San Vicente, Cristo es para ella el Dios inmenso y la reacción es darle honor como al ser absoluto que trasciende la creación entera. Ella es poca cosa, es la nada. A lo largo de su vida, en los momentos en que la corriente nórdica o berulliana le salga de nuevo de la profundidad de su ser, usará la palabra honrar con la idea

reverencial de reconocer y admirar la grandeza o bondad de Dios. Recuerda el sentido medieval de vasallaje.

Otras veces la usa en sentido de imitar. Cristo no es tan sólo el Dios que merece adoración, es el camino que nos introduce en la divinidad. No puede ser una teoría conceptual; Cristo, como aparece en el Evangelio, expresa una realidad práctica. Por eso ella le da con frecuencia el sentido de confianza práctica para adquirir la pobreza, la dulzura, la humildad, la obediencia, el sufrimiento y a menudo el desprendimiento de las criaturas.

COMUNION CON SU VIDA

Jesús hombre, el Jesús del evangelio se presenta delante de ella con todo su mensaje de seguimiento e imitación. Y ella se lo presenta a las Hermanas en cartas y en conferencias, queriendo que en los Ejercicios se medite sobre la vida y muerte de nuestro Señor (c. 69). Asimila la postura de San Vicente ante Jesús de Nazaret y la medita en su corazón.

De esos momentos o estados de la vida de Jesús va asimilando todo lo que las Hijas de la Caridad deben continuar para ir «en seguimiento de Jesús» o «seguir las máximas del espíritu de Jesús» (c. 33, 106). Ella “ha resuelto decididamente seguirle, sin distinción alguna, llena de consuelo al sentirse tan feliz de ser aceptada por El para vivir toda la vida en su seguimiento» (E 22).

Unas veces con las partículas: como, tal que, ya *que* dijo..., nos presenta a Jesús obrando o hablando para que le sigan o le imiten. Lo presenta como un modelo o un maestro que nos enseña el camino. No considera a Jesús como un teólogo que habla de Dios, sino como un hombre-Dios que nos presenta su vida; cómo vive El. Delante de estos ejemplos e insinuaciones crece en ella el deseo de seguirlo. En las entrañas del seguimiento aparece con fuerza la idea de imitación. Quien sigue a Jesús debe imitar su vida, ser otro Jesús continuando su vida en la tierra. Y en ella van apareciendo el deseo de imitar, el *deber de* imitar, hasta que penetra con fuerza el sentimiento de «obligación *de* imitar la manera de vivir y de obrar de nuestro Señor» (E 23).

Imitación de Cristo

Al sentir la obligación quiere imitarlo. Repasa cada momento de la vida de Cristo y la ve como modelo para obrar en su vida, pues «todas las acciones del Hijo de Dios se hicieron para nuestro ejemplo e instrucción y principalmente su vida comprometida»; «su vida no fue nada más que un peregrinaje continuo que debe ser ejemplo del nuestro» (E 22,58). Desciende a detalles concretos, como destruir su orgullo. Machaconamente recalca la imitación de las famosas virtudes de humildad, sencillez y caridad, así como mansedumbre, tolerancia y cordialidad, y sobre todo el dominio de las pasiones. Y pide a las Hermanas Sirvientes que adviertan a las Hermanas «que hagan todas sus acciones a imitación de Cristo cuando estaba en la tierra».

Una imitación que no se reduce a una copia material y anacrónica de hacer únicamente lo que El hizo o de anunciar lo que predicó. Para Santa Luisa imitar a Cristo es asumir su vida de tal manera que nuestra vida sea una continuación de la suya: «Qué razonable sería que

aquellos a los que Dios llama al seguimiento de su Hijo intentaran hacerse perfectos como El, intentando que su vida sea una continuación de la suya» (c. 384).

Con palabras más sencillas repite lo mismo a Sor Juana de la Cruz, poco antes de morir: Sin una vida interior «las acciones exteriores, aunque sean para el servicio de los pobres, no pueden agradar a Dios ni merecemos recompensa, de no estar unidas a las de nuestro Señor» (c. 722).

En la imitación de Cristo se encuentra el sentido de una vida que fue al mismo tiempo acción y contemplación; penetrar en la contemplación para remediar las necesidades de los marginados de entonces.

Cristo no es un espejo donde ella aparece y desaparece según se acerque o se aleje, ni una pintura estática que quiere copiar en su alma como en un lienzo. A Cristo lo siente activo como si, al imitarle, se hiciera una transfusión de la vida de Cristo en la de ella. La vida de Jesús es un ideal que pretende realizar y un espíritu que da vida a su vida. Entre muchas hay dos frases que manifiestan este empeño:

- La Hija de la Caridad debe vivir «teniendo delante de los ojos nuestro modelo, que es la vida ejemplar de Jesucristo» (c. 267).

Ejemplar está tomado como un adjetivo superlativo, como lo mejor. La vida de Jesús es modelo ideal; es el ideal que atrae activamente. Influye en las personas para que acomoden su vida a la de ese modelo. La vida ejemplar de Jesucristo actúa como causa modélica, atrae, sostiene, anima e influye, pues el modelo es persona viviente.

La vida ejemplar de Cristo no es únicamente causa modélica. Jesucristo es el ejemplar que actúa eficazmente en nosotros y en nuestra vida. A una Hermana le escribe: «Nuestro Señor es la fuerza y el consuelo de usted y su ejemplo, coraje» (c. 375).

Es así como llega a la otra frase sacada en una meditación, después de ver que ha abusado de otros medios que Dios le ha dado para unirse con El, como en las criaturas y su misma voluntad: «El medio más poderosos que me ha sido dado para llegar a mi fin es su santísima humanidad, la cual quiere que sea, mediante su santa gracia, el único ejemplar de mi vida» (E 11).

Ejemplar está tomado como sustantivo. La igualdad ejemplar-humanidad es el sujeto activo de la imitación: es quien realiza el cambio de mentalidad y de voluntad en la persona que entra en el aprendizaje a discípula de Jesús. Pero no impone, la persona queda libre. Ella y sus hijas son libres para avanzar en la vida. Jesús no se impone anulando las personas. Les deja la creatividad para buscar caminos e inventar medios que renuevan la vida de los pobres en el reinado de Dios.

Hay que asimilar la vida de Cristo hasta hacer de ella el motor que actúe la vida entera, penetrando en la dinámica íntima del obrar de Cristo: su espíritu. Nos vaciamos de nosotros mismos y nos llenamos de su espíritu, de sus mismos sentimientos, actitudes e ideales, de sus virtudes, especialmente de la humildad, la sencillez y la caridad. Sólo

cuando, en una simbiosis perfecta, el Espíritu de Jesús sea nuestro espíritu podremos afirmar que seguimos a Cristo.

La Hija de la Caridad necesita pedírselo a Dios para «aprender los medios de practicar las sólidas virtudes que su santa humanidad practicó desde su venida», pues sólo si «tenemos su espíritu amaremos hacer lo que El hizo y nuestra vida estará unida a la suya por el mismo espíritu» (c. 359, 475, 554, 712). Día a día su pensamiento se va identificando más con el de San Vicente.

Espíritu de la Compañía:

Dios «da la fuerza y la generosidad a la Compañía de mantenerse en el primitivo espíritu que Jesús le dió a través del suyo y de sus santas máximas» (c. 719).

Santa Luisa ha sabido asimilar los temas vicencianos. Siente como suya la doctrina sobre el espíritu de las Hijas de la Caridad que serenamente le va brotando en cartas y en escritos. Como toda Hija de la Caridad asume el espíritu de Jesús para que anime su vida y su servicio, hasta exigir que toda joven que quiera servir a nuestro Señor en la persona de los pobres debe *querer* morir a ella misma «para *que el* espíritu de *Jesús se establezca* en ella» (c. 717). Pero ella, la Señorita, no explica el espíritu; es el Director y Padre quien debe hacerlo y lo hace". Ella anuncia sencillamente como una cosa muy saludable que «el espíritu de la Compañía es el espíritu de Nuestro Señor» (c. 114).

Son escasas las veces que Santa Luisa hace algún comentario sobre esta doctrina. Si alguna vez comenta algo lo hace rápidamente, pero con profundidad, poniendo su impronta de agudeza, como al afirmar a las Hermanas de Richelieu que «la mansedumbre, la cordialidad y la tolerancia deben ser el ejercicio de las Hijas de la Caridad, como la humildad, la sencillez y el amor a la humanidad santa de Jesucristo, que es la caridad perfecta, es el espíritu» (c. 420).

Ella está convencida de ser una transmisora fiel de la doctrina del fundador al escribir a Sor Matutina Guérin en enero de 1660.

«Le ruego, querida hermana, que ponga cuidado en leer nuestras apreciadas cartas, para recibir por este medio, el espíritu de Jesucristo, sin el cual todo lo que decimos y hacemos no es nada más que campanas que suenan» (c. 716).

Cristiana e Hija de la Caridad

Continuar viviendo la vida de Jesús tiene su raíz en el bautismo. Por él nos sumergimos en Cristo y quedamos empapados de su espíritu, de sus virtudes y de los dones del Espíritu Santo, pero como en reserva, con potencialidad que no se actualizará hasta no ser dueños de nuestra razón y de nuestra voluntad. Y todo como un regalo (c. 712).

De nuevo brota hasta la piel su vida de dolor que le empuja a meditar la relación entre bautismo y cruz: «Los que hemos sido bautizados en Jesucristo hemos sido bautizados en su

muerte». Tiene ideas audaces en esta oración: En el Bautismo Jesucristo nos da una nueva vida, siendo así nuestro Padre y nosotros sus hijos. Y como hijos tenemos que parecernos a nuestro Padre-Jesús. De Jesús-Padre lo que más admira es su amor por nosotros que le empuja a «expresarlo con una muerte anticipada». Por eso «bautizados en la muerte de Jesucristo, toda nuestra vida debe ser una muerte continua». «Fuera por ello vivir en delicias» (E 69, ver 4 y 58). También Bérulle llama Padre a Jesús, al igual que San Vicente.

El efecto completo del bautismo es el de hacernos cristianos. Toda construcción en la vida de Dios debe tener como cimientos el ser de cristiano. Santa Luisa lo sabe y se lo exige a ella y a las Hermanas. La esencia la Hija de la Caridad está sustentada por el ser de cristiana y deben serlo para ser Hija de la Caridad. Para «imitar a Cristo» deben vivir como «verdaderas cristianas», lo cual les exige «informarse cómo ha adquirido ese nombre» (E 58). La exigencia lleva hasta manifestar al mundo «dar señales de que se quiere serlo de verdad» (c. 500).

Sin querer expresarlo abiertamente Santa Luisa compara Hija de la Caridad con cristiana y de la comparación deduce que la Hija de la Caridad es algo más que una cristiana. La Hija de la Caridad pertenece a un grupo secular pero no es una simple cristiana. La secularidad de la Compañía consiste en que ni por Reglas, ni por Constituciones, ni por proyectos, ni por naturaleza, nada ni nadie puede poner impedimentos para servir a cualquier pobre, a cualquier hora y en cualquier lugar; a no ser por la prudencia o debido a otros obstáculos ajenos a la naturaleza de la Compañía.

No es por lo tanto simplemente una seglar cristiana. Este algo más que una cristiana es algo cualitativo y no cuantitativo: Dios la ha elegido para una misión especial y le exige un compromiso más radical. Y esto desde los comienzos. En el primer Reglamento, de primavera de 1634, Santa Luisa sabe que las «sirvientas de los pobres enfermos de las parroquias» formaban algo distinto que una cofradía de seglares (E 31, ver c. 14). A esas jóvenes se les exige «seguir a Cristo hasta la cruz y dejar todos los afectos de la tierra», desprenderse «de todo sin exceptuar nada». Exigencias que “puede dar miedo» (E 105). Seguramente lo escribió la santa en una contemplación arrebatada del puro amor, pero ciertamente para servir a los pobres en la Compañía se exige, además de vivir los consejos evangélicos de una forma radical, un compromiso total para siempre, una vida pobre, austera y desprendida:

«Verdaderas cristianas y perfectas Hijas de la Caridad» (c. 712).

«Así hay que vivir para ser cristiana. Con más razón para ser Hija de la Caridad» (c. 224).

«No sólo no seréis buenas Hijas de la Caridad, pero ni siquiera buenas cristianas» (c. 316).

«A la imitación de Cristo hemos sido llamadas, no solamente como cristianas, sino también por ser elegidas de Dios para servirle en la persona de los pobres» (c. 257).

UNION TRANSFORMANTE

Para vivir una imitación de Cristo tan profunda es necesario haber experimentado un gozo íntimo en lo hondo de su ser, y parece que Santa Luisa lo experimentó. Es el gozo que siente una esposa «al intentar conformarse a su esposo» (E 96, ver E 105). Se siente esposa de

Jesús no sólo en el sentido teológico que San Vicente dice a las Hermanas (III, c 980), ella vive toda la experiencia mística de Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

Entre él y Santa Luisa se realiza un intercambio del vivir: «Ya que Jesús hace propias nuestras necesidades, es razonable que nosotras sigamos e imitemos su santísima vida humana; pensamiento que me ha cogido con fuerza el espíritu y por él he resuelto seguirle enteramente sin ninguna distinción, y sintiendo consuelo de ser tan feliz al ser aceptada por El para vivir en su seguimiento toda la vida» (E 22).

Jesús acepta este intercambio de vida como entre los esposos: «El lunes en la santa comunión, de repente, sentí que se me advertía o que deseaba que nuestro Señor viniese a mí acompañado de sus virtudes para comunicármelas» (E 103).

Es un intercambio transformante en el sentido pleno de los últimos grados de la mística tradicional. En el momento en que recibe a Jesús en desposorio (5 de febrero de 1630) acepta soportar todas las dificultades que encontraría, recibéndolas como en comunidad de bienes», (E 16), al igual que en los matrimonios terrenos.

En este modo de vivir más que humano desea vivir la vida de Cristo hasta la cruz: «Yo te sigo -exclama en una explosión de puro amor- hasta el pie de tu cruz que yo elijo como mi claustro» (E 105).

Práctica del Puro Amor

En estos momentos la comunión con la vida de Cristo la ha transformado de tal manera que su vivir está empapado del más puro amor divino que puede darse en esta tierra. Y un día, hacia el final de su vida, leyendo a Jn. 12, 28-34, tuvo una oración mística que luego escribió para las Hermanas. Su título es «Práctica del Puro amor» (E 105).

El puro amor para ella es el final del seguimiento a Cristo, por eso ella, que tanto hablaba de la divinidad absoluta dirigió el puro amor, no al Dios inmenso, sino a Jesucristo crucificado. La unión sublime lleva a la Hija de la Caridad a transformarse en el Crucificado. Al vivir de este amor ya puede exclamar: «Vivamos, pues, como muertas en Jesucristo y, como tales, ninguna resistencia a Jesús, ninguna acción si no es por Jesús, ningún pensamiento más que en Jesús, en fin, no vivir nada más que para Jesús y para el prójimo, a fin de que en este amor que une, yo ame todo lo que ama Jesús, y que por este amor en su centro, que es el amor eterno de un Dios a sus criaturas, obtenga yo de su bondad las gracias que su misericordia me quiere dar» (E 69).

Voluntad de Dios

El seguimiento de Jesucristo se reduce a una sola decisión: Hacer la voluntad del Padre. Para esto y por esto vino el Verbo a la tierra, quien le siga necesita centrar la imitación en cumplir la voluntad del Padre.

CONTINUACION DE SU MISION

Este es el corazón, el todo del seguimiento para todo Cristiano y, por supuesto, para las Hijas de la Caridad. Toda la vida de Luisa de Marillac está presa de esta verdad. No se necesita escribir nada, ya está escrito en su vida y en su espiritualidad. De igual manera, todo lo expuesto aquí se dirige a la misión de servicio de las Hijas de la Caridad Sin esta continuación peculiar y específica de la Misión de Jesús desaparece la Compañía.

Jesús sufriente

A una mujer como Luisa de Marillac, con todo lo que supuso en su vida tantos años de sufrimientos, le fue fácil adentrarse en la pasión de Jesús. En sus cartas se lee la despedida soy en el amor de Jesucristo crucificado abundante en las épocas de mayor sufrimiento o dirigida a las personas que sufren; y escasa en las demás ocasiones que sustituye por el escueto soy en el amor de nuestro Señor, como en los últimos años.

En toda su correspondencia presenta a Jesús, la mayoría de las veces, sufriendo. Era su Cristo y el de las Hijas de la Caridad, frecuentemente enfermas muchas, cosa corriente en el siglo XVII. Era obligatorio participar en la cruz de Cristo, era además consuelo y esperanza, no sólo en las enfermedades, sino también viviendo en una Compañía que comenzaba con una naturaleza singular y que encontraba infinidad de obstáculos para ser aceptada como compañía, y para unas jóvenes de pueblos campesinos a quienes se les encargaban tareas no vistas hasta entonces en medio de grandes dificultades: «Participe en los dolores de Cristo, lleve su cruz, soporte como Cristo nos enseña, sufrir como Jesús, camino de Jesús, señal del amor», escribe continuamente a Hermanas enfermas o con responsabilidades: Isabel Martín, Magdalena, Bárbara Angiboust, Chétif, etc.

La muerte de Cristo entra en la concepción intelectual de la economía de la salvación, hasta comprender, como se ha visto en la primera parte, que la muerte de Cristo se encuentra en el centro de la teología. Con la muerte y resurrección de Cristo se cierra la Encarnación de Dios en la tierra, y completa su seguimiento.

Seguir a Jesucristo significa que el Espíritu de Jesús actúa nuestra vida hasta que sea una continuación de la suya, supone un estilo de vida semejante al de Jesús; seguir a Cristo exige una lucha por cambiar el mundo de los pobres y de los oprimidos, pero ante todo significa tomar parte activa en el destino inseguro y sacrificado de Jesús en bien de los pobres. Todo discípulo debe asumir ese destino peligroso. Luisa está convencida de ello y quiere que sea así, siente que es así; lo necesita para encontrar una explicación a su vida de dolor y vivir la paz.

No podemos exigir a Luisa otra mentalidad que la de su siglo. Partiendo de la experiencia terrena llega a Dios y ve que el designio divino decide que muchos hombres se unan a El a través de la cruz. Las ideas se pueden ordenar y hacer con ellas un sistema escalonado:

Hombres destinados al sufrimiento: Está convencida de que hay personas que nacen marcadas para el sufrimiento. Ella es una. En un papel destinado a San Vicente escribe la experiencia que tuvo de Dios en una oración contemplativa: «Las almas destinadas al sufrimiento tienen que amar mucho este estado y pensar que sin una asistencia particularísima de Dios no le pueden ser fieles» (E 19; c. 557, 587).

Hombres llamados a la vocación: Meditando la carta a los Efesios 3, 18, va completando esta convicción tan arraigada hacia una mayor exigencia para las personas a las que Dios llama a una vocación específica: «Principalmente las almas elegidas por Dios están destinadas particularísimamente al sufrimiento, y les es tan dulce y agradable que preferirían antes morir que no sufrir, pues amar y sufrir es una misma cosa para ellas» (E 57).

Hombres llamados a santificarse por el sufrimiento: Quiere inculcar a las Hermanas una unión santificante. «Hay almas a las que Dios quiere santificar por este camino» escribe a Sor Isabel; y a Sor María le dice que «es una marca de amor que nuestro Señor tiene por usted, habiéndola escogido para honrarte en sus sufrimientos» (c. 248, 587).

Destinada al sufrimiento: En medio de estas reflexiones, de nuevo se le hace presente su historia. La vida pasada le brilla hasta ofuscar todo el entorno e ilumina su persona. Se siente una mujer a la que Dios ha elegido para que participe en el destino final de Cristo hasta morir. Tomando las palabras de su boca, agradece a Dios que le diera a conocer «que su voluntad santa era que fuese a El, a través de la cruz; que su bondad quiso que la tuviese desde mi mismo nacimiento, no dejándome casi nunca, durante todos mis años, sin ocasión de padecer» (E 19)

Pero ya no le importa. La fe la ha liberado de la tierra y le hace superar el miedo. Vive a Cristo y Cristo vive en ella, como dice San Pablo. La imitación de Cristo ha llegado a su plenitud.

Sólo así tienen sentido frases explosivas que responden a una vida divina en lo hondo de la mujer santa: «Buscar a Cristo en el sepulcro, entre los sufrimientos y los dolores», «obligándome a escoger en vida a Jesús crucificado como modelo de vida», «sin muerte no hay resurrección», «amar y sufrir es una misma cosa» (E 14, 33, 34).

La esperanza cristiana

Luisa de Marillac es un ser humano sensible al sufrimiento y que huye del dolor. Su fe la embelesa con seguir e imitar a Jesús crucificado, pero a su razón le asusta la cruz, y brota en ella, como en Jesús del huerto y de la crucifixión, una crisis dura entre la fe y la razón, resuelta con la esperanza cristiana. La alegría es, sobre todo, cristianismo de resurrección.

La esperanza cristiana la lleva a dar la única respuesta válida al sufrimiento en los seres humanos. Al seguir a Jesucristo encuentra en el amor de la crucifixión la única esperanza. Pero ella no cayó en un fatalismo de inactividad o en la angustia del miedo o en una rebeldía amarga o en la venganza. Hay fragmentos en los que leemos cómo la esperanza la enseñó a perdonar, a amar y a luchar por salir de la negrura, y cómo la iluminó para que comprendiera que el sufrimiento no lo envía Dios, lo permite. El dolor es inherente en la actualidad al hombre por ser creado, contingente y relativo; brota frecuentemente de la misión que Dios confía a un hombre. Más aún, y esto lo sabía bien ella por la realidad cotidiana, es la misma vida la que nos causa la mayoría de los males, que sólo encuentran explicación en el amor que Dios nos tiene y que llegó hasta entregar a su Hijo a una muerte de cruz (Jn. 3, 16; Ro. 5, 8)

La esperanza cristiana fue quien la sacó de la angustia, cuando acudía a San Vicente para que le solucionase los problemas o la aliviase de sus penas, ya que no tenía «otra esperanza de socorro o de consuelo, sino en él». Como un lamento doloroso exclamó en una postdata: «Yo no puedo tener ayuda de nadie en este mundo ni apenas nunca la he tenido, a no ser de su caridad» (c. 122). La esperanza es contagiosa y se la infundía a las Hermanas, diciéndoles que ella ha sufrido todas las penas y que se las cuenten para quedar aliviadas o, al menos, que se las cuenten al director. Sobre todo que se las cuenten a Dios «para que las penas se cambien en consuelos».

Los remedios sobrenaturales y psicológicos los apoyaba en soluciones físicas. Conoce fármacos y se interesa por remedios médicos: le gustaba la sanidad. Buscó y dio recursos para curar enfermedades o aliviar las estrecheces de los niños abandonados durante la Frontera. Las mismas Hijas de la Caridad son un socorro viviente y lleno de esperanza para los pobres. A pesar de todos los sufrimientos Luisa no era pesimista; vivía la alegría de la resurrección. Vivió la alegría y la paz que da la libertad de aceptar y ser aceptada. Se sentía «dichosa al ser aceptada por El para vivir toda la vida en su seguimiento» (E 37). Se podrían citar muchos párrafos como el que escribió a dos Hermanas destinadas en Nantes: «Les ruego que pongan atención y piensen que para agradar a Dios no es necesario sentir siempre gozo y consuelo, ya que el Hijo de Dios realizó la obra de salvación de todo el mundo por medio de tristezas y dolores, y es muy razonable que si nosotros queremos tener parte en sus méritos nos elevemos a aceptar los sufrimientos» (C. 667).

María elegida por Dios Eterno

Presencia de María en la vida de Luisa

Como todos y como siempre Luisa de Marillac es hija de su tiempo. Su devoción a María, por lo tanto, es un reflejo de la devoción mariana en el siglo XVII, vivida dentro de su personalidad, según una espiritualidad propia y diversificada a veces por las necesidades que se le presentaban.

El ambiente francés del siglo XVII favorece el desarrollo de la devoción a María. Desde San Bernardo, y por influjo de las cruzadas, que traen a primer plano la humanidad de Cristo, se extiende por Europa la devoción a María, Madre de Jesús. Toda la Edad Media se va llenando de santuarios marianos, y el pueblo, sensible a la Señora, participa en peregrinaciones y rezos.

Al comenzar el siglo XVII, el movimiento mariano se consolida en Francia. Especialmente Bérulle y su escuela, así como San Francisco de Sales, profundizan en la mariología publicando escritos de verdadera teología mariana.

Desde la corte se fomenta la devoción a María. El 10 de febrero de 1638, Luis XIII, animado por Richelieu, consagra a María el reino de Francia. Ana de Austria nombra en 1644 al H. Fiacrio representante suyo con encargo de peregrinar de

María elegida por Dios Eterno

Presencia de María en la vida de Luisa

Como todos y como siempre Luisa de Marillac es hija de su tiempo. Su devoción a María, por lo tanto, es un reflejo de la devoción mariana en el siglo XVII, vivida dentro de su personalidad, según una espiritualidad propia y diversificada a veces por las necesidades que se le presentaban.

El ambiente francés del siglo XVII favorece el desarrollo de la devoción a María. Desde San Bernardo, y por influjo de las cruzadas, que traen a primer plano la humanidad de Cristo, se extiende por Europa la devoción a María, Madre de Jesús. Toda la Edad Media se va llenando de santuarios marianos, y el pueblo, sensible a la Señora, participa en peregrinaciones y rezos.

Al comenzar el siglo XVII, el movimiento mariano se consolida en Francia. Especialmente Bérulle y su escuela, así como San Francisco de Sales, profundizan en la mariología publicando escritos de verdadera teología mariana.

Desde la corte se fomenta la devoción a María. El 10 de febrero de 1638, Luis XIII, animado por Richelieu, consagra a María el reino de Francia. Ana de Austria nombra en 1644 al H. Fiaccio representante suyo con encargo de peregrinar de tiempo en tiempo a los principales santuarios: Nôtre Dame de Grâce, Chartres, Loreto...

En el pueblo encontramos dos mentalidades y hasta dos formas de vivir el culto a María. Una, popular, sensible, con una teología simple de peregrinaciones, de imágenes, cuadros, flores y rezos; otra, de personas instruidas, que llamaríamos seria y hasta crítica. Dejamos al margen la crítica extremista de los jansenistas, dirigidos por Pascal, y de los amigos de los hugonotes.

Santa Luisa siente como un desdoblamiento de mujer culta. Su mentalidad es avanzada, devotamente crítica, debido a la dirección de San Vicente, pero su devoción práctica es popular.

Santa Luisa siente la devoción a María, pero no es el eje de su espiritualidad. En una mirada rápida a sus escritos sentimos que esa devoción no es algo que la arrebate, como es la divinidad o Jesús; tampoco es el objetivo central de la evangelización de los pobres. Su todo es Dios o la imitación de Cristo. Ni siquiera la presenta frecuentemente para imitarla o venerarla. Pero tampoco la considera insignificante. Es devota de sus misterios, la ama, le reza y hasta analiza su realidad y le compone oraciones.

En las cartas aparece María de paso y pocas veces. Pero hay un momento -peregrinación a Chartres- en que su amor a María estalla en una llamarada. Nos conmueve al leerlo. Allí están las tres preocupaciones que oprimieron su vida: Su hijo, la Compañía y el pecado-muerte. Y las tres se las presenta a la Señora de Chartres.

Las meditaciones de Gobillon sobre la infancia de Jesús en María y junto a María las dejamos por dudosas. Y aún ahí el centro es Jesús y María su acompañante.

Algunas frases de sus ejercicios espirituales rezuman cariño mariano.

Los autógrafos expresamente escritos sobre María -oraciones y meditaciones- nos descubren a una mujer que profundizó los misterios marianos y amó con fuerza a María. Son páginas admirables, pocas, pero que nunca le agradeceremos lo suficiente el haberlas escrito.

MARIA EN EL DECRETO ETERNO DE DIOS

Santa Luisa contempla un hecho extraordinario, sucedido en la eternidad, pero proyectado al mundo: El Dios inmenso, eterno y omnipotente, decide venir a la tierra y hacerse hombre.

Esta decisión es para ella el centro de la humanidad. Todo el mundo gira sobre este hecho, y todos los hombres viven envueltos en la realidad de esa decisión eterna.

Se pone como espectadora delante de este acontecimiento único en la existencia del mundo, penetrando en los personajes: Dios trino, el Hijo y la mujer que se necesita para realizar este misterio, María. Como una prolongación necesaria en el destino de la creación, Luisa no solamente acepta a María, sino que la asume con todo el cariño de una hija y lo escribe en papeles, sin que sepamos muchas veces para qué.

El misterio de la Encarnación se realiza en tres fases:

Primera, la decisión de que el Verbo se encarnara y la elección de María para Madre. Todo en la eternidad y en un mismo decreto.

Segunda, el descubrimiento de ese decreto al primer hombre que pecó y la promesa de realizarlo.

Tercera, su realización en el tiempo: Jesucristo hombre y María su madre.

Santa Luisa recalca la decisión eterna acaso más que la realización. No sabría decir si Luisa, buena lectora, sigue la escuela scotista sobre el motivo de la Encarnación, interpretando a San Pablo en Col 1, 15-18: Que el Verbo se habría encarnado aunque el hombre no hubiese pecado, ya que el plan divino era que Cristo debe ser el primogénito de toda criatura. Seguramente es una doctrina que había escuchado de joven en el convento de los franciscanos de la calle de SaintHonoré, cuando se dirigía con ellos.

Esa idea la expresa entreteniéndose con el tiempo: «Mi espíritu se ha acordado de un pensamiento que tuvo: Que el plan de la Trinidad Santa era, desde la creación del hombre, que el Verbo se encarnase para hacerle llegar a la excelencia del ser que Dios le quería dar mediante la unión eterna que quería tener con él, pues era la más admirable de las operaciones exteriores» (E 98).

Pensamiento expresado de una forma apretada. Con él indica que el único o el principal motivo de la encarnación es el deseo divino de unir la humanidad con la divinidad. Ciertamente otras veces manifiesta que el verbo se encarnó para redimir a los hombres.

María pertenece, gracias a esa elección eterna, a la sustancia de la encarnación y a la economía de la redención. María no puede separarse ya de Jesús ni Jesús de su Madre. Es una idea común a los grandes espirituales franceses del siglo XVII. Bérulle la escribe en la *Vida de Jesús*; Olier, en la *Vida interior de la Santísima Virgen*, y frecuentemente se lee en los escritos de San Juan Eudes. Pero Santa Luisa le da una profundidad más divina. Ellos ponen la raíz en la encarnación; Luisa de Marillac en el decreto dado en el seno de la Trinidad, pues «la Virgen Santa fue elegida para estar estrechísimamente unida a la divinidad» (E 106).

Es corriente en Santa Luisa mirar el decreto eterno que se realiza en el tiempo e influye en nuestras vidas. Parece sacado de la experiencia de su persona. Dios tiene ya decidido, cuando nace, lo que pretende de ella, y ella sólo tiene que colaborar en la realización. Sabe que Dios *quiere que vaya a El a través de la cruz*. Es un convencimiento y una doctrina que inculca a las Hermanas. Así es Santa Luisa, y lo aplicará a la Virgen María.

Hoy nos suena duro, casi como si todo estuviera decidido, determinado. Pero ella vive en el siglo XVII, en una sociedad en que las clases sociales son inamovibles en sus estructuras.

Sociedad de cemento, en la que los hombres viven obligados a aceptarla.

En esta sociedad, ella y los hombres viven una espiritualidad del cumplimiento de la voluntad de Dios.

Dinámica de la vida

El decreto, la voluntad de Dios, es como una dinámica en su vida mariana. Es la fuerza que la empuja a alabar a Dios y a entregarse a María: «Santísima Virgen, recibe mis deseos y mis oraciones con mi corazón, que te doy todo entero para glorificar a Dios por la elección que su bondad hizo de ti para ser Madre de su Hijo» (E 5)

Cuando siente una angustia horrible a causa de sus pecados, reza impulsada por ese pensamiento: “Padre eterno, te pido misericordia por el designio que tuviste desde toda la eternidad, de la encarnación de tu Hijo. Y por tus méritos, Salvador mío, dame esta gracia por el amor que tuviste, a la Santísima Virgen» (E 98) Cuando, espantada, mira los destrozos que la impureza puede hacer en la Compañía, se fija en ese designio y escribe a Vicente de Paúl: «Le suplico, por amor de Dios, mi muy Honorable Padre, y para cumplimiento de su santa voluntad sobre la Compañía, pida perdón a nuestro Señor, por amor a la elección que hizo de su Santísima Madre, por todas las faltas contra la pureza exterior e interior» (c. 702)

Cuando «toda su vida, en el tiempo y en la eternidad, quiere honrar y amar a María... agradece a la Santa Trinidad la elección que hizo de María» (E 106).

GRANDEZA Y PRERROGATIVAS DE MARIA

De aquí ya todo es sencillo. Todo se sucede suavemente, como un hilo de seda que va desprendiéndose del capullo. El designio divino lleva a Luisa a engrandecer a María, pues «fue la única criatura pura que siempre ha sido agradable a Dios; lo que asombra a toda la corte celestial y admira a todos los hombres». «Por eso será eternamente gloriosa esta alma bella, elegida entre millones, por la adhesión que tuvo a los planes de Dios» (E 106 y 5).

A veces Luisa parece decir que la Virgen no fue elegida, sino hecha expresamente para ser Madre de Dios. En frase berulliana, la considera «la obra maestra de, la Omnipotencia en la naturaleza puramente humana» (E 106). La contempla en lo más alto de la creación, casi en el umbral de la divinidad. María es el único ser creado -a excepción de Jesús- que se acerca tanto a la divinidad. Escogiendo palabra a palabra, con una audacia inocente, nos asombra con estas frases: «María fue el único ser hecho capaz por el mismo Dios, de una manera extraordinaria, de gozar de la plenitud de la divinidad... Y será en el cielo para los bienaventurados gloria accidental, como Dios es la gloria esencial» (E 5).

Que Luisa ponga, acaso sin pretenderlo ni saberlo, el decreto eterno como principio de mariología es exagerado. Primero, porque Luisa no escribe una mariología; segundo, porque para todos los teólogos del siglo XVII, y aún para San Vicente, el ser Madre de Dios es la raíz de todas las prerrogativas de María.

Con todo, Luisa de Marillac concluye que María tuvo virtudes heroicas, que fue Inmaculada y Madre de la Gracia porque fue elegida. Y todo en justicia una vez hecha la elección.

Inmaculada Concepción

No debe extrañarnos que Luisa escribiera sobre la Concepción inmaculada de María. La Iglesia había dado dos pasos decisivos sobre esta doctrina. El Concilio de Trento (1545-1563), en el decreto sobre el pecado original, «declara que no es su intención incluir en este decreto a la Inmaculada Virgen María». El Papa San Pío V condena en 1568 el error de Bayo, que afirmaba que María estuvo sujeta al pecado original, e introduce la fiesta de la Inmaculada Concepción en el Breviario romano.

Pero sí nos sorprende la forma solemne de introducirnos en el Misterio: Invoca a Dios para «que pueda escribir enteramente los pensamientos». El origen de los pensamientos es Dios, pues ha sido «su bondad quien le ha hecho la gracia de tenerlos». El lugar ha sido la oración. El resultado de la oración ha sido «un conocimiento verdadero de los méritos de María y el honor que ella (Luisa) le debe dar y el deseo de dárselo». El fin, que ese conocimiento y deseo «no se aparten nunca de su corazón» (E 106).

Santa Luisa lo escribe en un lenguaje prieto. Cada palabra encierra una idea, creando un estilo duro, difícil, oscuro. Piensa mucho antes de escoger cada palabra. Ella se daba cuenta, como podemos verlo en un borrador que se encuentra en París. Escribe: «Si mi dificultad para comunicarme y pedir consejo no me pone en peligro de perderme; lo que

me impide hacerlo es, me parece, el no poder encontrar las palabras apropiadas a lo que siento o quiero decir» (E 65).

Como es frecuente en Santa Luisa, comienza la oración pasando del tiempo a la eternidad, a esa época antes de crearse el tiempo, para examinar las decisiones divinas.

En otra meditación (E 85) había analizado exquisitamente los tres tiempos de la Encarnación: Decisión trinitaria, promesa de un salvador tan pronto como pecó nuestro primer padre, y la realización de la promesa. Agudamente profundiza que la promesa, por ser de Dios, tiene ya su efecto desde el momento de hacerla; el *designio* de Dios parece como ejecutado: «Y aunque no abolió enteramente el pecado a causa de la libertad que Dios había dado al hombre, le cambió su efecto convirtiéndolo en personal..., y así la naturaleza no podía ya en general participar en la falta de un particular a causa de la persona de un Dios que formaba parte de aquélla».

Ahora se ve que «al mismo tiempo Dios aplica el designio de la encarnación de su Hijo a la materia que debía formar el cuerpo virginal de María».

Bella precisión: Materia antes de ser engendrada como verdadera hija de Adán. De esta materia se hará el cuerpo de María sin tara de pecado original.

Durante toda la meditación acepta la distinción de cuerpo y alma, y pone en el cuerpo la realidad del pecado original. El razonamiento es sencillo: «Porque en él se tenía que formar el divino cuerpo del Hijo de Dios, que no hubiera podido satisfacer con su muerte a la divina justicia si hubiera participado del pecado original» (E 106).

Nos da la sensación de que para Luisa de Marillac la materialidad corporal es la señal y la realidad de la pertenencia a la estirpe de Adán; como si, a través de la sangre contaminada, se transmitiera el pecado original.

Años antes había orado: «Presentad a la justicia divina los puros pechos que le han dado la sangre sagrada derramada en la muerte de vuestro Hijo para nuestra redención» (E 5).
Con el cuerpo y con el alma que Dios ha creado, nace María.

Lógicamente, por una consecuencia natural deduce unas mejoras, una superioridad de María sobre todos los humanos, clásicas en la teología católica: Aumento continuo de la gracia y enriquecimiento de los méritos de Cristo; inmunidad de la concupiscencia, obrando siempre con agrado de Dios; iluminación de su entendimiento y robustecimiento de la voluntad.

Y lógicamente María se convierte en el testimonio que «hace conocer y adorar todo el poder de Dios que hizo en ella la gracia de dominar totalmente la naturaleza».

Madre de la gracia

Otra consecuencia de la elección de María es la mediación. Es Madre de gracia y de misericordia. Como todos los grandes temas, lo ha desarrollado en la oración; después lo

ha escrito. Y también, como todas las realidades de María, parten de Cristo. Raíz común de la escuela berulliana. Los dos, Cristo y María, están tan íntimamente unidos que es imposible separarlos.

En la Inmaculada parte de la decisión eterna en el seno trinitario; para la meditación se retira al Nacimiento de Jesús, a la cuna. Pero para ella es la fase final de la elección divina.

Al considerar este misterio de Dios que nace, contempla el comienzo de una nueva época en la historia de la salvación: La época de la Ley de gracia anulando la Ley de pecado.

Se conmueve y agradece a Dios el *haberla hecho* nacer después de este tiempo sagrado de gracia que produce continuamente gozo y alegría en los corazones.

Han pasado los años aquellos en que se sentía encerrada en los escrúpulos, en la angustia, en el temor, en el miedo a la condenación. Ahora son años más tranquilos. Ayudada por San Vicente, ha encontrado al Dios del amor y de la paz en la oración. Ahora es alegre, siente gozo.

También en esta meditación emplea Santa Luisa un estilo conciso; en pocas palabras agrupa ideas y razones en las que a veces nos es difícil ver la relación. Hay que leerlo atentamente para gustar su pensamiento. Su pensamiento va lejos, más de prisa que las palabras, dando saltos pero sin dejar nada sin razonar (E 56).

En pocas líneas nos explica por qué María es Madre de Gracia y de misericordia: «No sin razón la santa Iglesia la llama Madre de Misericordia. Y lo es porque es Madre de gracia. Os veo, purísima Virgen, Madre de gracia porque no sólo habéis dado la materia para formar el sagrado cuerpo de vuestro Hijo -pues por entonces aún no erais madre-, sino que le habéis introducido en el mundo».

Este Hijo, desde su nacimiento, trae al mundo una nueva ley que lleva vida eterna. De ahí que María sea «Madre de la ley de gracia, pues es Madre de la misma gracia».

La consecuencia es inesperada: María es superior a Moisés, y «si el pueblo de Israel honraba tanto a Moisés, por el cual recibía la manifestación de la voluntad de Dios, ¡qué amor y servicio no debiera daros por haber traído al mundo vos misma al Dios de la Ley de gracia».

La elección de María tiene una proyección hacia los hombres. La Iglesia lo admite y le da el título de Madre mediadora entre Jesús y los hombres. Mas debemos creer que Dios no quiere nada más «que seamos ayudados por la Santa Virgen en todas nuestras necesidades, siendo, me parece, imposible que la bondad de Dios le niegue nada, porque como su divina y amorosa mirada jamás se ha separado de ella, que continuamente es según su corazón, debemos creer que su voluntad está siempre dispuesta a concederle lo que le pida, ya que tampoco ella nunca le pide nada que no sea para su gloria y nuestro bien» (E 106).

SU DEVOCION POPULAR

En todo lo expuesto hasta aquí aparece Santa Luisa como una mujer formada en teología, con una piedad que nos resulta más intelectual que afectiva. Sin embargo, su vida experimentaba todo el peso de la devoción popular. Los grandes problemas de su vida se los presenta a María como todas las devotas de su tiempo. Concretamente se los presenta en Chartres, a donde va en una mezcla de peregrinación y ejercicios espirituales (c. 120, 121).

El hijo Miguel

«La devoción del domingo, en la capilla de la Santa Virgen, fue por las necesidades de mi hijo.» Así de conciso lo escribe. Nos parece una cosa corriente, natural, pero nos es conocida la vida azarosa de Miguel Le Gras y los disgustos que dio a su madre. Solamente mes y medio más tarde desapareció de casa, y Luisa, angustiada, escribe a San Vicente: «En este mundo no puedo obtener ayuda de nadie, y apenas la he tenido nunca si no es de su caridad (de San Vicente)» (c. 122).

No es extraño, por lo tanto, que acuda a María en peregrinación, con rezos, y que ofrezca, como cualquier mujer, un cuadro de la Virgen para adornar un altar de la iglesia de San Lázaro, «pues soy tan desgraciada que el delito ha salido de una de las casas de V. por medio de este hijo mío», le escribe a San Vicente (c. 143). Para hacer el cuadro ha vendido algunas sortijas que le quedaban.

La Compañía

«El lunes, día de la dedicación de la iglesia de Chartres, fue el día de ofrecer a Dios los designios de la Providencia sobre la Compañía de las Hijas de la Caridad». Lo que ella pide aparentemente es la pureza para las Hermanas y la unión para la comunidad. Pero en el fondo es la estabilidad de la Compañía.

Le aterran «todas las faltas contra la pureza interior y exterior», pero es por el miedo a que «no se cumpla su voluntad sobre la Compañía» (c. 702).

Angustiosamente llama la atención de San Vicente sobre «la impureza, que es un crimen que destruirá totalmente la Compañía». Es una llamada en un momento importante para la existencia de la Compañía. En una carta a San Vicente, muy pensada y muy convencida, analiza lo bueno y lo malo de las Hermanas en orden a la supervivencia de la Compañía (c. 394). Porque ella está convencida que hay peligro de condenarse «si a los pobres abandonados se les quitan las Hermanas» (c. 14).

La destrucción comienza por la impureza. Para lograr la pureza a través de la intercesión de María no tiene reparos en introducirse en una devoción popular; formula oraciones y crea una devoción como lo harían muchas mujeres del pueblo: El rosario pequeño de nueve cuentas para honrar los nueve meses que Cristo pasó en el seno de su Madre, y le escribe papelitos a María y lo fomenta entre las Hermanas (c. 143).

Santa Luisa no percibe el desdoblamiento de su alma entre una devoción culta y otra popular. A veces las mezcla en momentos de gran oración. Aparece en uno de los relatos de sus experiencias religiosas. Nos cuenta cómo estando en la iglesia de San Lázaro, en la octava del Corpus, oró -devoción digna de cualquier cristiano comprometido- que «por la unión amorosa del Verbo a la naturaleza humana, que ellos y nosotras (Padres y Hermanas) le estuviéramos eternamente unidos y siempre unidos a la jerarquía apostólica y romana por una sólida unión de todo el cuerpo de la Comunidad a los pobres, como lo quiere Dios» (E 23).

Y renueva -devoción de sabor popular- la promesa de dar un cuadro a Chartres, otro a San Lázaro y una imagen de madera a San Lorenzo, en su casa. Y lo cumplió y al cuadro de San Lázaro le puso un rosario de perlas, y a la imagen, el rosario pequeño de nueve cuentas. Todo es para María y todo para obtener la pureza para las dos congregaciones.

San Vicente se preocupó de que la devoción a María no degenerase en superstición. Un día la ordenó que abandonase la devoción del pequeño rosario. Luisa obedeció, aunque con dolor (c. 360).

Ella misma

«Y para mí en particular, he puesto en las manos de la Santa Virgen la resolución, como está en el escrito entregado a mi muy honorable Padre espiritual, de cumplir el deseo de hacer las prácticas de disponerme para la muerte».

Luisa de Marillac no tenía miedo a morir, pero temía a la muerte. No le daba miedo morir, porque no estaba atada a nada en este mundo y estaba fascinada por el cumplimiento de la voluntad de Dios. Pero sí le aterraba la muerte, porque el complejo de culpabilidad la cargaba con todos los pecados de su hijo y de las Hijas de la Caridad. Ella era culpable ante Dios por omisión y pereza. ¡Cuánto se esforzó Vicente de Paúl por cambiarla esta mentalidad! Le aterraba la muerte, porque veía que la Compañía no estaba todavía bien afianzada y temía dejarlo todo mal hilvanado'. Le daba miedo solo el pensar que no había colaborado al plan eterno de Dios sobre ella y no había cumplido la misión que Dios le había encomendado.

Su persona, desde su nacimiento hasta su muerte, es el personaje más importante en su vida y en su biografía.

María Madre de la Compañía

Luisa de Marillac sabía que María es la Madre de todos los hombres y, por lo tanto, de cada una de las Hijas de la Caridad. Ella la nombra también Madre de la Compañía. Varias veces lo dice; basta una cita:

«Domingo (Diciembre de 1658). Mi muy honorable Padre: No me he atrevido a manifestar a toda la Compañía de las Hermanas, dichosas si mañana en el santo altar nos pusiera bajo la protección de la Santa Virgen, ni suplicar a su santidad que nos obtenga la gracia de que podamos reconocerla siempre por nuestra única Madre, ya

que su Hijo no ha permitido hasta el presente que ni una usurpara este nombre en un acto público» (c. 662). Era la víspera de la Inmaculada Concepción.

No creo que Luisa pretendiera dar a esa frase un sentido teológico semejante al que hoy puede darse al título de Madre de la Iglesia. En aquella época era difícil sacar del momento de la Encarnación una teoría sobre una concepción eclesial de María; ni de la entrega de la humanidad a María en la crucifixión, una entrega de la Iglesia; ni de la presencia de María en Pentecostés deducir la andadura de la Iglesia bajo la mirada de María. Era mucha dificultad para Luisa del siglo XVII.

Para Luisa, que no conoció a su Madre y acudía a la Virgen como a su Madre, esa y otras frases tan solo querían señalar que María cuidaba de la Compañía y de las Hermanas con amor maternal. María cuida atentamente de la Compañía mejor que todas las Hermanas Sirvientes. Por ello, nadie debe llevar ese nombre. Era, además, acertada la propuesta porque reverenda madre era el título de las superiores en los conventos de clausura (c. 112). Tomar a María como «única y verdadera Madre», significaba que cada Hija de la Caridad la tenía como Madre y se ponía bajo su amparo, como verdadera hija (c. 281). Claramente se deduce del Testamento espiritual; una de las últimas recomendaciones que dejó a sus Hermanas: «Pedid mucho a la Santa Virgen que sea vuestra única Madre».

EL ESPÍRITU SANTO

Pentecostés

Pentecostés es una fecha que puntualmente se repite en la vida interna de Santa Luisa de Marillac. Comenzó en 1623, el 4 de junio. Ese día acabó una Noche de purificación mística que duraba dos años, y Dios le clarificó su destino: le comunicó el encuentro con un nuevo director. Vicente de Paúl, y le reveló un nuevo estado de vida, diferente del religioso y del seglar; pero sobre todo -y en este momento era lo más importante para ella- la tranquilizó en sus angustias. Da la sensación de que, de inmediato, esto fue lo único que quedó grabado en su alma, porque era una herida sangrante. Nos causa extrañeza que Luisa no lo considerara una gracia del Espíritu Santo. Extraña más aún que en los autógrafos de esos años, que de una forma más vivencial pueden mostrarnos su vida interior, nada diga de esa Noche ni señale la gracia: El Acto de Protesta, la Oración a la Virgen, el Reglamento de vida y la primera carta; todos escritos en los cinco años siguientes, no dejan traslucir la más pequeña huella que indique una devoción singular al Espíritu Santo. La presencia del Espíritu Santo en su primera espiritualidad es de paso, su vida es el abandono en Dios. Años después, por influjo de San Vicente, se mezclará con la imitación de Jesucristo.

La gracia que recibió aquel día parece olvidada rápidamente y no volverá a recordarla en sus escritos hasta los años que van de 1642 a 1645. Nada escribe sobre ella en los Ejercicios de 1628 v 1631 (E 10, 23). En los Ejercicios de 1632 -sobre la vida de Jesús- tiene que meditar el misterio de la Ascensión; qué menos que «perseverar en la espera del Espíritu Santo», pues desconoce «el momento de su venida», pero «para abandonarse enteramente» en Dios y

«renunciar voluntariamente a todo para seguirle» (a Jesús) (E 22). Hasta 1642 ¡diecinueve años después! no aparece el Espíritu Santo a pesar de escribir una carta la víspera de Pentecostés de 1640 (E 33).

La víspera de Pentecostés de 1642 sucedió un accidente que la marcó profundamente: el suelo de una sala se desplomó segundos después de salir Santa Luisa. Allí se iban a reunir señoras de las Caridades pertenecientes a lo más alto de la sociedad. Haberse suprimido la reunión fue una gracia que impidió muchas muertes; según San Vicente, y le impresionó tanto que, emocionado, mandó a Misioneros e Hijas de la Caridad que diesen gracias a Dios. Pero hasta tres años después Luisa no interpretó por escrito el significado que guardaba para ella la fiesta de Pentecostés.

La caída del suelo fue un revulsivo que introdujo la fiesta de Pentecostés en su vida espiritual. Pentecostés sí fue una parte de su espiritualidad. Es una fiesta inolvidable, pero no expresamente por la acción del Espíritu Santo, sino «por todas las gracias señaladas que Dios ha hecho a su Iglesia»: «Dios dio a Moisés la ley escrita y a la Iglesia su ley de amor»; sobre todo -y es la primera vez que lo podemos leer- porque puso, escribe, «en mi corazón una ley (su santo amor) que nunca ha salido de él, a pesar de todas mis maldades», «hace ya 22 años, y que me ha hecho tan feliz por ser de El en la manera que sabe su caridad»; «siento en mi corazón no sé qué disposición que me parece que me quiere atar a Dios más fuertemente». Todo esto se lo escribe a San Vicente; nombra a Dios, pero no al Espíritu Santo de una forma expresa'. Y así hasta 1652 o, ciertamente, hasta 1655.

Hacia 1652 Luisa va acomodando conscientemente al Espíritu Santo en su espiritualidad, y va a marcar un camino durante la espera de su venida: desprenderse de todos los afectos terrenos, como una preparación para recibirle. Prepararse a recibirle fue una preocupación constante, por lo menos desde 1655. En los cinco últimos años de su vida, su espiritualidad se hizo tremendamente personal. Es una espiritualidad tejida con convicciones de su juventud y con doctrina y emociones vicencianas. En un panorama espiritual de acción y mística se mezclan perfectamente los tres temas básicos: Voluntad de Dios, seguimiento de Jesucristo e influjo del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo

Luisa sintió muy a menudo la fuerza y la presencia del Espíritu Santo en la oración contemplativa y en el servicio de los pobres. Como aquel día, camino de Asnières, en diciembre de 1629 (E 16). Pero nos asombra que una mujer contemplativa no se lo atribuya expresamente al Espíritu Santo, sino a la divinidad, cuando la mística es obra directa del Espíritu Santo.

Enamorada como estaba de Dios, indagaba la menor indicación del Espíritu Santo para cumplir su voluntad, y se inquietaba cuando no la descubría. Siempre que meditaba el misterio de la Ascensión, llegaba a la certeza de la ignorancia que tenía sobre el momento de la venida del Espíritu Santo. Tenía miedo que llegara de improviso y no se diera cuenta para abrirle y pasara de largo. Este era un gran problema para Luisa. Es la espera. Cada día, cada instante es una espera del Espíritu Santo «aunque no sepa el

momento de su venida, aceptando esta ignorancia y la de los caminos por los que Dios quiere que le sirva» (E 22).

La espera requiere una preparación que comprende:

- una espera continua y atenta, como María y los apóstoles, - una espera constante y tranquila, sin angustias,
- un abandono total en Dios.
- ponerse en estado de no resistencia. (E 22, 14, 87, 98).

En los últimos años de su vida anidaron con fuerza los dos últimos puntos: el abandono y la no resistencia. Era como una deuda que tenía dentro del alma y no la dejaba vivir si no la declaraba; una deuda contraída con el Espíritu Santo que tanto la había regalado y tenía que agradecerse.

Resistir al Espíritu Santo

Luisa se detuvo un día a redactar cómo debían prepararse, durante el tiempo de la espera, «las almas pobres y deseosas de servir a Dios». Más que hablar del Espíritu Santo le preocupaban las disposiciones necesarias a su alma para que el Espíritu Santo la pusiese «en disposición conveniente para hacer la santa voluntad de Dios, que debe ser su único deseo». Luisa resumió todas las disposiciones a una sola: No poner resistencia al Espíritu Santo; y observó en la no resistencia tres puntos:

- Estar dispuesta a obedecerle,
- reconocerse verdaderamente pobre, impotente y necesitada,
- estar «enteramente despegada de toda criatura y de Dios mismo, en cuanto a los sentidos», desprenderse hasta de «la presencia visible de Jesús».

Como se lo habían enseñado sus directores de la escuela abstracta y el mismo Vicente de Paúl y como lo había leído, Luisa se entregó a un desprendimiento absoluto de toda criatura para unirse al Espíritu divino por la cruda fe, sin emplear los sentidos. Así, en una «desnudez» total el «ardor del amor consumirá los impedimentos a las operaciones divinas... y dará fuerza para obrar por encima de la potencia humana». Es lo que llaman los escritores espirituales *operaciones sobrehumanas*, experimentadas siempre por el místico. También Luisa lo había sentido con cierta frecuencia. Solo así se puede amar a Dios con un amor puro, desinteresado, únicamente por «la gloria de su Hijo», y solo así se puede «cooperar en dar testimonio de esa gloria».

Por estos mismos años, acaso en el mismo mes, mayo de 1657, Luisa hizo Ejercicios Espirituales entre la Ascensión y Pentecostés. Son los Ejercicios de una mujer que ansía introducirse en la divinidad y experimentar la presencia inmensa de Dios Trino dentro de su pequeñez humana. Escribe ella que toda la oración fue contemplativa y no discursiva. Estos Ejercicios muestran la espiritualidad más completa de Luisa de Marillac. Es la espiritualidad de la mujer madura; su lenguaje es suelto y prieto al mismo tiempo, es seco y hasta florido algunas veces. Tiene frases de amor místico en un espíritu sereno y enamorado que medita en una mezcla equilibrada pensamientos de la escuela renano flamenca y del vicencianismo. Aunque es una preparación para la

venida del Espíritu Santo, medita en armonía sincera sobre la voluntad de Dios, Jesucristo y la acción del Espíritu Santo en cada persona, en la Iglesia y en la Trinidad.

El Espíritu Santo está continuamente presente en el pensamiento de Luisa, pero muy pocas veces habla con El. Le gusta más dirigirse a la divinidad o al Padre o a Jesús o a la Trinidad. El Espíritu Santo muy frecuentemente aparece tan solo como un tercero en un diálogo entre dos. Sin embargo, insistentemente se habla de, su presencia y de su acción. Todos los Ejercicios rezuman la preparación a su venida y a su recepción. El lo invade todo y llena las páginas del autógrafo, aunque parezca que se olvida de El para hablar con las otras personas de cualquier asunto. La razón de todas las páginas es su venida y su obra.

La primera mañana la dedicó a considerar su pertenencia y su entrega a Dios, el designio divino en su creación, la encarnación del Verbo y el abandono de su libre voluntad. Por la tarde meditó la acción del Espíritu Santo en el hombre por medio de los dones. La doctrina es la tradicional que conoce bien: el Espíritu divino tiene la misión de actuar los dones infusos en el bautismo; si los dones no se activan, la vida humana es un desorden; ella lo ha experimentado.

La mañana del día segundo quedó absorbida por un tema que tanto la preocupaba: el desprendimiento de las criaturas, «incluso de la ternura de la presencia de Jesús». Se centró en Jesucristo y en la divinidad a la que llama «Luz eterna, unidad perfecta». Del Espíritu Santo flota su presencia, pero no su Persona. A1 final habla con El lo que da una línea: «¡Consume todo esto, fuego del divino Amor, aunque yo no merezca esta gracia!». Por la tarde se embelesó con todo lo que supone recibir el Espíritu de Dios, al que llama de nuevo «fuego ardiente del divino Amor». Herida por el Amor en una visión contemplativa solamente le brotan exclamaciones, que expresan las profundidades ontológicas de su pensamiento: «¿Hay algo más excelente en el Cielo y en la tierra que este tesoro? ¿Cómo vivir irracionalmente después de haberse entregado toda entera para prepararse a este bien infinito? ¿No debería yo desear morir, ¡oh Dios mío!, al recibirlo? Vivir tanto como Tú quieras, pero de tu vida que es toda de amor. ¡Que no pueda derramarme desde este mundo en el océano de tu Ser divino! A1 menos ¡si tengo la dicha de recibirlo! ¡Cómo tengo que desearlo, y de todo corazón! No más vida que para ir por este camino; no más satisfacción que la de amar y querer tu beneplácito».

Como conclusión renuncia a sus pasiones y sentidos y rechaza «de todo corazón sus excesos de brutalidad».

A la mañana siguiente se detuvo en el papel del Espíritu Santo en «la esencia divina» - no dice Trinidad-, y allí ve que «la divinidad no podía ser honrada plenamente en toda la eternidad más que por su misma gloria». Con su estilo característico de saltar de una idea a otra sin explicarla, afirma que el Espíritu Santo es quien causa esa gloria, ya que es «la perfecta unión de los Tres en la unidad». Para Luisa la máxima perfección de Dios consiste en su simplicidad y en su amor, y de ellas recibe su mayor gloria'. Simplicidad y amor que la teología tradicional atribuye al Espíritu Santo, como causa en las operaciones dentro de la Trinidad.

Luisa, sin anunciarlo, construye un raciocinio perfecto: En el estado de justicia-santidad original el hombre estaba totalmente ordenado en una sicología unida, y en esa unidad daba a Dios una gloria parecida a la que Dios se da a sí mismo, pero al pecar el hombre, rompió su unidad sicológica, y roto y desordenado se hizo impotente para glorificar a Dios. El Espíritu Santo restituye, en cierto modo, al hombre al primer estado de unidad interior. Luisa se apoya en el ejemplarismo agustiniano para demostrarlo: el hombre creado a imagen de Dios es un reflejo de la Trinidad en «sus tres excelentes facultades de la que dos están referidas a la tercera que es la voluntad». Cada Persona divina actúa en cada una de las facultades. El Espíritu Santo actúa en la voluntad para que las otras dos obren unidas a ella «perfectamente, de modo que no exista en el alma ningún desarreglo, lo que la devolvería siempre a la excelencia de su primer estado en la creación, haciéndola partícipe de aquella gloria primera, que honra la gloria eterna de Dios, después de la copiosa redención del pecado».

Así vuelve al principio de su sistema: recordó entonces «que el designio de la Santa Trinidad era que el Verbo se encarnase desde la creación del hombre, para hacerle llegar a la excelencia del ser que Dios le quería dar por la unión eterna que quería tener con El, como la más admirable de sus operaciones exteriores».

La última tarde meditó sobre la Iglesia y el testimonio que daría de Jesús el Espíritu Santo. El escrito muestra una peculiaridad del estilo de Luisa: no atenerse al esquema fijado, sino escribir según le venían las ideas a la mente. Muestra también la idea central de su pensamiento: la Trinidad sobrepasa la distinción de personas, recogiendo en la unidad de naturaleza. Aunque sabe distinguir la doctrina, su lenguaje suena a identidad entre Dios. Padre y Trinidad.

En la repetición de oración del 31 de mayo de 1648, sobre la venida del Espíritu Santo, concibe la Iglesia como ya plenamente constituida por Cristo y a ella es enviado el Espíritu por el Padre y por el Hijo. Es el concepto de Iglesia que había explicado Belarmino. Nueve años después Luisa ve la fundación de la iglesia que había iniciado Jesucristo sin acabar. Cristo comenzó la fundación de la Iglesia, la Trinidad acabará la fundación. Delante de la Trinidad habla con ella:

- «Acababas la obra de la fundación de la Iglesia a la que querías hacer madre de los creyentes y para ello la consolabas por medio de las operaciones infinitas, confirmando las verdades que el Verbo encarnado había enseñado»;
- «infundías en este cuerpo místico la unión de tus producciones, dándole el poder de obrar maravillas para hacer penetrar en las almas el testimonio verdadero que querías diera de tu Hijo»;
- «obrabas en ella santidad de vida por los méritos del Verbo encarnado».

Pero la constitución de la Iglesia no está acabada; el Espíritu continúa la labor del establecimiento de la Iglesia, asumiendo las funciones de Jesucristo: «El Espíritu Santo por su amor unitivo se le asociaba (al Verbo encarnado) para producir los mismos efectos de su legación, dando testimonio a los hombres de la verdad de su divinidad y de hombre perfecto». El Espíritu no anula al Hijo. Luisa presenta al Espíritu con la función de prolongar la presencia y la acción de Jesús en el mundo, como la extensión de la persona de Jesús y de su presencia entre nosotros. Seguramente sin saberlo aplica la

idea de San Ireneo, de que Jesús y el Espíritu Santo son las dos manos del Padre. El Espíritu lleva a plenitud la obra de Cristo para que los hombres vivan como «hombres racionales», dando también ellos testimonio de Jesús con «obras perfectas de verdaderos cristianos», gracias a la fuerza del Espíritu. Es la labor de los cristianos: construir por el Espíritu la Iglesia en la que brille la presencia de Jesucristo.

Luisa terminó los Ejercicios orando al Espíritu Santo conforme a la convicción tercamente grabada en su carne, y que como una luz la permitía caminar por el túnel oscuro de la vida, que el designio de Dios le había entregado hacia un futuro de amor y de entrega: «¡Oh, Espíritu Santo! Sólo Tú puedes hacernos comprender la grandeza de este Misterio que parece, si se pudiera decir, impaciencia de Dios, o más bien, que se aproxima el cumplimiento del designio de Dios sobre la naturaleza humana para la perfección de la unión que su omnipotencia quiere hacer en ella».

Los pobres

Puede extrañar que esta visión pneumatológica gire mayormente alrededor de su persona y de la Compañía, y no de los pobres. Pero el Espíritu Santo actúa conforme a la cultura y a la mentalidad de cada época y de cada persona. Su persona siempre se imponía en Luisa a cualquier circunstancia y la Compañía era el objetivo inmediato de su actuar continuo. También hay que tener presente que tanto su persona como la Compañía estaban entregadas por entero a los pobres. Se puede afirmar que todo en Luisa existía en función de los pobres. Sin embargo, hay momentos en que los pobres se presentan a su lado ante el Espíritu Santo: El Espíritu Santo viene a ella «para ser más fiel que nunca a Dios en el servicio que debe a los pobres», y quiere comulgar «en reconocimiento, dice, por la gracia que Dios nos ha hecho de llamarnos a servirle en la persona de los pobres». Comentando la acción del Espíritu Santo, escribió una frase cargada de misterio: «Algunos días después me pareció que Dios me daba a conocer que las gracias que me hacía no eran por mí, sino porque le pertenecía de la manera que le pertenezco, sin comprenderlo bien, no obstante» (E 53).

¿Qué espiritualidad dio a sus Hermanas?

¿Era ésta la espiritualidad que enseñaba a sus hijas? A todas no. Luisa tenía presente que el camino de cada Hermana era personal y diferente (LG. 39-41); sabía que las Hijas de la Caridad, en su mayoría, eran chicas de pueblo sin gran cultura y con una vida interior marcadamente popular. Tenía miedo que las sirvientas de los pobres se hicieran autosuficientes y se creyeran personas superiores -Luisa decía señoras-. Sería la destrucción de la Compañía (c. 721. E. 108).

Animadora de las Hermanas y de las comunidades

Luisa de Marillac bien sabía que la espiritualidad de las Hijas de la Caridad se alimentaba y se desarrollaba dentro del servicio, se vivía y se identificaba con el servicio. A todas ellas, sirvientas de los pobres, les repetía una y mil veces que su

espiritualidad se resumía en la mortificación, en el cumplimiento de la voluntad de Dios y en el seguimiento de Jesucristo.

En los últimos años de su vida veía cómo aquellas aldeanas avanzaban firmes en la vida de Dios. Algunas sentían la contemplación a la que les animaba el mismo Vicente de Paúl; varias tenían un espíritu cultivado y una espiritualidad profunda, como las hermanas Angiboust, Margarita Chétif, Francisca Carcireux, Ana Hardemont. Nicolasa Haran, Maturina Guérin, etc. y las animaba a una vida en Dios sublime, de unión íntima, de abandono en El, de desprendimiento total y de anonadamiento. Las empujaba a buscar el puro amor. No se olvide que las pocas páginas del escrito *Práctica del Puro Amor* se lo dedicó a todas las Hijas de la Caridad.

Aunque Luisa «se sentía muy contenta cuando podía servir a los pobres» y aunque «consideraba como hecho por ella misma el servicio que se hacía a los pobres». ella no estaba físicamente en medio de los pobres, sino organizando y animando a las Hermanas que vivían y trabajaban entre los necesitados; Luisa aparece volcada al exterior: administración y dirección, escribiendo miles de cartas, visitando personas y ocupándose de los más diversos problemas y detalles. Tampoco era la única superiora de donde salían las últimas decisiones o en donde se proyectaba la ideología que configuró la Compañía. Este papel se lo reservaba a Vicente de Paúl. Ella procuraba que las Hijas de la Caridad vivieran la espiritualidad que marcaba el superior Vicente, con la que ella se identificaba año tras año. Luisa asumió la función de marcar el camino práctico de vivir la doctrina vicenciana. Las dirigía más como le gustaba a Vicente de Paúl que como pensaba ella, más al modo de San Francisco de Sales que al de Berulle, y de aquel prefería para sus hijas la *Introducción a la Vida Devota* que el *Tratado del Amor de Dios*, aunque jamás pudo prescindir de su espiritualidad nórdica.

Les hablaba de prácticas piadosas y virtudes, de retiros, de Ejercicios Espirituales: les proponía una espiritualidad de los votos, del carácter, de los cargos, de los destinos y, sobre todo, del sufrimiento, haciéndolas ver la necesidad de mortificar los sentidos, las pasiones, el juicio y la voluntad; es decir, les insistía en el desprendimiento de las criaturas para poder llevar una vida austera y sencilla en la obediencia. Les recordaba el respeto a los sacerdotes, administradores, confesores y Damas de la Caridad. Quería que ambicionasen la perfección, y su mejor medio era la observancia de las Reglas. Sobre todo las animaba a entregarse a los pobres con un servicio material y espiritual, y recalca el servicio espiritual por lo fácil que es olvidarlo. El servicio de las Hijas de la Caridad implica y exige cariño, delicadeza, dulzura y especialmente aguante, tolerancia. En cada carta escribía nuevos adjetivos. Ante el servicio de los pobres todo se pospone, hasta la observancia de las mismas Reglas.

Para servirlos como a sus señores tenían que vivir en paz interior y en unión alegre. El mayor esfuerzo y las energías más tenaces las empleó en lograr la unión y la alegría en las comunidades. Toda la animación de la Hermana Sirvienta debía dirigirse a buscar una convivencia en unión y alegría.

LA UNION EN LA COMUNIDAD

Jesús reunió a un grupo de discípulos e hizo con ellos una comunidad donde se viviera ya en este mundo el Reino de Dios anticipado. Los Hechos de los Apóstoles describen el ideal de esta vida comunitaria para todos los cristianos. Desde entonces siempre ha habido grupos de cristianos que, por este ideal de amor o de entrega a Dios y a los hermanos, se reúnen para vivir en cenobios o en comunidades donde el ideal apostólico fuera una realidad.

La vida de comunidad femenina en el siglo XVII es un reto de la vida religiosa. La Vita Communis era una vida de todas las congregaciones femeninas aprobadas por la Santa Sede, aunque algunas intentaban añadirle la Vita Apostólica o la Vita Media. La clausura estricta después del Concilio de Trento hizo de la vida religiosa un encerramiento. Pero más que vivir en comunidad la religiosa vivía aislada en una celda; era una vida individual más que comunitaria. San Vicente admite la vida en común privándola de la clausura. La vida comunitaria sin clausura no impide el apostolado, por lo contrario, lo favorece. La Hija de la caridad que durante el día vivía y trabajaba de una manera bastante autónoma por los pisos de los enfermos o en las salas de los hospitales y de los orfanatos, necesitaba más que las religiosas momentos rígidos y exigentes de vida en común con sus compañeras. Y San Vicente se los impuso. De ahí que en las entrañas de la identidad de las Hijas de la Caridad obligatoriamente entre la vida de comunidad como un elemento necesario.

Unión en la vida de Comunidad:

Santa Luisa estaba tan convencida como San Vicente de la necesidad de la vida comunitaria en la Compañía. No hay más que leer cualquier escrito de la Santa para convencerse de ello. Se ve claramente en los momentos trascendentales, como era la supervivencia de la Compañía. Uno de estos momentos se presentó la víspera de Pentecostés del año 1642.

Ese día quedó marcado en la vida de Luisa de Marillac, cuando se desplomó el suelo de la sala de reuniones de la Casa de las Hijas de la Caridad. Milagrosamente Luisa salió de la sala unos segundos antes; y las Damas habían suprimido la reunión que pensaban tener allí aquella tarde. Luisa lo consideró como una gracia extraordinaria de Dios que quería comunicar algo trascendental para «el establecimiento sólido de la pequeña familia». Se convenció que dos cosas eran necesarias para la consolidación de la Compañía.

Que San Vicente estableciera «la unión estrecha de la manera de vida que Dios quería que llevase esta comunidad conforme a la de su instituto, ya que los intereses eran comunes».

Y que las Hijas de la Caridad «para ser fieles a Dios debían estar en una unión grande las unas con las otras, y que, como el Espíritu Santo es la unión del Padre y del Hijo, la vida que voluntariamente emprenden se debía ejercer en esta gran unión de corazones» (E 53).

La unión era el consejo insistente que daba a las Hermanas destinadas lejos, muy lejos a veces, de París. Al despedir, de parte del señor Vicente, a las Hermanas destinadas a Montreuil sur-Mer, pensando seguramente lo que les diría Vicente de Paúl, les aconsejó: «Recordarán que las verdaderas Hijas de la Caridad, para cumplir lo que Dios pide de ellas, no deben ser más que una, y puesto que la naturaleza corrompida nos ha quitado esta perfección, separándonos por el pecado de nuestra unidad que es Dios, a imitación de la Trinidad, no debemos ser más que un corazón y no obrar más que con un mismo espíritu, como lo hacen las tres divinas Personas» (E 55).

A las tres primeras Hijas de la Caridad que salieron al extranjero. a Polonia, al enviarles el refuerzo de tres Hermanas, cariñosamente les recordaba: «Mis queridas Hermanas: Siempre me habéis dicho que no erais más que un corazón en tres personas; en nombre de la Santísima Trinidad que habéis honrado y que debéis honrar, os ruego que lo ensanchéis y que nuestras tres Hermanas entren en esta cordial unión» (C 500).

La fundación de una comunidad de Hijas de la Caridad en el hospital de Angers hay que considerarlo como el momento puntual de la transformación, independencia y naturaleza propia de la Compañía. Un año trascendental para este hospital fue 1644. Este hospital que rompió el pasado y anunció el futuro de la Compañía, amenazó derrumbarse a los cuatro años de su existencia. Luisa descubrió que las desavenencias entre las hermanas eran la causa. Para renovar la vitalidad les apremió a vivir todas unidas (c 115).

Obsesionada más que preocupada, aún a solas meditaba la necesidad de la unión y lo escribía en un borrador sobre un papel cualquiera: «Podría suceder que en vez de la unión que deben tener todas, se viviera en discordia que es la cosa más perniciosa para la Compañía y de las más contrarias a lo que Dios pide de ellas» (E 70).

No es extraño, por lo tanto, que quedara grabada en la mente de las Hijas de la Caridad la bendición que, antes de morir, les dio Su Santa Madre: y que ha quedado como su testamento espiritual: «Queridas Hermanas mías: continuo pidiéndole a Dios su bendición para vosotras... Tengan cuidado del servicio de los pobres; y sobre todo, de vivir bien juntas en una gran unión y cordialidad, amándose unas a otras para imitar la unión y la vida de Nuestro Señor», Tampoco extraña que en Chartres pidiera a Dios «que El fuese el lazo fuerte y dulce de todos los corazones de todas las Hermanas para honrar la unión de las tres divinas Personas» (c 180). Ni que una Hermana desconocida copiara esta insistencia por la unión en el manuscrito llamado Chetif, pues todas las cartas de Luisa están salpicadas de la exigencia de la unión en la comunidad.

Sistema sobre la unión en la comunidad

Sin querer hacer teología, a Luisa le brotaban las ideas que, seductoras, se agitaban en su interior. La raíz de la unión, como siempre, la pone en el designio divino que, a través de su Providencia, ha llamado y reunido en cada comunidad a unas mujeres para que se salven, se santifiquen y sirvan entregadamente a los pobres: Dios «por su Providencia las ha conducido al lugar donde están y las ha unido en grupo para ayudarse la una a la otra a perfeccionarse». Con una moral dura de la época añade: «Pero para cumplir el designio divino, del que depende su salvación, les es necesario a todas una gran unión».

En otra carta les pregunta: «¿Se consideran todas unidas por una conducta secreta de la divina Providencia para su santificación?»”.

Sin pretenderlo construyó un sistema ideológico diseminado por miles de páginas muy sencillo: la raíz de la unión es el designio divino, y una de los fines es la perfección personal'. Luisa descubrió además otros fines esenciales a la naturaleza de la Compañía:

- El primero es un mejor servicio a los pobres. En una comunidad unida la eficacia es constante, pues la unión crea un contento en la psicología que anima a las Hermanas a trabajar con más ilusión al tiempo que contagia a los pobres una situación de felicidad y logra un servicio más cordial y tolerante.

- Una comunidad unida es un modelo edificador para el mundo, que ve en ella una anticipación del Reino de Dios.

- Unidas las Hermanas superan más animadas las dificultades de la convivencia y la dureza de un servicio costoso, así como tantas murmuraciones la gente de fuera.

- En una comunidad unida el reglamento se cumple con más interés externamente y con mayor espíritu interior.

- La unión es ya un fin en sí misma, como es un fin la paz y la alegría y la convivencia. La unión hace una comunidad de vida donde se puede convivir en gozo, en cordialidad, en armonía, en caridad y en felicidad, donde Dios es glorificado. Todo esto es un fin en sí mismo.

La fuerza que soporta, el espíritu que anima y el calor que da vida a la convivencia es la caridad de Jesucristo. A las Hermanas de Angers, la comunidad que tanto amó les decía: «vivan estrechamente unidas con los lazos de la verdadera caridad de Jesucristo» (c. 119) y a las Hermanas (le Nantes, la comunidad que tanto la hizo sufrir, les escribía, cuando agotadas por el enorme trabajo y los administradores no admitían más Hermanas ni más seglares: «¿Qué hacer en ésto, queridas Hermanas? No otra cosa que la de tener paciencia y ayudarse lo más que puedan con el ejemplo de Nuestro Señor que consumió sus fuerzas y su vida por el servicio del prójimo y se sentirán fortalecidas no solamente en el cuerpo, sino que sus espíritus recibirán de El consuelos muy extraordinarios para la perfección de sus almas, por una unción interior que producirá incesantemente la unión y cordialidad» (c. 571).

Introducido por San Vicente en la mente de Luisa, como arquetipo, Jesucristo es también modelo para la vida comunitaria. Jesús es el ideal que atrae a superar las fatigas del servicio constante. Pero además Jesús da una fuerza activa que produce la unión entre las Hermanas. Es la “unción interior”. ¿En qué consiste para Luisa esta unción? ¿Es la dulzura que produce el amor, la caridad o es el flujo del Espíritu Santo? Porque -dice en otro lugar-, «como el Espíritu Santo es la unión del Padre y del Hijo (E. 53), en la Comunidad debe serlo el corazón, la cordialidad, el aguante y la voluntad desinteresada de cada Hermana.

A imitación de Vicente de Paúl, Luisa se acostumbró a presentar delante de las Hijas de la Caridad a la Santísima Trinidad como modelo de unión. La unión en las comunidades tiene que ser total, sin límites, casi sublime, como lo es en la Trinidad en su unidad interior y también en la unidad y orden que ha colocado en las entrañas del mundo y por ello se conserva admirablemente hermoso`. La conclusión que saca Luisa, valedera

también para la actualidad, es vital: «Es así como hay que vivir para ser cristianas, con mayor razón para ser Hijas de la Caridad» (c. 224).

Dificultades

Los tres puntos negros de una verdadera comunidad viva se podían encontrar: en los temperamentos de cada persona, tan dispares a veces; en la comunicación exclusivista con las personas de fuera de la comunidad, marginándose de la comunidad; y en un trabajo exagerado que rompía a las personas. La mayoría de las Hijas de la Caridad no se conocían y comenzaban a relacionarse al entrar en la comunidad. Allí se encontraban con otras jóvenes maravillosas, pero también entraban mujeres difíciles psicológicamente y otras de carácter diametralmente opuestos. Era el escollo contra el que chocaron frecuentemente las comunidades. En el sentimiento de las Hijas de la Caridad y en el de Luisa se fue acumulando día a día la verdad de este tropiezo; era la queja que continuamente le llegaba a la santa desde las casas. Y era también el consejo que ella daba a todas sus hijas cuando, terminado el tiempo de formación a su lado, las enviaba a socorrer a los pobres. A las Hermanas destinadas a Montreuil-sur-Mer se lo repite sin cansarse: al hablarles de las relaciones con el Conde de Lannoy, al recomendarles la amabilidad con las empleadas y al aconsejarles la unión entre ellas mismas. Su pensamiento es realista, con claridad: la diversidad de caracteres puede romper la unidad entre ellas, y sin unidad escandalizarían a la gente, servirían mal a los enfermos y serían expulsadas del hospital (E 55). Lo explicará en una carta a las Hermanas de Angers: “Y de la misma manera, cuando vean algún defecto en una o en otra, excusarlo. ¡Dios mío, queridas Hermanas, qué razonable es ésto, ya que nosotras frecuentemente cometemos parecidas faltas y nos es necesario que seamos excusadas! Si nuestra Hermana está triste, si está un poco melancólica, o es de carácter muy pronto o demasiado lento ¿qué quieren que haga? Es su natural y, aunque a veces se esfuerce por sobreponerse, sin embargo, no puede impedir que las inclinaciones aparezcan frecuentemente. Y una Hermana que debe amarla como a ella misma ¿deberá enfadarse, tratarla rudamente, ponerle mala cara?» (c. 115).

Como lo es hoy, también entonces el comunicarse exclusivamente con los externos fue uno de los males que hirió a las comunidades nacientes. Las Hermanas sentían que la con fianza de algunas se desviaba; la perdía la comunidad y la recogía otra persona extraña; una persona con la que no se convivía ni estaba comprometida en la misma misión usurpaba a la comunidad el fruto fresco de la comunicación (c. 645).

Las Hermanas, aprendices en el convivir, experimentaron el dolor de saber que no podían tener las intimidades que conforman una amistad y una familia; a través de una salían fuera los secretos que dan calor a la convivencia familiar. Todo se exponía como en un escaparate a la vista de gente extraña. En algunos lugares la vida fue una guerra y los destinos se sucedieron casi de continuo. No era raro que uno de los focos fuera el capellán. Y esto nos explica muchas de las cartas de Santa Luisa aconsejando a las Hermanas que lo honrasen, pero que no le dieran excesiva confianza.

Hubo situaciones de malestar y de división ocasionadas por un trabajo absorbente. Aquellas buenas cristianas, ardiendo en una Compañía incipiente, no podían abarcar un

servicio, que nunca podía estar terminado, porque el servicio a los pobres es devorador: cuando se termina uno, siempre aparece otro sin acabar. Y este servicio al que voluntariamente se habían entregado, por amor a Dios, era su vida; no la podían matar. Por falta de Hermanas. el servicio era agobiante, y ellas se sentían incapacitadas, anuladas, fracasadas. Les dolía posponer o eliminar el servicio espiritual por agotamiento o falta de tiempo. Su sentido de la responsabilidad quedaba frustrado, su entrega espiritual, desilusionada; su psicología, rota. Se sentían unas personas explotadas por las Damas o la administración, y se convertían en juguetes de la suspicacia, del malhumor, de las quejas y la rebeldía. Dominadas por el malestar, la comunidad se dividía a causa de las posturas diferentes. No era raro que brotara el enfrentamiento entre ellas o la murmuración por creerse abandonadas de los superiores.

Caminos para vivir unidas

No podemos decir si Santa Luisa lo pone con lo medio, o como efecto de la unión o sencillamente que en eso consiste la unión: pero piensa que los dos pilares de la convivencia son: la confianza mutua y la comunicación participativa.

Más que camino señala que 'la Hermana Sirviente es un medio y el agente principal de una unión alegre. En ella se apoya la armonía. Para Luisa la Hermana Sirviente era el eje seguro alrededor del cual giraba la vida en común. Aún hoy la Hermana Sirviente debe ser quien conoce y acomoda los temperamentos para que cada Hermana se sienta a gusto y no incomode a las compañeras; quien puede y debe recobrar la confianza perdida de la Hermana que no se la da a la comunidad o no la encuentra en un aire enrarecido por la desconfianza. La buena Hermana Sirviente sabe apaciguar las tensiones que producen la fatiga y animar a las demás a refugiarse en Dios y a buscar soluciones. Solo ella puede dar participación a todas por igual sin favoritismos ni acepción de personas. Cuando una Hermana se siente responsable sabe colaborar en la alegría de un grupo unido.

Muchas páginas dedica Luisa de Marillac a la naturaleza y papel de la Hermana Sirviente. Tan solo con esas páginas se puede completar la espiritualidad de la Hermana Sirviente.

La recreación

Otro camino que se ajusta con delicadeza al sentir del superior Vicente era la recreación, y sigue siéndolo en la actualidad. Junto con la Eucaristía, la recreación era para Luisa la viga que sostenía unida a la comunidad. Explicar la Eucaristía le correspondía a San Vicente; a ella le tocaba la vida práctica de atender a los pobres, y la clave de la atención a los pobres está en la vida comunitaria, entonces y ahora, como lo indican las Constituciones: «En la comunidad local... las Hermanas colaboran con Fe y alegría, dan testimonio de Cristo y rehacen sus fuerzas con miras a la misión»: la comunidad «es un lugar donde se vive el afecto, la estima y el respeto, la igualdad entre las Hermanas, unidas por la convicción de una misma llamada. (C. 1.6 y 2.17). Pues bien, Luisa pensaba acertadamente que ninguna comunidad podía sobrevivir sin una recreación alegre, ya que la Compañía no tenía más razón de ser que el servicio a los pobres y todo el tiempo

de las Hijas de la Caridad les pertenece a los pobres. Pero toda la organización del servicio hace que cada Hija de la Caridad trabaje con cierta autonomía práctica. Por lo que tiene de humano, es en la recreación donde se convive con el grupo en armonía y gozo, y donde se convencen que no están solas, que trabajan y sirven desde la comunidad, si están reunidas en el nombre del Señor. Luisa procuraba que el Señor estuviera en medio de ellas. Así lo sintieron las primeras Hijas de la Caridad, como aquella que atribuyó a su santa Madre una página entera sobre los recreos. Si las palabras no son de ella, ciertamente sí lo son las ideas: «También hay que mirar el tiempo de la recreación como permitido por la bondad de Dios para unirse por medio de una comunicación muy sincera de pensamientos, palabras y acciones; y ésto para honrar la verdadera unidad en la distinción de las tres Personas de la Santísima Trinidad y la unión admirable de los bienaventurados en el cielo» (E 90).

MANSEDUMBRE, CORDIALIDAD Y TOLERANCIA

Hay que repetir que San Vicente de Paúl fue la mente que proyectó la estructura de la Compañía y que Santa Luisa de Marillac fue el brazo que la completó y acondicionó. Vicente de Paúl había explicado a las Hermanas que el espíritu de las Hijas de la Caridad «consistía en tres cosas: amar a Nuestro Señor y servirle en espíritu de humildad y sencillez», Luisa de Marillac lo completó y acondicionó para la vida y el servicio: «La mansedumbre, la cordialidad y la tolerancia deben ser el ejercicio de las Hijas de la Caridad, como la humildad, la sencillez y el amor a la humanidad santa de Jesucristo, que es la caridad perfecta, es su espíritu» (c. 420).

Con esta frase sobria Luisa abre una nueva dimensión al espíritu de las Hijas de la Caridad. Las tres virtudes de humildad, sencillez y caridad, que parecían encerradas en un claustro, quedan proyectadas a otras virtudes y pueden presentarse ya con un aire de servicialidad. En las casi 350 cartas que conservamos de Luisa de Marillac a las Hijas de la Caridad va aconsejando nuevas virtudes para adornar el papel de sirvientas. Aunque son muchísimas las virtudes que les recomienda, en un recuento predominan la mansedumbre, la cordialidad y la tolerancia, y por el énfasis de proponerla, sobresale la tolerancia, el aguante: «y en ésto consiste ser verdadera Hija de la Caridad: pues la señal de que un alma posee la caridad, es, con todas las otras virtudes, la de soportarlo todo»; hasta llamar a la tolerancia «nuestra querida virtud» (c. 115, 315).

Luisa cree ciertamente que la mansedumbre, la cordialidad y la tolerancia son «absolutamente necesarias a todo cristiano, pero particularmente a las Hijas de la Caridad». y la Hermana que carece de ellas «no puede ser, no ya buena Hija de la Caridad, pero ni siquiera buena cristiana», ya que sin ellas son «personas que solo llevan el nombre y el hábito de Hijas de la Caridad» (c. 313, 666, 686).

Sin que Luisa pretenda decirlo, podemos concluir que la manifestación externa del espíritu de las Hijas de la Caridad son las tres virtudes de mansedumbre, cordialidad y tolerancia: son la señal pública de que el espíritu existe en una Hermana. Se podría afirmar que la humildad, la sencillez y la caridad son el cuño, el tampón que graba, y la mansedumbre, la cordialidad y la tolerancia son la imagen que queda grabada. hasta

decir Santa Luisa que es la marca de que una Hija de la Caridad es de Jesucristo (c. 398).

Recordando la vida de Luisa de Marillac aparecen las fuentes de estos pensamientos: la primera es San Vicente a través de sus conferencias a las Hermanas y de un diálogo continuo entre los dos santos, la segunda fuente era el poso que dejaba la lectura de las obras de San Francisco de Sales, como una prolongación de su mansedumbre y dulzura; y la tercera fue su misma psicología, emotiva y falta de cariño durante muchos años.

Identidad espiritual

Para distinguir la espiritualidad de una Hija de la Caridad, como respuesta que da a la acción del Espíritu Santo, que abarque su vida entera, Luisa se detiene en la transcendencia de estas tres virtudes. No iríamos contra su pensamiento al decir que las tres virtudes son la identidad espiritual de las Hijas de la Caridad. He señalado la importancia excepcional que da Luisa a la unión en la vida comunitaria. Pues bien, en su alma tiene la idea de que sin mansedumbre, cordialidad y tolerancia la vida en común es una discordia continua. En sus cartas aparece además que estas virtudes unas veces son la causa de la unión, otras que es su efecto y otras sencillamente que se viven por igual en una comunidad de corazones.

Para unas sirvientas, como son las Hijas de la Caridad, sus amos y señores, los pobres, forman la parte más insustituible de su vida. Las cualidades de una sirvienta que justifican el servicio a los pobres son también, según Luisa, mansedumbre, cordialidad y tolerancia.

El dramaturgo francés Jean Arnouilh, guionista del filme Monsieur Vincent pone en boca del señor Vicente una frase de todos los tiempos: «Solo por tu amor -le dice a una Hermana-, por tu amor únicamente, te perdonarán los pobres el pan que les das», porque los pobres de todos los tiempos son «amos terriblemente susceptibles y exigentes». Los pobres se sienten fríos de afecto y de cariño, porque se ven abandonados, impotentes y necesitados. Socorrerlos es decirles que no valen; la ayuda es un insulto de inutilidad que solo lo borra el corazón amable con que se la dan.

Luisa tenía una psicología fina. Penetraba involuntariamente en el interior de las personas; y mejor en el de los pobres. Ella dominó sentimientos parecidos delante de sus familiares cuando fue joven y después, cuando le hablaban de su hijo. Para que no olvidasen tratar a los pobres con un aguante cordial se lo recordaba cansadamente a sus hijas; pues «no es suficiente -decía- que estas máximas estén en nuestro espíritu, es preciso que las testimoniemos con nuestros cuidados caritativos y dulces» (c. 322). Ninguna Hermana quedaba disculpada, pues aún las enfermas pueden ayudar a los pobres siendo «humildes, muy cordiales y teniendo tolerancia y mansedumbre afable» (c. 186)».

El amor a los pobres se extiende asimismo a las empleadas seculares, compañeras de trabajo de las Hermanas. Estas también o son pobres o ayudan a los pobres. Viven y

trabajan al lado de las Hermanas: hay que ayudarlas, darles testimonio de una vocación, hay que hacer equipo a veces. Tiene mucha importancia para Luisa. San Vicente ya lo decía. En el Consejo del 20 de junio de 1647, decía a las Hermanas destinadas a Montreuil-sur-Mer, respecto a las empleadas: «Hay que tratarlas con gran mansedumbre, gran cordialidad y tolerarlas totalmente». Luisa tomó el aviso como un apoyo a sus sentimientos y se lo recordó en la primera carta que les escribió (c. 214). Como todas las mujeres con dotes sociales y perspicacia había notado que «uno de los medios más eficaces que pueden emplearse para ganar a las gentes» es «la mansedumbre y la tolerancia» (c. 608).

Siempre, pero mucho más durante los siete últimos años de su vida, Luisa insistía a sus hijas que buscaran y se esforzaran por llegar a ser santas, santas de una manera total. Ser santa de una manera total consiste en serlo «no solo con actos externos, sino tanto o más con actos internos, como son la tolerancia, la cordialidad y la mansedumbre» (c. 226). Con un sentido teológico de nuestro tiempo, Luisa advierte que la santidad consiste en la unión con Jesús. Es claro, Jesús es Dios y santo es todo lo que nos une con El, lo que nos separa es el pecado. Pues bien, Gobillon, que habló con las Hermanas que vivieron al lado de Luisa, compuso una meditación con trozos de sus cartas y pensamientos, y en ésta se inventó una frase que pensaba que podría pasar como de Luisa de Marillac: «Esta unión (con el Hijo de Dios) se hace con la práctica de sus virtudes, particularmente con la mansedumbre, la humildad, la tolerancia y la caridad al prójimo».

Como si quisiera romper una discusión afirma que las Hijas de la Caridad «deben renovar el espíritu de unión y de cordialidad», que la base de este espíritu es la caridad y que la caridad se fundamenta en la tolerancia. Este espíritu es «el espíritu de nuestro Señor», y ruega que lo pidan «para toda la Compañía» (c. 315).

LA HERMANA SIRVIENTE EN LA VIDA ESPIRITUAL

Leyendo las cartas de Santa Luisa nos convencemos de que en su mente había un sistema bien estructurado sobre la importancia de la Hermana Sirviente en la vida espiritual de las Hermanas. Antes de exponer sus ideas, tenemos que admitir dos proposiciones básicas: que en las comunidades debe haber una autoridad y que esta autoridad viene de Dios.

En la Compañía es imposible separar lo institucional de lo carismático: La Iglesia, al aprobar la Compañía y sus Reglas o Constituciones, legitima una presencia institucional y jerárquica dentro de un grupo carismático reunido para honrar a Jesucristo, sirviéndole en los pobres y participando en el misterio de la Iglesia y de su misión. La experiencia y la psicología confirman que ningún grupo humano puede vivir en paz ni sobrevivir en el tiempo sin autoridad. Así lo comprendió Vicente de Paúl, primero en Chatillon, y después, al verse obligado por la realidad al fundar las Hijas de la Caridad. Comprendió que el objetivo que había descubierto en el Evangelio de salvar a los pobres se realizaba infinitamente mejor con ciertas estructuras y una organización; pero éstas exigían una dirección-autoridad.

Luisa de Marillac aceptó el hecho y los motivos y, al igual que su director, recalcó dos puntos: primero, lo que verdaderamente mantiene la supervivencia de la Compañía y un servicio sacrificado constante a los pobres es la desinteresada entrega a Dios y la escucha al Espíritu Santo, continuando la misión de Jesucristo, Servidor de los pobres. Los dos santos lo dan por supuesto y lo expresan sin cesar en conferencias y cartas. Segundo, el origen divino de la autoridad que busca, junto con las compañeras, la voluntad de Dios: qué espera de la Compañía y de cada Hermana particular. Esto era un pilar en la espiritualidad tanto de la Hermana Sirviente como de las Hijas de la Caridad. Acorde con San Pablo escribía a las Hermanas que «era preciso creer que Dios da a los superiores su espíritu para la dirección de las familias», porque es la Providencia quien nombra a una Hermana para ser Sirviente, y por ello mismo, una Hermana Sirviente no tiene «de ella misma el derecho a mandar, sino de la Obediencia». La autoridad obedece a Dios que le ha regalado este carisma, con vista a realizar la misión de la Compañía en la Iglesia.

La igualdad en la Compañía

Sorprende la mentalidad de Luisa sobre la autoridad; sorprende la igualdad, tan reivindicada hoy día, que proponía dentro de la Compañía. Es conocida aquella frase, sin fecha, que parece sacada de una utopía, como si valiera para todos los tiempos: En la Comunidad «debe haber una igualdad tan grande que, cuando todo esté bien establecido en la Compañía, se podrá juzgar a propósito que las Hermanas sean Sirvientes una después de otra cada año» (c. 727).

En cierto modo Luisa lo lleva a la práctica, escribiendo sus cartas, con pocas excepciones, para todas las Hermanas de la comunidad, y recordando a la Hermana Sirviente la obligación de leérselas a las compañeras, con excepción de los secretos personales.

La igualdad es el armazón de la unión y de la cordialidad -el aire de la vida espiritual comunitaria- «que consiste en comunicarse la una con la otra, diciéndose lo que han hecho cuando están separadas, diciéndose también la una a la otra a dónde van, cuando salen; una por obligación de sumisión y la otra por obligación de tolerancia y complacencia» (c. 482). La igualdad no destruya la obediencia, como el Hijo, obediente al padre hasta la muerte, no deja de ser Dios igual al Padre, pero por la obediencia humilde se hace servidor y salvador de los hombres.

Aplicando el dicho tan divulgado de San Agustín a la mentalidad de Santa Luisa sobre la espiritualidad de la Hermana Sirviente, ésta podría asegurar: Con vosotras soy Hija de la Caridad, para vosotras soy Hermana Sirviente. Aquello es una gracia, ésto es una responsabilidad.

De la naturaleza misma del servicio a los pobres nace un grado notable de corresponsabilidad entre las Hijas de la Caridad. Cada sirvienta goza de cierta autonomía en su servicio, distribuido a veces por Luisa de Marillac. En la sala del hospital, en la clase de la escuela o en la visita a los pisos de los necesitados, cada hermana se siente un poco superiora. Luisa lo sabe y lo acepta, da y exige

responsabilidades`. Para Luisa la Hermana Sirviente sencillamente es la primera responsable en dar testimonio, en responder al servicio, en cumplir las obligaciones y en obedecer. Luisa, que sabía algo de latín, no tenía necesidad de aclarar a sus hijas, muchas no sabían leer, que obedecer viene de ob-audire: escuchar. Una superiora, si quiere ser fiel a Santa Luisa, debe sentirse impulsada a escuchar (obedecer) a sus compañeras y a las llamadas de Dios.

Consultar y comunicar son palabras bonitas y actuales, pero difíciles de llevar a la práctica. De ahí el esfuerzo de Luisa y de Vicente para que se vivieran en las comunidades, institucionalizándolas en las casas de más de seis o siete Hermanas, bajo la forma de Consejo Doméstico, donde obligatoriamente había que consultar y comunicar situaciones y asuntos importantes.

La dificultad mayor para consultar reside en la apreciación que se tiene de las compañeras. A veces se las juzga incapaces de dar una opinión válida y su juicio arrogantemente es minusvalorado. Luisa sale al paso de esta dificultad, pues en la consulta no importa tanto el juicio que dan, cuanto la humildad de pedir consejo. Con el ejemplo de Santa Teresa afirma que la opinión subestimada tiene precio divino, pues allí «donde los hombres nos faltan, Dios se comunica más abundantemente» (c. 441).

La Hermana Sirviente no dirige una comunidad, como respuesta al clamor de los pobres, según su placer, sino que debe buscar el plan de Dios con la comunidad. La superiora dialoga con las Hermanas para entre todas conocer el querer de Dios en el servicio encomendado. La Hermana Sirviente no es una superiora que dirige con absolutismo ni con arrogancia o suficiencia.

La corresponsabilidad y la consulta no destruyen la obediencia ni anulan la autoridad. La obediencia se desarrolla en el interior de la fe bautismal que nos adhiere a Dios y a su Palabra, como dependencia total al Padre, para comprometerse, despojadas de su querer, en el servicio del Reino de los pobres. La autoridad no queda anulada, ya que es una mediación del Padre en la comunidad; es un carisma de servicio, unido a la corresponsabilidad de las compañeras en la ejecución de la voluntad de Dios.

Luisa nunca se distinguió por un idealismo utópico opuesto a su psicología. La realidad exigía una cabeza que dirigiera la comunidad en conjunto, si no se quería que muriera desmenuzada por el individualismo; pedía una última responsable que aglutinara los esfuerzos, un guía para las débiles e indecisas y una mano firme y suave a quien acudir y que unificara criterios y uniera a todas en una comunidad alegre. Todo esto intenta hacer la Hermana Sirviente. Luisa confirma esta función. A solas se preparó para repetir en una conferencia: que la Hermana Sirviente es la mediación por la que Dios manifiesta su voluntad a la comunidad (E 62). Es la primera en cumplir la misión encomendada a la comunidad en la Iglesia y en estimular la fidelidad al carisma. Su autoridad se orienta en dirección vertical y horizontal.

Luisa de Marillac y Vicente de Paúl:

La igualdad entre las Hermanas particulares y entre éstas y la Hermana Sirviente, en cuanto Hija de la Caridad, ha sido siempre la silueta sencilla que ha caracterizado y diferenciado la espiritualidad de las Hijas de la Caridad. Este contorno atrayente tuvo que impresionar a las personas de aquella época, acostumbradas a presenciar o a escuchar soterradas o abiertas disputas por la dirección dentro del convento, entre las monjas pertenecientes a familias nobles; las otras quedaban marginadas. Comparando el lenguaje de Santa Luisa con el de San Vicente, aquel puede parecernos menos centralista que el de Vicente. El lenguaje de éste puede engañarnos, cuando se dirige a los misioneros, pero nunca cuando se refiere a las Hijas de la Caridad. Para éstas exige la igualdad total. La causa de esta desemejanza de expresión se debe encontrarla en las vidas de los dos santos.

Es difícil olvidar las ansias y los esfuerzos de este hombre y de aquella mujer por escalar posiciones antes de ser absorbidos por la santidad. Vicente de Paúl fue un campesino que logró ascender en casi todas las categorías de la sociedad piramidal francesa. Su sacerdocio le puso una base digna que sustentaba el prestigio de su colosal obra caritativa, reconocida por nobles, burgueses, clero y pobres. Luisa de Marillac, por lo contrario, fue una noble descendida hasta la burguesía por culpa de las normas sociales y religiosas. La base que sustentaba su persona -la sombra de su nacimiento ilegítimo- repercutía negativamente en su nombre. Vicente de Paúl, con el respeto del plebeyo, pero con la dignidad del sacerdocio vivido santamente, y con la influencia que le daba ser padre espiritual de muchas conciencias, además de fundador y director de las cofradías de Caridad, podía tratar a los nobles desde el mismo nivel. Luisa de Marillac, sin títulos ni fortunas, tan solo era la directora de la Cofradía de las pobres chicas del campo. El era hombre de aquel siglo XVII, mientras que ella solamente era mujer, también de aquel siglo XVII. Todo el prestigio, la amistad y el cariño de aquellas señoras, que se declaraban sus amigas, los había ganado con su santidad, su personalidad y su talento exclusivamente. Por eso al campesino Vicente, aupado, bachiller en Teología y licenciado en Derecho Canónico, no le molestaban las jerarquías, que, por otra parte había bebido en Berulle. Pero lo aplica al sacerdocio y a la sociedad, mientras en la Compañía implanta la igualdad. La señorita Le Gras, respetuosa con los nobles -algunos eran parientes suyos- no tenía otro remedio que aceptarlas. Las jerarquías sociales eran los cimientos y el almacén de aquella sociedad, pero pequeños indicios señalan que no gozaban de sus simpatías. Ciertamente no toleraba categorías entre sus hijas y cerraba todo camino a las desigualdades. De joven sintió el aliento fatigado de las personas que luchaban por ascender y conocía los sinsabores en los conventos por causa de las diferencias de clase. Luisa no podía permitir que sucediera lo mismo en la Compañía. La costumbre favorecía asimismo la igualdad: las Hijas de la Caridad habían tenido durante muchos años por superiora en el servicio a las señoras de la Caridad, y muchas comunidades seguían teniéndolas; campesinas en su mayoría estaban acostumbradas a obedecer a los señores del lugar.

Debemos tener presente otra diferencia en el lenguaje de los dos fundadores. Vicente de Paúl cayó en una trampa sibilina: por querer diferenciar radicalmente a las Hijas de la Caridad de las religiosas, solía compararlas, pero toda comparación encierra solapadamente una igualdad. Al proponer la diferencia de fines, carisma, espíritu y métodos de trabajo, inconscientemente establecía una similitud sutil en la profundidad

de la naturaleza institucional y religiosa, que tanto se esforzaba en rechazar Y en los conventos reinaba una desigualdad jerárquica, basada en el nacimiento y en la dote. Luisa no habló de las diferencias ni por lo tanto tampoco de las semejanzas.

Es difícil comprender la espiritualidad de las Hijas de la Caridad si no tenemos presente tanto las relaciones de igualdad en las comunidades como el significado del lenguaje de los dos Santos, ya que acaso la nota por la que se reconoce en el exterior la espiritualidad de las Hijas de la Caridad sea la naturalidad y la sencillez.

Tres imágenes de la Hermana Sirviente:

Igualmente no se puede olvidar esta mentalidad de Luisa si queremos penetrar acertadamente en las tres imágenes que usa para persuadir a la Hermana Sirviente del verdadero significado de su función: Buen Pastor, mula de la casa y madre. La primera sacada del Evangelio, la segunda aprendida en la sicología y la tercera descubierta en la naturaleza. Las tres figuras nacen del concepto de que el cargo de la Hermana Sirviente no es una dignidad, sino un servicio a la comunidad y a los pobres.

La figura del Buen Pastor nos evoca del anhelo de arriesgar la vida por las Hermanas y el esfuerzo de asemejarse a Jesús. Con el cometido de «arriesgar la vida» por las Hermanas, Luisa penetra en la auténtica espiritualidad de la Hermana Sirviente, no solo en el sentido más estricto de la igualdad, sino también en el más profundo del anonadamiento, tantas veces aconsejado y vivido por Luisa: pues si una Hermana Sirviente no tiene ocasiones materiales de exponer su vida por las Hermanas, sí se presentan situaciones de exponer nuestros deseos para acomodarlos a los de las otras, de romper nuestros hábitos e inclinaciones para servir de ejemplo a nuestras Hermanas, y de dominar nuestras pasiones para no excitar las de las otras» (c. 119).

El sacrificio personal se enlaza con la dimensión evangélica de imitar a Jesucristo. El evangelio se convierte en el manual de la imitación, comenzando por «la instrucción de aprender de El a ser mansos y humildes», continuando «con su espíritu, que le hacía decir que no había venido a este mundo a ser servido, sino a servir», y que «quien se humilla será exaltado», para terminar con la sentencia de «hacerse el más pequeño para ser el más grande delante de Dios» (c. 118). De nuevo el anonadamiento tan difícil, y acaso por ello tan insistido, para una persona de gobierno.

El miedo a que el orgullo, que tantos esfuerzos le había costado dominar en ella, estropearía a sus campesinas fue constante. La vida de Jesucristo continuó siendo el motivo atrayente para que las Hermanas nombradas superiores caminasen sin arrogancia al lado de sus compañeras. El amor propio cambia la constancia y el esfuerzo en tozudez y terquedad; por ello la Hermana Sirviente debe saber *ceder y dar cuenta de sus acciones*. El cargo de Sirviente impone «la obligación de imitar la forma de vida y de obrar de nuestro Señor, que siempre estuvo sujeto, que dijo estar en la tierra, no para hacer su voluntad, para servir y no para ser servido» (c. 121). Insiste en rebajarse hasta niveles profundos.

La profundidad del anonadamiento la expresa con una imagen durísima, mezcla de humildad y de sacrificio: *mula de la casa*. La Hermana Sirviente debe considerarse «como la mula de la casa que debe llevar todo el peso», ya que el cargo de Sirviente no es un honor o dignidad, sino un yugo y un fardo. Fardo y yugo en una doble dirección: la conducta de las Hermanas es «un fardo pesado» para la Hermana Sirviente, pero «aguantarla» a ella también es un yugo para las Hermanas de la comunidad. La sombra de este yugo debe configurar el alma y la postura de todas las Sirvientes en un sentimiento de humildad que les proporcione «una desconfianza santa de ellas mismas..., que las acostumbre a rogar y no a mandar..., a preferir el querer de las Hermanas al suyo..., a no aferrarse a su juicio»; de esta manera se convencerán de que la autoridad no «es un honor ni un placer»; en una palabra, las Hermanas Sirvientes deben «estar muertas a ellas mismas».

Muerta, como está decidida a convertirse una madre por amor a sus hijas. Es la tercera imagen que emplea Luisa: «Cuando se la puso con ella para ocupar el puesto de superiora era para obligarla a la condición de madre, mucho mayor que la de madres corporales» (c. 15).

Este es un lenguaje más humano. El calor y el cariño maternales sensibilizan tiernamente el lenguaje áspero de mula y anonadamiento. Al añadir Luisa la ternura sacrificada de madre a la solicitud de la animadora, completó la figura y la misión de la Hermana Sirviente de las Hijas de la Caridad.

En este compuesto de madre y animadora la Hermana Sirviente siente la necesidad y la obligación de vivir en mujer espiritual. Solo con una vida ejemplar de Dios queda legitimada la autoridad y ella se siente capaz de animar a sus compañeras. En la andadura de la comunidad hacia Dios, ella debe caminar la primera, siguiendo a Jesucristo.

Buscar la perfección:

La animación espiritual ocupa un lugar primordial en la función de la superiora. Se pone a disposición de la comunidad y también al servicio de cada Hermana «más que las madres naturales» para que encuentre la perfección. Es un servicio, y no pasivo solamente en el sentido de permitir, liberar, respetar las aspiraciones y las opciones santas de las Hermanas, sino, y sobre todo, un servicio activo con Dios y con la misma Hermana. Primeramente es una colaboración con Dios de tres maneras: haciéndole ver a la compañera la transcendencia que supone el apartarse de la voluntad de Dios; advirtiéndola amorosamente con dulzura y cordialidad de sus fallos; y cooperando con la gracia en su perfección (c. 331). Segundo, colaborar también, como madre, hermana o amiga, con la Hermana particular, sirviéndola de «ayuda espiritual y material» (c. 116) y animándola a «las santas prácticas... para que todas sus acciones sean agradables a Nuestro Señor» (c. 621), sin exceptuar a las Hermanas mayores (c. 177).

El esfuerzo de la superiora no se dirige tan sólo a la vida interior o a la santidad, abarca la vida entera, aún lo material, de las compañeras: desde contribuir a que miren la

autoridad como yugo del Señor, hasta ayudarlas a salir de las dificultades de cualquier clase (c. 116, 608).

Desde esta perspectiva de acompañarlas a encontrar a Dios, se siente obligada a dar avisos, unas veces luces que iluminan el camino, y otras como normas para que unas no obstaculicen la espiritualidad de las otras. Luisa les expone un catálogo del buen avisar, con el que la Sirvienta se santifica, al mismo tiempo que contribuye a que las Hermanas se perfeccionen. Como disposiciones enumera: avisar por amor a Dios y por el bien de la Hermana, y no por remediar una situación, confiar en Dios, y ser la primera en dar ejemplo; y como dinámica: avisar con habilidad, con cariño, en el momento oportuno, primero a todas en general y, solo después, por separado.

Unido a los avisos se encuentra el consuelo que saca a las personas de la soledad oscura de sus penas. Si la alegría es el aire que respira la vida espiritual, el consuelo devuelve la alegría. El consuelo tolerante y cordial acerca a una persona dolorida, arrancándola del desinterés espiritual. La delicadeza de Luisa pasa a las cartas: «Haga lo posible por consolar... tómese la delantera... siento pena si la Hermana continúa separada de usted... sea usted su consuelo grande... comparta sus penas... con su cordialidad y tolerancia consuélalas en las penas que puedan tener».

Luisa realza la labor de la Hermana Sirvienta en tres campos: con las Hermanas mayores, con las enfermas y con las Hermanas jóvenes.

En las relaciones con las Hermanas mayores se construye una vida espiritual acreditada; fundamentada en el honor y respeto debido, por un lado, y en el amor, por otro. Las Mayores son la reserva espiritual de la Compañía. Ellas pueden recordar a las jóvenes las enseñanzas del señor Vicente, y servirles de ejemplo por la entrega a los pobres y la perseverancia durante tantos años. Pero la Hermana Sirvienta tiene que evitar dos peligros: la división entre Hermanas jóvenes y mayores, y la preocupación que sienten éstas en contar sus penas.

En aquella época en que la enfermedad era tan corriente como la salud, y en que no era raro considerarla como querida por Dios, se había elaborado toda una espiritualidad de los enfermos. Luisa se la recuerda a las superiores a base de consejos frecuentes: dar cuidados, ternura y consuelo; poner paciencia, y sacrificarlo todo por las enfermas, hasta alquilar una carreta para llevarlas a París o cambiarlas a otros climas más benignos. Aficionada a la enfermería, les indica los remedios y cómo preparar las medicinas. Ella las mimaba y se preocupaba por todas -numerosas- las que constantemente ocupaban la enfermería de la Casa; a las de lejos nunca les faltó una carta. No quería que se las mezclara en las salas de los hospitales con los enfermos casi siempre gente abandonada o sin familia.

A las Hermanas jóvenes las consideraba «plantas tiernas». Como una madre *temerosa* le escribía a su querida Sor Juliana Loret: «Le ruego que considere a nuestra querida Hermana como recién venida, pues, aunque sea buena chica, necesita, sin embargo, instrucción y práctica. Se la recomiendo de todo corazón, como es mi afecto hacia usted en el amor de Jesús crucificado». Como ella las había enseñando durante el tiempo que

estuvieron en París; insistía que las ayudaran a formarse en el servicio a los pobres y en las máximas de las verdaderas Hijas de la Caridad.

Exigencias:

La animación, los avisos y el consuelo suponen en la Hermana Sirvienta unas exigencias cercanas a la santidad que, por supuesto, era el deseo de Santa Luisa. Unas exigencias eran físicas, como cercanía, acogida, conocimiento de las Hermanas, disponibilidad y comunicación; otras eran psicológicas, como prudencia, respeto a la persona y aguante.

Todas estas peculiaridades pedidas por Luisa a la Sirvienta y el desarrollo que hace de ellas componen involuntariamente un tratado desordenado de dirección espiritual.

Con la cercanía se logra romper barreras suspicaces y hablar de corazón a corazón, a imitación de Jesucristo. La acogida hace fácil «la dificultad de hablarse»; si es verdaderamente acogedora se llena de cordialidad, paciencia y tolerancia, «adelantándose a los deseos de las Hermanas, sin aparentar haberlos advertido». La acogida es el acento exterior de la disponibilidad sacrificada que inspira la confianza. Conocer a las Hermanas es indispensable para toda persona que asume la labor de dirigir, y, aunque siempre sea difícil, no se puede prescindir de ello para que la dirección sea distintamente personal y no anodina. Luisa de Marillac quería conocer el nombre, el lugar de nacimiento y las personas de todas sus Hermanas, y les rogaba que le escribieran como medio para conocerlas. Esto era fácil para la Hermana Sirvienta que convivía en la comunidad. Más difícil se hacía conocer «las disposiciones de espíritu y las aptitudes de todas las Hermanas de su pequeña familia». Y sin embargo formaba parte de las exigencias.

Todas estas directrices, aunque básicas por sí mismas, son escalones para el punto culminante de la dirección: la comunicación, actualizada hoy día en las Constituciones (2. 21) y en los Estatutos (15), «como elemento importante de la vida fraterna»; «en la búsqueda, que hacen juntas, de la voluntad de Dios, Hermana Sirvienta y compañera tienen ambas que aportar y recibir».

Para comprender el concepto y el contenido que aquella mujer del siglo XVII tenía de la comunicación, es preferible leer sus mismas palabras. Descubrimos en ellas una obligatoriedad impuesta, comprensible para la Hermana Sirvienta, pero que nos sorprende para la Hermana particular, especialmente al ver que la comunicación debe descender hasta temas íntimamente profundos. No olvidemos que sucede en el siglo XVII: «Creo que usted anima con frecuencia su caridad a velar por nuestras hermanas... Algunas veces concédales un tiempo para que le hablen en particular, al menos una vez al mes, aunque no les dé nada más que un cuarto de hora».

El modo de llevar la comunicación por parte de la Hermana Sirvienta es muy humano y sacrificado al mismo tiempo: «Soportando las faltas que le manifiesten, compartiendo con ellas las penas que le testifiquen, y que ni una sola perciba de usted misma lo que ellas le han dicho».

El contenido de la comunicación era amplísimo para Luisa, tanto en extensión como en profundidad: «Pequeñas faltas... y santas prácticas que (es puedan servir a que todas sus acciones sean agradables a Nuestro Señor... y trabajar en la renuncia de sus propias satisfacciones, en romper los hábitos e inclinaciones naturales para contentar a Dios sirviendo al prójimo» (c. 621).

En otra ocasión escribía: «le ruego que la haga darle cuenta de sus oraciones y de la práctica de sus resoluciones, también de las faltas en contra, mostrándole mucha cordialidad, cuando se las diga» (c. 371).

El paso de las exigencias físicas a las psicológicas es insensible. Puede decirse que para ser verdaderas deben incluirse. Por su transcendencia la más relevante, es la prudencia por la confianza que infunde en las personas. Supuesta la ecuanimidad para tratar a todas las compañeras sin preferencias, el pensamiento de Luisa sobre la prudencia se fija en dos aspectos: no descubrir a unas lo que sabe de otras, y saber controlar los sentimientos personales que podrían provocar desconfianza y humillación.

Si todas las Hermanas conviene que estén persuadidas de que son amadas y toleradas por la Hermana Sirviente, todas también tienen que estar convencidas de que la superiora es un arcano sellado del que no sale ni la más simple sospecha. Luisa no cesa de repetirlo.

Mayor dificultad supone controlar los sentimientos desagradables para la persona con quien se habla, pero Luisa, penetrante en la psicología femenina, les proponía, como remedio, vida de Dios y autocontrol: disimular que ha advertido las faltas de las compañeras, no dar motivos de que sospecha de sus apegos o defectos, que ninguna perciba en la Hermana Sirviente lo que otras le han contado, saber desviar la conversación sin que se note ...

Entre el respeto a la persona, lugar de encuentro de la convivencia, y el aguante, aliento de la convivencia, solo hay una línea divisoria indecisa. Sin extorsión, puede decirse que se confunden. Para completar lo dicho sobre la tolerancia, conviene añadir que Luisa pedía a la espiritualidad de la Sirviente aguante con ella misma y tolerancia con las compañeras antipáticas; paciencia enorme sin inquietarse, cuando no ve la comunidad como ella desearía; les pedía hasta sumisión y, lo que cuesta más, «sacrificar su voluntad para acomodarse a la de los demás» (c. 119). La tolerancia, señal «de ser verdaderas Hijas de la Caridad», descansa en la confianza en Dios y en la imitación de Cristo.

Para poder desarrollar este programa de animación espiritual Luisa se esforzó en liberar a las Hermanas sirvientes de sus angustias y de sus amarguras, de sus temores e inquietudes; se preocupó por que vivieran la esperanza cristiana. La alegría que con tanta constancia logró San Vicente introducir en ella, también Luisa se afaná por que la vivieran las Hermanas Sirvientes.